
3 1761 09544717 3

ALONSO CANO,

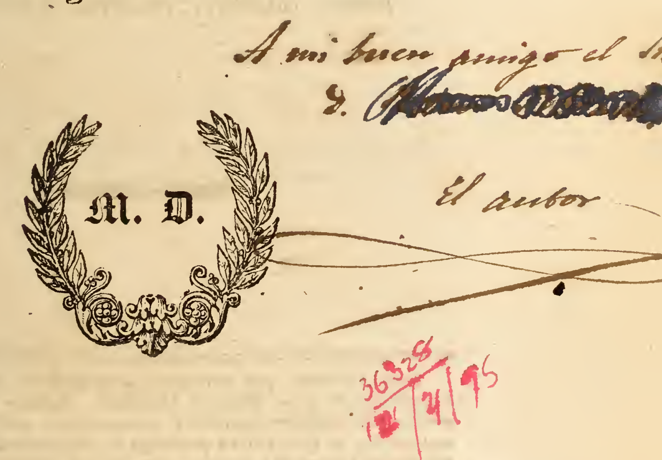
ó

LA TORRE DEL ORO.

Recuerdo dramático del siglo XVII,

EN CUATRO ACTOS.

Por Don Aureliano Fernandez-Guerra
y Orbe.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.
Abril de 1845.

PERSONAS.	ACTORES.
Margarita.	*D.ª Matilde Diez.*
Beatriz.	*D.ª Bárbara Lamadrid.*
Una máscara.	*D.ª Micaela Duran.*
Alonso Cano.	*D. Julian Romea.*
D. Sebastian de Llanos. . . .	*D. Pedro Sobrado.*
Leonardo.	*D. Antonio de Guzman.*
D. Luis de Guzman (cab. 1.°)	*D. Lázaro Perez.*
El oidor Sarmiento (cab. 2.°)	*D. Antonio Alverá.*
Caballero 3.°.	*D. Patricio Sobrado.*
Un criado.	*D. Cárlos Spuntoni.*
Berto.	*D. Antonio Lamadrid.*

Damas, caballeros, escuderos, máscaras, etc.



A mi hermano Luis.

Recibe, querido hermano mio, este débil recuerdo del carácter y prendas del célebre pintor Alonso Cano, joya admirable del delicioso pais donde nacimos. Tú que con esmerado afan te dedicas al bello arte que le hizo tan famoso, tú que con entusiasmo miras la menor de sus obras, - tienes un derecho indisputable á esta pobre mia; y si yo no te la dedicara, ella se te fuera de suyo. Si pues en la espresion que te consagro llegas á ver el fondo de mi alma, y anhelas corresponder á la pureza de mis sentimientos, - no desmayes un punto en la nueva carrera que emprendiste, y en la que el estudio y la constancia llegarán á conquistarte el lauro que te desea tu cariñoso

AURELIANO.

Granada: 5 de febrero de 1842.

Acto primero.

Sevilla: 1624. Galería magnífica del colegio de San Alberto, al plano de un jardin que se descubre en el fondo. Puertas practicables á los lados. Nótanse por toda la escena trozos de la arquitectura de varios retablos; caballetes, lienzos, etc.

ESCENA PRIMERA.

ALONSO *en segundo término, á la derecha, pintando.* DON SEBASTIAN *y* UN GRUPO DE CABALLEROS *examinan los cuadros de la izquierda. Algunos personajes vagan con la propia intencion por la estancia.* LEONARDO, *que acaba de entrar, escucha á lo léjos la conversacion de los del primer corro.*

Caballero 1.° Paréceme, señor caballero, que sentenciais muy poco indulgente.

Sebastian (*con ironía*). Decís muy bien. Harta mala ventura es por cierto haber en Italia estragado el paladar con las obras de los injustamente llamados restauradores Buonarroti, Rafael y Correggio.

Caballero 1.° Entre cuyos nombres hará un dia punta el de ese muchacho. Ved qué correccion en los estremos! qué dulzura y qué suavidad en las tintas!

Sebastian. Y á fin de que nunca llegue (si acaso pudiera llegar) ese tiempo, es en los nuestros moneda corriente adular á la juventud para engreirla y enervarla.

Caballero 1.° El genio necesita de estímulos.

Sebastian (*con ironía*). El genio! ¡A qué estrecho punto

ha quedado reducida la patria de los Berruguetes, de los Herreras y de los Pachecos!!

Caballero 1.° Dentro de una hora sabrémos si el príncipe de los pintores debe llamarse Pacheco, ó Zurbaran, ó Alonso Cano.

Caballero 2.° Pacheco! el pintor especulativo, el modesto filósofo, el insigne poeta...

Sebastian (*con sarcasmo*). Os esgañais! ¿Cómo ha de competir un maestro con un discípulo? ¿medio siglo de celebridad y de gloria, con los banderizos años de ese mozo arrogante y bizarro?

Caballero 3.° No cuenta veinte y ocho Zurbaran, y es ya conocido por el Caravaggio español.

Sebastian. Oh! tiene muchos amigos!!!

Caballero 1.° Por cierto que no los necesita Alonso Cano para que esa Calle-de-la-amargura, que va á colocarse en este colegio de San Alberto, sea considerada por todos como el pasmo de Sevilla. Vedla y notadla, señor caballero. Acérquese vuesarced.

Sebastian (*retirándose*). Por la garra se conoce al leon.-- Hé allí, señores mios, al gran conde-duque de Olivares. Yo me retiro.

Caballero 1.° (*siguiéndole*). El gran conde-duque de Olivares aseguraba esta mañana que, en tan noble competencia, venceria Cano á Pacheco y á Zurbaran, y que el propio rey don Felipe IV le coronaria con la guirnalda de flores.

Sebastian (*bajo al* 2.°). ¿Quién es este caballero?

Caballero 2.° Un tonto.

Sebastian. Pintiparado Apeles para tal Alejandro. (*Vanse*.)

Caballero 3.° (*al* 1.°). Ya sabemos que es letrado é hidalgo de solar conocido; que pinta; y que ha estado en Italia.

Caballero 1.° Ese hombre no deja nada que desear.

Leonardo (*al* 1.°). Sois todo un caballero.

Caballero 1.° Soy muy castellano.

ESCENA II.

ALONSO., LEONARDO.

Alonso. Y bien, Leonardo; y bien! -- Tachadme ahora

de mal sufrido: decid que mi genio es duro y fuerte: llamadme arrogante: publicad que el amor propio me ciega.--(*Se levanta, y contempla los lienzos de la izquierda.*) Bravo! las proporciones de mis figuras son monstruosas, exagerados sus contornos; la composicion pobre; las tintas débiles y frias!!--Bien! bravo! Soy poco ménos que un Orbaneja!... Ah! no; esto no es exaltarme. (*Procurando reprimirse.*) ¿No ves qué tranquilo estoy? ¿No ves cómo me rio?

Leonardo. Debieras, sí, reirte. Tambien es pintor. Zelos de artista!

Alonso. Calla. ¡Ese hombre artista! ¡ese hombre pintor! Romperia yo mi paleta, pisaria yo mis pinceles, si alzarse mirara con tan alto nombre á un tan indigno sugeto.

Leonardo. Bien! bravo! Jurad que estais tranquilo, que no os enfureceis!!

Alonso. Y ya ¿para qué la furia? ¿Con mis cuadros? ¿con mis estatuas? ¿con mis colores?--¿No te dice nada el haberme reprimido?

Leonardo. Sí que me dice. Y tened por cierto que cuando mí señora doña Beatriz sepa el modo con que disponeis vuestro ánimo á que no quede defraudada en sus deseos y esperanzas, se ha de creer la mujer mas dichosa del mundo.

Alonso. Sí; háblame de eso. (*Vuelve á pintar.*) Que yo no me acuerde de que he sido ultrajado.

Leonardo. ¿Y cómo te volverás á acordar de semejante niñería, pensando que doña Beatriz se encuentra, á la hora de hora, en la iglesia del colegio con todo lo mejor de Sevilla? ¿Qué me feriais en albricias de descubriros que os debe hoy mismo visitar en esta vuestra propia estancia?

Alonso. ¿Es de la comitiva real ese que se titula pintor?

Leonardo. Es sevillano, y ha dado por Madrid la vuelta de Italia.--Oh! ¡cuántas damas han de envidiar la fortuna de doña Beatriz! ¡La mujer amada, el único pensamiento de Alonso Cano, el jóven pintor, el Miguel-Angel de Andalucia!

Alonso. ¿Has averiguado cómo se llama ese hombre?

Leonardo. No lo sé.--Pero no le caerá en gracia á doña Beatriz si en la visita os encuentra ocupado con el

retrato de alguna linda zagala; como que no pasa dia sin que las bellezas sevillanas embarguen vuestros pinceles, señor pintor! Ya se sabe: á los grandes hombres y á los hidalgos los retrata Pacheco; á las hermosas Alonso Cano solamente.

Alonso (*con impaciencia*). ¿Ni tampoco averiguaste si debe de permanecer en esta ciudad?

Leonardo. Esta tarde partirá para Jerez. -- ¡Lo que se detiene doña Beatriz en ofreceros la mas hermosa muestra que de hermosura humana pudo formarse la fantasía! ¡Cuán bizarramente vestida! Cabellos largos, entretejidos, y sembrados de jazmines y lazos... -- Mas yo me canso en balde. Habia oido (y nunca lo puse en duda) que el amor amansaba la brava condicion de los hombres; que las artes, la fama, todo era ménos que una mujer á quien se adora.

Alonso (*contemplando su pintura*). ¡Una mujer á quien se adora!

Leonardo. No la amas. Si así fuera, ¿qué otra idea podia labrar en tu mente?

Alonso (*dejando de pintar*). Ah! sí: la adoro con delirio. En mis ensueños, en mis horas de arrobamiento, de encantadoras ilusiones, la siento estrechar mis manos con las suyas, jurarme eterno amor, seguirme á lo mas oculto de la tierra, ser mia, mia únicamente. ¡Es tan hermosa! Margarita! Se lo debo todo: mi nombre, mis riquezas, mi porvenir.

Leonardo. ¿Qué me dices, Alonso?!

Alonso (*con entusiasmo*). Sí, á Margarita!

Leonardo. ¿Amas, y no á Beatriz?

Alonso (*llevándole al proscenio*). Tres años hace. Avergonzado de mi mismo, ni aun á ti me he atrevido á confiar este secreto. -- Una tarde, con ocasion de proclamar Granada á Felipe IV, ardia en fiestas su plaza de Bibarrambla. ¿Recuerdas cuán singular espectáculo presentaba el inmenso pueblo que ocupaba los elevados palenques, las innumerables ventanas, los miradores y azoteas, y hasta los tejados mismos?

Leonardo. ¿Y la riqueza y donosura de las damas? ¿Y la gala que ostentaron las vistosas cuadrillas en los jaeces de los caballos, en las libreas de los pajes?

Alonso. Mis ojos devoraban tantos objetos. El sol habia

desaparecido, y los justadores se hallaban empeñadísimos en el juego, cuando un antiguo y colosal edificio se desploma, sepultando entre sus ruinas centenares de almas. La noche cierra oscura: los quejidos de los moribundos se perciben á veces entre los gritos del confuso y aterrado pueblo: un puñado de ladrones y asesinos se desbanda contra las míseras mujeres; y (por robarles sus brazaletes, sus arracadas y collares) las mutilan y apuñalan. Oh! aquella escena era horrorosa, terrible!

Leonardo. Sí, muy terrible!

Alonso. La cólera y la indignacion habian armado mi brazo, y hecho comprar caras sus vidas á los infames; cuando, á la rojiza luz de unas antorchas, distingo una mujer de ojos rasgados y de negros cabellos, que iba á ser inmolada. Sus pupilas saltaban de las órbitas; su enronquecida voz se apagaba en la garganta; con sus crispadas manos pretendia atajar la muerte...

Leonardo. ¿Y la salvaste?

Alonso. Sí, la salvé, Leonardo! Decirte ahora cuán lastimado quedó mi corazon con la vista de aquella mujer celestial; que no sosegué hasta descubrir su casa, su nombre, la calidad de su familia, -fuera cansarte con lo propio que ya debes haber adivinado. Un año la contemplé todos los dias (poseida siempre de una amarga tristeza) en la iglesia de Santa Isabel, sin que nunca mis labios le espresasen lo que le revelaban mis ojos. Los suyos, Leonardo, me habian hecho concebir un rayo de esperanza, cuando se me oscureció de repente el sol de mi ventura. Dos meses pasaron sin hallarla en ningun paraje (dos meses de un tormento indecible, en los que no quedó locura que yo no hiciese por ver y hablar á Margarita); y, al cabo de ellos, uno de los escuderos que acompañarla solian, me entregó una mañana este billete. Léele. (*Entrégale un papel.*)

Leonardo. (*Lee.*) «Vuestra opinion y procederes han llegado á mí con tanto crédito cuanto mi estado necesita. Ya no soy libre; y para dorar mis yerros deben tener los vuestros el fin que no le tendrá el afecto que me debeis. Dios os guarde.»

Alonso. Ese papel desconcertó todas mis esperanzas en

el punto en que mas vivas las tenia. Leonardo, entónces pensé mil veces acabar con mi existencia. Pero cuando el escudero, entre socarron y malicioso, me dijo: «solo, tal vez, un Buonarroti pudiera, señor carpintero, poner los ojos en la prenda del caballero mas calificado», - pensé perder el juicio. Carpintero!! Ah! -- Entónces me dige yo á mí mismo: «la pintura! la escultura! hé ahí el lauro que humillará ante tí á los demas hombres. Ahora soy pobre, desconocido á todos: todos me desprecian. Quiero ser rico, pintor, célebre!!!» -- Margarita no llegó á saber nunca mi nombre; y, sin que tampoco adivinarlo pudiera, abandoné luego á Granada: y, aquí en Sevilla, mis pensamientos únicos han sido la gloria y Margarita. Pero léjos de ella, porque está casada, Leonardo! casada! -- (*Mostrándole la tabla que está pintando.*) Mírala: mírala... ¿No es cierto que es muy hermosa? -- En todas partes la copio. Ese es su rostro. -- Y dicen que la espresion de mis Vírgenes es sublime, celestial! Sí, del cielo; porque de allí es mi Margarita.

Leonardo. Bien, Alonso; bien! Amala siempre; pero siempre de léjos. Que ella te inspire, y serás inmortal. -- Y entónces, hijo mio, ¿es verdad que tienes en poco á doña Beatriz, que emplearia su cariño en Zurbaran, si Zurbaran venciera hoy en la competencia, ó si le pareciese mañana mas gallardo que tú?

Alonso. Ah! tú no sabes lo que sufre el alma cuando eternamente lucha entre el amor y los deberes. Yo he querido borrar el recuerdo de Margarita en los festines, en los saraos, con otro nuevo empleo, con sensaciones nuevas; pero todo en vano. Mi alegría es mentira; mentira mis amores... Nada, nada en el mundo puede arrancar de aqui esa imágen adorada. Pensando en ella, ¿qué es para mí la opinion, qué la fama? Ah! Margarita, solo Margarita!

ESCENA III.

DICHOS. MARGARITA, *con velo; y* UN ESCUDERO, *que se retira.*

Margarita (*sorprendida*). (Cielos! Es él! Él aqui! ¡Y

pronunciaba un nombre!... Pero será ilusion. Despues de tanto tiempo...)--Dispensad, caballero: ¿es vuestra merced...

Alonso. Alonso Cano, señora: y ved qué me mandais.

Margarita (*turbada*). Alonso Cano!... Perdonad el enfado que ocasionaros pueda valiéndome del bello arte que os hace tan famoso, para dejar con él una memoria á un mi anciano tio: á lo que el deudo y una aficion particular me obligan.

Leonardo (*á Alonso*). (Retratico tenemos.)

Alonso. Aceptad un asiento.--Leonardo...

Margarita (*sentándose*). Fuera de que quien pone alguna tierra en medio, por solo admirar la grandeza con que se ostenta Sevilla á la llegada de su rey el cuarto Filipo, ¿cómo abandonaria la orilla del Guadalquivir sin llevar un retrato del pincel de Cano, ú de Pacheco?

Leonardo. (¿No lo dige?)

Margarita. No os deberá parecer nuevo este lenguaje; como no lo ha sido á mi conocimiento vuestra fama, (*descubriéndose cón naturalidad*) ni vuestra vista á mis ojos.

Alonso (*asombrado*). Margarita!

Leonardo. (¡Ella es! ¡Qué fatalidad!)

Margarita. (¿Qué he hecho, triste de mí?!) (*Momento de silencio.*)

Alonso (*con amargo entusiasmo*). Margarita!!

Margarita. Caballero...

Alonso (*fuera de sí*). ¿Sueño yo, Dios mio? Si es soñar, que no despierte de tanta dulzura. ¿Sois vos, señora mia? ¿Sois vos, mi luz, mi esperanza, mi gloria?

Margarita. Ved qué estais hablando.

Alonso. Entónces ¿á qué venis á Sevilla? ¿Por qué os veo en este sitio? ¡Y me mandais callar! ¿Quereis que guarde silencio cuando nadie nos oye, cuando únicamente vos pudiéraisme escuchar?-- ¿No he callado mucho y por mucho tiempo? ¿Quereis mas todavía?

Margarita. Caballero...

Alonso. No. Ya se acabó el callar.

Margarita. ¿Qué decis? Yo ignoraba...

Alonso. Si!! ignorabais!! Es verdad!... ¿Y qué os podian importar mis sufrimientos? Veíais de contino, á lo

léjos, una mirada fija siempre en vos. -- « ¡Curiosidad tal vez!» -- Hallábais una sombra en todas partes. -- «Pobre tonto!» -- Y como ninguna boca os juraba consistir mi dicha, mi felicidad en estar donde os halláseis; en contemplar, embriagado de placer, vuestro peregrino rostro; en alimentar una esperanza; ni os digera cuál se estremecia mi corazon al vislumbraros, ni la agitacion con que latia si acertábais á pasar cerca de mí, ni cómo (al perderos mis ojos) le devoraba la pena; - por eso ignorábais... el daño que me haceis ahora. -- Ya se ve! os diriais á vos misma: «una sonrisa de mis labios le ha trastornado. Al acercarse á mí entre la multitud, y al mirarle yo, su entorpecida lengua ha tartamudeado alguna palabra, y sus enardecidos ojos se han clavado en la tierra... Desventurado!... Pero si esto puede turbar mi sosiego, hay mas que escribirle algunas líneas?... (*Mostrándole su billete.*) Y como no van firmadas... y como la letra puede ser de un cualquiera... Nada se pierde... Píquese el amor propio de los pocos años, y... y luego con estrañarlo todo...» -- Sí; teneis razon. Este es (*leyendo*) «el fin que no le tendrá el afecto que me debeis.» -- Soy un imprudente!!! (*Rasga el billete por medio, y caen los pedazos sobre uno de los sillones ó trozos de retablo.*) Perdonad, señora!!!

Margarita (*con estremada amargura*). ¿Qué habeis dicho? ¡Que hay testigos delante!

Alonso (*dirige una mirada feroz á Leonardo, quien se retira con nobleza por la derecha. Cano lucha consigo mismo.*) Mejor es mil veces morir.-- (*Cambiando de afecto.*) Perdonad, Margarita. No sabeis lo que es estar loco; no tener mas que una idea señora del pensamiento; ver caminar las horas con pies de plomo; mirar á lo pasado, y no hallar sino tinieblas, confusion y ruido; buscar lo porvenir, y no columbrar sinó hiel y duda; anhelar algo que pare este torbellino que despedaza nuestra frente, y no tocar sinó un martirio interminable. Soy muy infeliz!

Margarita (*con aspecto sombrío*). Infeliz!

Alonso (*con viveza*). ¿Os habeis de mí compadecido? Decidme una palabra: decidme que no desconoceis mis tormentos; que os lastimais de mi infortunio...

Margarita. (¡Qué angustia!)
Alonso. Decid, decid por piedad.
Margarita. (Qué me sucede?)
Alonso. ¿Así habeis olvidado la vez primera en que os vi; la tarde aciaga...
Margarita. No; jamas la olvidaré!...
Alonso. ¿Os acordais de aquel que os adoraba...
Margarita. Sí.
Alonso. ¿Y es verdad que, al hallarle todas las mañanas en la iglesia, le mirábais con dulce semblante, con cariño tal vez... no, con lástima no mas?
Margarita. ¡Ah!
Alonso. ¿Recordais que, por vuestro sosiego, abandonó su patria, sus amigos, el lado de su madre?
Margarita. ¡Alonso!
Alonso. ¿Y comprendeis, por ventura, que la ausencia no ha sido parte para borrar vuestra imágen de su alma; y que vos, sola vos, sois el término y fin de sus delirios é ilusiones?
Margarita. ¡Alonso!
Alonso. Una esperanza, una esperanza siquiera!
Margarita. Imposible.
Alonso. Imposible?... ¡Mi existencia, la felicidad de toda mi vida...
Margarita. Yo no os la puedo dar. Soy quizá mas desgraciada que vos. Mañana, hoy tal vez, me será forzoso abandonar á España para siempre.
Alonso. Desgraciada?! Entónces, sí, me podréis amar. Unid vuestra suerte á la mia. Busquemos la calma y la felicidad en Italia. Italia! -- Entre sus perfumados bosques, junto á sus encantados torrentes, debajo de su cielo azul palpiten nuestros corazones de gozo y de ventura. Yo soy artista: mi patria es todo el mundo.-- Pero ¿callais? ¿bajais los ojos? No guardeis ese silencio conmigo, no sea que, callando vos, vea abrirse el abismo de mi desesperacion. -- Callad: haceis bien. Os ofende mi atrevimiento. Soy un insensato. Vuestro silencio es una reconvencion que justamente merezco.-- Y habiendo tenido valor para venir aquí, ¿le teneis para reconvenirme?
Margarita. No me injurieis. Yo nunca supe que os llamáseis Alonso Cano.

Alonso. Tampoco yo sabia, al encontrarse por primera vez mis ojos con los vuestros, que á vos estaba ligada mi existencia; ni, hasta que despertásteis mis esperanzas, supe que teníais un marido!

Margarita. Yo soy libre, Alonso.

Alonso. ¡Qué oigo! ¿No teneis marido? ¿No le teneis?

Margarita. Murió hace un año.

Alonso. Ay! no digais tanto... No puedo respirar... Ahora sí que estoy loco... ¡Sois libre!... Ay! callad, por Dios!... --¿Y vuestro padre?

Margarita. Mi padre! --Espatriado hace veinte meses.

Alonso. Espatriado! ¡Una palabra, Margarita!... Margarita, ¿me amas? Decidme que me amais, si no quereis verme morir... Decidlo, Margarita, decidlo.

Margarita. Alonso, ¿qué exigis de mí?

Alonso. Una palabra; toda la ventura de la tierra; todo el encanto de los cielos. ¿Me amas?

Margarita. Por piedad.

Alonso. Me amas, Margarita?

Margarita. ¿No lo sabeis? ¿No os lo revelaron mis ojos?

Alonso. Ah! es verdad. Yo no debia dudarlo: tú me perteneces; tu pensamiento es mio; tú me amas.

Margarita. Sí... te amo.

Alonso. Repite otra vez esa palabra. ¿Eres mia?

Margarita. ¡Ah! sí.

Alonso. ¡Margarita! El corazon rebienta de placer en el pecho. Es mucha ventura para un corazon solo.--¡Qué hermosa! ¡oh, qué hermosa eres!--Y yo (pobre, aislado, menospreciado un dia) ¿te tengo ahora entre mis brazos? Es preciso que esto que me está sucediendo no sea verdad; que sea un sueño, un delirio, Margarita mia!

Margarita. ¡Alonso! tambien todo es un encanto para mí. Si salvo llega á tocar mi padre las riberas españolas, si salvos pisamos las playas de Inglaterra,-ya nada me queda que apetecer en el mundo.

ESCENA IV.

DICHOS. LEONARDO.

Alonso. Leonardo, mírala: es libre; me ama. ¿Quién podrá ya desunirnos?

Leonardo. El conde-duque te manda llamar. Va á salir para la ceremonia; y quiere ántes fiar á tu discrecion cierto secreto.

Alonso. Ahora? ¿en este instante? Es imposible.

Leonardo. No puede por ménos. Dello depende tu fortuna.

Alonso (*á Margarita*). Aquí me aguardad, querida mia.-- (*A Leonardo.*) Acompáñala tú entre tanto. (*A Margarita.*) Es mi amigo; el que me adurmió en mi niñez; el quese interesa por mí como por un hijo. (*Vase.*)

Leonardo (*observando por el frente*). (No podemos permanecer en este paraje. Distingo á doña Beatriz hablando con algunas personas al fin de aquellos limoneros; y es seguro que á este lugar se dirige.)

Margarita (*reparando en los que llegan*). (Beatriz! don Sebastian! ¡Ay, Dios! esto solo me faltaba!)

Leonardo. Si gustais, señora, pudiérais entretener el tiempo, hasta que vuelva Alonso, examinando las pinturas que adornan esta inmediata galería, ó recreando la vista con las flores del pintoresco jardin que desde ella se descubre.

Margarita. Sí, Leonardo: iba á suplicaros lo mismo.

ESCENA V.

BEATRIZ. DON SEBASTIAN.

Sebastian. Cedo, por complaceros.

Beatriz. No acabo de volver en mí con tan grata sorpresa. ¿Y qué vendabalito os trae por este Sevilla, señor don Sebastian?

Sebastian. Quizá no querais pensar que le habeis levantado vos.

Beatriz. Yo, lisonjero?

Sebastian. Vuestras gracias.

Beatriz. Sí? Confiadme el desgraciado término de vuestros amores; y dejémonos de cuentos.

Sebastian. ¡Qué curiosidad, Beatriz amiga, tan de mujer!

Beatriz. Nosotras de otra cosa no entendemos: y como por aquí se murmura que un cierzo frio ha helado la flor de vuestros gustos, cuando parecia que ya nadie os la debiera disputar... ¿Es así, por ventura?

Sebastian. El cielo me la dió de pura gracia, sin yo merecerlo; y el cielo me la quitó por su justicia infinita.

Beatriz. Devoto y resignado os hallo. Pero cuando el diablo reza, engañar quiere.

Sebastian. ¿A vos, que tanto sabeis, Beatriz?

Beatriz. ¡Y tan cieguecito como afirman que estábais vos, don Sebastian! Bien que cuando me hospedé en casa de vuestra amada, tuve ocasion de observarlo. Piensan los enamorados que nadie los mira.

Sebastian. Siendo yo capaz de enamorarme, ó de parecerlo alguna vez, esa lo fue sin duda.

Beatriz. ¿Con que hay galan de por medio?

Sebastian. Con nuevas tan gustosas me hallo.

Beatriz. ¿Y qué me decis entónces de la ingrata? (*Se sienta.*)

Sebastian. Que por muchos y muy buenos años goce de su mejor empleo: que en el pecado lleva la penitencia; y que en eleccion de mujer el peor es el que vence.

Beatriz. ¿Sabeis quién es el vencedor, acaso?

Sebastian. Ni me curo de saberlo. Yo no le envidio su fortuna.

Beatriz. ¡Pobre hija de Eva! ¿Así mirais su mudanza?

Sebastian. Era muy natural. ¿Nos habíamos de querer toda la vida? Me ausenté. La mujer es

«ligera como los vientos,
mudable como la mar»...

Ni mas ni ménos que los hombres; soy justo. La ausencia usa de sus ordinarios fueros, que son parar en olvido y en mudanza. Como yo sé que ojos que no ven, corazon no quiebran; no me llevo chasco. Merced á la tal mudanza, pago obligaciones propias con ageno bolsillo. Inconstante aparecerá mi querida: mi lealtad puede sin riesgo levantarse hasta las nubes. Y si dicen que mejor es ver muerta que de otro á nuestra dama, por mi parte mátela Dios que la crió.

Beatriz. ¡Qué resignacion mas santa, Dios mio!

Sebastian. Soy así. Y mucho que le agradezco al sostituto su buena obra; por la que me hace libre de pedido y alcabala, como el gavilan.

Beatriz. ¡Y llamábais á esa muchacha la honestidad, la virtud misma!!! ¡Oidos que tal oyen!

Sebastian. ¡Hay tantas honestas y virtuosas miéntras no les ruegan ó no les ofrecen!!!...

Beatriz. Para mi santiguada que ya es mucha resignacion la que se os descubre.

Sebastian (*mirando con intencion á la puerta de la izquierda*). Así la tengais, Beatriz, cuando os llegue el turno.

Beatriz. Yo? ¡Pobre de mí! (*Se levanta y mira los lienzos de la derecha.*)

Sebastian. No me oculteis el verdadero iman que os arrastra á este paraje. (*Repara y examina los pedazos del billete*). (¡Cielos, es su letra!)

Beatriz. Os dige, en el dichoso encuentro, que la curiosidad y el amor á las artes, que es tan general.

Sebastian (*violentándose*). Aunque jurarian otra cosa las lengüecitas de víbora. (*Fija la atencion en el cuadro de la derecha.*)

Beatriz. Porque hay mujeres á quien se les supone hecho lo que apénas han imaginado.

Sebastian. (Reconozco á Margarita en esa pintura. Cuando entraba, vi ocultarse una mujer en esa estancia... La pérfida está aqui.) (*Se dirige maquinalmente hácia la izquierda*).

Beatriz. Pensativo estais. ¿Con el recuerdo quizá de vuestra enemiga? Granada os ocupa enteramente.

Sebastian (*haciendo por que le oiga Margarita*). ¡Oh, mucho! ¡Qué horas tan deliciosas gocé en Granada! ¡Me es su memoria tan dulce! (¡Necio soy, vive Dios! No me toca sinó ultrajarla, escarnecerla!)

Beatriz. ¿A la orilla del Dauro todavía?!

Sebastian. A vuestro lado, Beatriz hermosa. ¿Con que no teneis ningun amante? Perdonad os haya ofendido, viéndoos tan linda. Queria preguntaros si no preferis á ninguno. ¡Llaman tanto la celebridad, el lauro, la gloria!

Beatriz. ¿Y á dónde vais á parar?

Sebastian. A fiar de vuestra penetracion y buen ingenio el complicado lance en que os hallais. Doña Beatriz de Quiñones y Meneses, la hija del mas rico negociante y proveedor de las galeras de S. M., pasa en toda

Sevilla por la querida de Alonso Cano. (*Movimiento de Beatriz*). Vos, Beatriz: en toda Sevilla.
Beatriz. Y qué?
Sebastian. En la rueda de la mucha gente que en ese patio aguarda al rey, no se hace sinó comentar, con sus puntas de malicia, vuestros dijes, vuestras galas y perlas...
Beatriz. Seguid.
Sebastian. No falta quien os desee toda malandanza en vuestros amores.
Beatriz. Seguid.
Sebastian. Quien esté al acecho de un desliz ó de un desengaño, para hacerlo público.
Beatriz. Acabad.
Sebastian. El rostro de esa Vírgen...
Beatriz. Se parece á... Margarita.
Sebastian. Esta carta...
Beatriz. Es de su letra.
Sebastian. Fácil será dar con el otro pedazo del billete. -- Desde aquellos árboles...
Beatriz. Bien : columbré gente en esta cámara. ¿Y qué me decís con todo eso?
Sebastian. Que si no quereis hacer plato á la insolencia y á la envidia de las demas mujeres, os será conveniente, muy conveniente, meditar qué hacerse debe cuando ese es el retrato de Margarita, su letra la que veis, y Margarita... vuestra rival, que en ese aposento está encerrada.
Beatriz. ¿Decísme la verdad?
Sebastian. Os fuera fatal el dudarlo.
Beatriz. ¿Y vos habeis meditado que esa tabla, concluida que sea, ha de exponerse á la competencia?
Sebastian. Sí, por cierto.
Beatriz. ¿Y que don Gomez de Céspedes, escudriñándolo todo, dará con el blanco de la verdad, y os sacará á plaza no nada gustoso, y sí mucho de corrido?
Sebastian. Sí, por cierto.
Beatriz. ¿Y que (cuando venis siguiendo la corte con pretensiones de una toga, para satisfacer cierta venganza) el ridículo que pudiera caer sobre vos desconcertaria todos vuestros planes?
Sebastian (*con intencion*). El caudal de entrambos se

compone de unos mismos intereses. ¿Es eso lo que me quereis decir?--Beatriz, seamos amigos. (*Beatriz muy agitada, medita, cavila, duda.*)--¿Y dónde está el genio pronto y decidido de la mujer?--¿En qué pensais?

Beatriz. Por ahora en desfigurar esta pintura. (*Lo hace.*)

Sebastian. ¿Y á qué conducirá?

Beatriz. Ya lo veréis.

Sebastian. Como os plazca; pero no sabeis hacerlo.

Beatriz. Temiera encomendároslo, y poner á riesgo las espadas. ¡Cano es tan diestro en ellas!

Sebastian (*comienza á pintar*). Beatriz, todo se me alcanza; y todo es menester.

Beatriz (*al ver á Cano*). Ah!--(*A don Sebastian.*) Chist! Cano!

ESCENA VI.

DICHOS. ALONSO.

Alonso (*distraido*). Pintor del rey!... (*Queda inmóvil al ver á don Sebastian con aprestos de pintar.*)

Beatriz. (Ah! lo ha visto!)

Sebastian (*sorprendido*). (Por mi fe que no le esperaba tan pronto.)

Beatriz (*á Alonso*). Dichosa yo, que por fin logro ver al artista, cuando ni aun basta buscarle en su obrador. (*Señalando á don Sebastian.*) Es un íntimo amigo mio; un gran pintor; muy caballero, y muy admirador vuestro.

Alonso (*violentándose*). Sí?--(*Mirando á su cuadro.*) Es verdad.--Perdonadme os haya interrumpido. Pero es necesario mirar algunas cosas muy de cerca, para cerciorarnos de que no son mentira.

Sebastian. Ciertamente. Por esa razon he conocido que habeis puesto á esta figura de Vírgen una cabeza que no le correspondia.

Alonso (*despechado*). Y como seréis tan amigo de la verdad...

Sebastian. Sí.

Alonso. Estábais corrigiendo mis yerros.

Sebastian. Justamente.

Alonso. ¡Lástima que no hubiéseis llegado á tiempo de

corregir los que me han conquistado el título de pintor del rey!

Sebastian. Acaso habria sido oportuno; porque hay defectos que no se deben dejar sin enmienda.

Alonso. Decis muy bien. Y yo me glorío de haber llegado á tiempo de corregir en vos uno muy notable.

Sebastian (*con descaro*). No comprendo.

Beatriz. (¿Qué irá á suceder, Dios mio?!)

Alonso. Indigno de todo buen pintor, de todo buen caballero; indigno de todo hombre.

Sebastian. En mí?

Alonso. Un yerro que no se puede enmendar con el pincel: es necesario despedazar todo el lienzo. -- ¿Me comprendeis ahora?

Sebastian (*con indiferencia fingida*). No tal.

Alonso. No lo estraño, porque nunca he sido mas tardío ni mas oscuro en esplicarme. Quieroos decir que el amigo íntimo de Beatriz, el gran pintor y admirador mio, el villano y mal nacido escarnecedor, - no volverá á pintar en su vida si maneja la espada del mismo modo que los pinceles.

Sebastian. Allá lo veréis, miserable.

Alonso. Reñid.

Beatriz. Sebastian! Alonso!

Alonso. Dejadnos. (*Riñen.*)

ESCENA VII.

DICHOS. MARGARITA. DAMAS. CABALLEROS.

(*Todos procuran contenerlos y separarlos. Cano acomete con estraordinaria furia á don Sebastian.*)

Alonso. Dejadme. Nada respeto. Desgraciado de aquel que intente estorbar mi venganza. -- (*Desarma á don Sebastian, y le pasa la mano derecha.*) Pintad ahora.

Sebastian. La herida durará siempre... Me afrentais ante toda Sevilla... El escándalo será ante todo el mundo. -- Mil venganzas me quedan.

Alonso. Una vale por mil, y mil no valen por una.

Margarita. Alonso, ¿estas herido?

Caballero 1.° (*entregándole una corona que en una bandeja trae un criado*). Calmaos. Vuestro es el triunfo. Recibid el premio de vuestros desvelos.

Alonso. El premio! El premio! ¡Decidle ahora al pintor: «he allí un sol brillante; unos campos de flores; un mundo de encantos!» -- No le engañeis. -- Un sol que abrasa y seca; un campo de hiel; un mundo de envidia, de egoismo, de veneno, de sufrimientos. -- No quiero esa corona (*la despedaza*). -- La gloria es una mentira.

Margarita. Alonso, mírame á tu lado. Alonso! (*Los caballeros y damas miran con curiosidad á Beatriz, que se halla muy sobrecogida en primer término.*)

Alonso. Margarita!

Sebastian (*dirigiendo sus miradas á Margarita*). (No le gozarás nunca.)

Beatriz (*lo mismo, y volviendo de su sorpresa*). (No lo olvidaré miéntras viva!)



Acto segundo.

Habitacion (en casa de Margarita) graciosamente amueblada al gusto de la época. Puertas practicables á los lados. En el fondo un lindo mirador, por el que se descubre á Sevilla iluminada por la luna.

ESCENA PRIMERA.

ALONSO *observa por el mirador.* LEONARDO (*pensativo*) *aparece sentado junto á un bufete que se nota en primer término. Ambos en traje de calle. A poco de alzado el telon, entra un criado con luces que coloca sobre una mesa.*

Alonso. (¡Es la esperanza única!... En fin, este es un dado que debe jugarse. La existencia no vale tanto como el honor.)

Leonardo (*levantándose*). ¡Todo, Alonso mio, está hablado entre nosotros!!!--Pero haces bien en contemplar la naturaleza. Ella debe ser tu maestro: ella es el libro del hombre.

Alonso. ¡Qué hermosa es una noche de primavera! ¡Qué bien parece Sevilla desde este aposento de Margarita!

Leonardo. Y, sin embargo, esa pintura magnífica de Dios; ese cuadro de luz, de sombras, de encantos (que llamamos naturaleza), - ahonda tan poco ahora en tu corazon como el recuerdo de un ensueño indiferente. -- ¡Qué triste es haber encanecido al lado de aquel á quien amamos como á hijo; que es nuestro anhelo,

nuestro contento en el mundo, sin poseer entera su confianza!

Alonso. ¿Qué te he ocultado yo, Leonardo? ¿qué te he ocultado yo? Robo á mis horas de trabajo estas de la entrada de la noche, para consagrarlas á quien amo; y, desesperado de aguardar, quiero entretener el tiempo con esa hechicera perspectiva.

Leonardo. ¿Permítesme referirte una historia, en tanto llega Margarita?

Alonso. Cuéntala, si te place.

Leonardo. No ha mucho tiempo que se ocupaba la fama, de un don César, llamándole soldado en el Piamonte, pacificador en Sicilia, embajador en Venecia. Amigo del gran virey de Nápoles, duque de Osuna, cayó don César envuelto en la borrasca de aquel príncipe, y fué desterrado á Granada. Pero tenia una hija única, bella como el alba, y sencilla como una flor; y el cariño de su hija, y el afecto de sus amigos fueron al anciano un dulce bálsamo en las pasadas amarguras.-- (*Con intencion.*) A una mujer de diez y seis años todo la deslumbra, todo la fascina. Siente la necesidad de amar; mira; cree. Mas un dia y otro y otro de tormentos marchitan sus ilusiones: la duda acibara su existencia; y el alma busca un cariño mas puro, mas generoso, mas noble, precisamente cuando sus inclinaciones y esperanzas deben ceder á la voluntad de un padre. -- La hija tuvo que obedecer al suyo; y que casar, por complacerle, con un señor de título, muy entrado en años. Poco despues, alborotándose de nuevo las olas de la emulacion y de la envidia, pusieron á don César en tanto cuidado y aprieto que se hubo por bien librado con poderse pasar á Inglaterra bajo la proteccion del duque de Buckingham, su íntimo amigo.

Alonso. Me estas refiriendo una historia que conozco yo tan bien como tú propio.

Leonardo. No basta, Alonso, conocerla: es necesario no olvidarla. -- Esa mujer, dotada de un alma delicada y tierna, vió por fin rotas las cadenas que la aprisionaban en la sociedad, y sonreirle la fortuna cuando tenia á sus pies el objeto de todos sus ensueños y delirios. -- ¡Oh, esa mujer era entónces la mas venturosa de la tierra!

Alonso. Y el hombre que, bajo un lejano cielo, guardábala retratada en su corazon, -¿no sería dichosísimo en aquellos momentos?

Leonardo. ¡Ay, que tales momentos debieron durar eternamente!! Pero aquella mujer era un ángel, y por lo mismo habia de ser muy desgraciada. Apénas, dueña de su voluntad, lo fué del que reinaba en su pecho, el destino le arrebató de su lado para que ciertas almas envenenadas, no malogrando tamaña coyuntura, agotasen su perversidad, y deshiciesen las mas dulces ilusiones.--(*A Alonso que quiere interrumpirle.*) Sí!! Pero aun no se daba el destino por contento. Era preciso todavía que el delirio paternal arrastrase indiscretamente á don César á las riberas españolas en el punto crudo en que la armada inglesa, inundando las playas de Cádiz á principios de este invierno, consternó todo el Andalucía.--En fin, ¿cuál es el resultado? Don César preso, esperando la muerte de hora en hora: los implacables jueces (que sumarísimamente han de sentenciarle) hoy mismo en Sevilla meditando un castigo ejemplar, un escarmiento terrible: Margarita, en el estremo de la desesperacion, sin padre, y acaso sin amante; y el amante...

Alonso (*con inquietud*). Tiene una palabra que cumplir, una obligacion que satisfacer, y una vida que salvar. Pues bueno: lo que Alonso Cano ha dicho una vez, lo ha cumplido siempre.

Leonardo. Y el amante... es caballero, es honrado, es virtuoso! Has dicho bien: tiene una palabra (*con voz sublime*), una palabra que cumplir, una obligacion que satisfacer, y una vida que salvar. (*Llevándole á un lado del proscenio, y con movido afecto.*) Alonso, no hay tiempo que perder. Fias la libertad de don César á un alboroto, á un tumulto. Crees que derramando dinero entre la gente baldía, ociosa y mal avenida, y fomentando la sedicion en que el pueblo ha comenzado á declararse, podrás alcanzar por la fuerza lo que no has sabido lograr por conciertos...

Alonso. Leonardo!!

Leonardo. Te has engañado. Los pocos artesanos que gritan en los corrillos «viva el rey, y muera el mal Gobierno», no encuentran un eco que responda á sus

aclamaciones.--Se busca ya el orígen de esas voces: los ministros avivan sus pesquisas... Ay! ¿por qué me has ocultado tus proyectos? ¿Imaginas que la suerte de don César me interesa tan poco? ¡Tú triste, tú reservado, tú retraido del que no tiene á quien amar en el mundo sinó á ti! ¿Desde cuándo te recatas de tu segundo padre? ¿Qué pensamientos revuelves en tu cabeza?--Yo conseguiré tal vez mañana lo que intentaste en vano; porque todo requiere oportuna sazon.

Alonso. Leonardo, si mi suerte es sucumbir en esta empresa, no quiero yo envolverte en mi ruina.--Esta noche, cerca de la madrugada, en medio de la oscuridad y silencio...

Leonardo. Y bien?

Alonso. Escalaré la torre del Oro; romperanse las prisiones de don César. Un barco le recibirá en el Guadalquivir; y, hasta que respire á bordo de cierta galera de corsarios ingleses, yo no sentiré aliviada la zozobra en que vivo.

Leonardo. ¿Es cierto, Alonso mio? Eres el mas bueno de los hombres. Pero aun me siento con brios; aun me anima el espíritu de los primeros años. A mí me toca el escalar la torre. ¿Has sobornado al alcaide? Contamos con él...¿no es cierto?

Alonso. Y necesito mas dinero. Malvarataré mis cuadros; recurriré á mis amigos...

Leonardo. Esta misma noche salvarémos al mas querido de todos los padres. Gente se acerca. Es fuerza que nós veamos pronto.

Alonso. En el puente; dentro de media hora. (*Vase Leonardo.*) ¡La libertad de don César! Ah! Cuando yo haya restituido el padre á la hija con tanto riesgo de mi existencia, con tales sacrificios,-el cariño de Margarita le robustecerá la gratitud, la virtud mas noble de nuestra alma.--¡Qué lucha destroza mi pecho! Todos me pintan en Margarita un ángel; y hay un ser empeñado en que la aborrezca... Un ser que me miente... Margarita me ama...--Pensemos ahora en la libertad de don César. Eso es lo primero. Despues... despues tan solo Dios sabe lo que sucederá.

ESCENA II.

ALONSO. BEATRIZ.

Beatriz. ¿Vos por aquí, Alonso?

Alonso. Bien venida, señora... (¡En peor ocasion!...)

Beatriz. ¿Quién me hubiera dicho que, á estas horas y en este paraje, debria de hallar tales desenfados y alientos, resignada como estaba á esperar sola en su casa á Margarita?

Alonso (*acercando la silla que iba á coger Beatriz.*) Beatriz!... ¿Teneis algunas nuevas que darle?

Beatriz. Venturosísimas, por fortuna. El duque de Medina Sidonia, muy empeñado en salvar á don César, ha hecho partir para Madrid deudos suyos que arranquen del de Olivares el indulto de tan infortunado caballero, á quien conserva una muy decidida amistad.

Alonso. Obrará el duque en ello como calificado y justo.

Beatriz. Os veo pensativo. Paréceme que mostrais, en el particular, doble empeño que los mas interesados en él. Don César...

Alonso. Es el padre de la que va á ser esposa mia.

Beatriz. Os adelanto mi enhorabuena. ¿Por fin os decidísteis á casaros?

Alonso. Ya era tiempo.

Beatriz. Acertado estais. Yo conceptuo el matrimonio, en un pintor, como el punto de partida para su felicidad y su gloria. En los pocos años el torbellino de las pasiones, sus terribles contrastes, conjúranse contra el pobre artista: encontrados vientos se oponen al vuelo de su genio: engañosas flores le distraen y retrasan en su camino...--El matrimonio lo apaga todo. El juicio y la reflexion reemplazan á la desenvoltura; y desde aquí empieza para el pintor la carrera de luz que ha de hacerle inmortal.

Alonso (*fastidiado*). Sí... es cierto.

Beatriz. Y no faltarán algunos que piensen lo contrario! Habrá quien diga que el matrimonio corta las alas de la esperanza; que su pesado yugo cae sobre el destino feliz del artista y lo destruye: en fin que, tan luego como se casa, muere para la gloria. Ya se ve! las mismas pasiones le arrastraban ántes á ella! La gloria es

la mirada de aprobacion de una mujer, la conquista de su corazon.

Alonso. Y... (dispensad que os interrumpa) ¿conceptuais vos que el conde-duque antepondrá los respetos del de Medina al castigo de don César?

Beatriz. Indudablemente. Y tan gran beneficio le deberá este á los ojos negros de su hija. Ved aquí otra ventaja que logra el artista si elige mujer hermosa: honores, condecoraciones, títulos. En los azarosos tiempos que tocamos, esto, caballero, vale por sí solo lo que el talento no vale. Dentro de un año os pronostico la privanza de Tiziano y la nombradía de Rafael. Tan luego como os caseis, debeis salir para la corte.

Alonso. Señora... (*Despues de varios afectos.*) Soy hombre, y mujer vos. Podeis ofenderme impunemente.

Beatriz. ¿A qué son esos fieros? Ya estais creyendo que yo me opongo á vuestro enlace!!

Alonso. Lo que creo es que pareceis un genio abortado del abismo para ajar mi amor propio, mi orgullo; para deshojar todas mis ilusiones.

Beatriz. Yo?!!!

Alonso. Vos. Despues del pesado lance en que herí muy mal á don Sebastian de Llanos y Valdes, me habeis tenido oculto en Lebrija, en una casa de campo que os pertenece.

Beatriz. Siempre me precié de amiga vuestra.

Alonso. Allí despedazásteis mi corazon, derramando en él semillas de veneno y de muerte. La desconfianza es la muerte!

Beatriz. Veo que hay hombres á quienes abrirles los ojos es matarlos.

Alonso (*con inquietud*). ¿Decisme que Margarita no me ama?

Beatriz (*afectando fastidio*). Sí; os ama.

Alonso. Las pruebas de su infidelidad... -- Ya estamos en Sevilla... -- No ha transcurrido poco tiempo desde que regresamos á Sevilla! Dádmelas, dádmelas, como lo ofrecisteis.

Beatriz. Cuando oí que os hallábais resuelto á casaros, pensé que fuesen mi regalo de boda. Despues de lo

que he aprehendido, vengo á discurrir de otra manera.

Alonso. Eso es decir que podeis justificar vuestras palabras.

Beatriz. Eso es decir que hubo una época en que toda Sevilla os creyó galan mio... Quizas á mí tambien me pasó alguna vez por el pensamiento; pero como un capricho, como una aprehension solamente. Sin embargo, desde entónces tomé una parte muy decidida en vuestra felicidad... sin interes de ningun género, así Dios me salve.--Pues bien: el afecto que os profeso me cegó : conozco que os he hecho mal, mucho mal; pero he pecado de inadvertida. Aun es tiempo de remediarlo todo. Sea otro el objeto de nuestra conversacion.--¿Concluísteis, por fin, el magnífico cuadro de la Asuncion de nuestra Señora?

Alonso. Beatriz, no me hagais desesperar.

Beatriz. Basta, Alonso: á otra cosa. Dicen que os habeis desprendido de vuestros mejores lienzos.

Alonso. Señora!...

Beatriz. Yo os compro la Magdalena: Os pagaré en brillantes.

Alonso. ¿Os regocijais en verme sufrir?

Beatriz. Vuestro genio es vehemente, duro, agrio; pero hoy raya en descortes, á fe mia. No solo no me tratais como amiga, sinó que ni aun como mujer siquiera.

Alonso. ¿No os dais por satisfecha todavía? Estoy padeciendo mucho. Beatriz, sacadme de esta cruel ansiedad. Necesito amar, como la tierra necesita del sol; pero no amaré nunca á una mujer indigna de mi cariño. Me habeis hecho dudar del de Margarita: habeisme robado el sueño, la quietud, la esperanza de un siglo de ventura y deliciosas horas...

Beatriz (*afectando violencia*). Tomad lo que os he ofrecido, con tal que calleis. (*Entrégale unos papeles.*)

Alonso (*recorre rápidamente con la vista varias cartas*). Dios mio! Es posible! Tanta maldad!... Traidora! -- «Tu Margarita.» «Tuya hasta la muerte.» -- ¡Y me llamaba su único pensamiento!... (¡Tanta humillacion delante de Beatriz!)-- ¿Y cómo en vuestro poder estas cartas?... (Sí, es su letra! -- Mi vista se desvanece... Algun espíritu infernal me alucina...)--Esto es una

trama horrorosa, indigna... ¿Es posible?!...--(Es verdad! ¿Y la tristeza que empaña su rostro? ¿Y aquel bajar de ojos cuando me mira?...)--Decidme, decidme quién os ha dado estas cartas.

Beatriz. Nada se adelantaria con decíroslo; y yo podria quedar en un desventajoso concepto. No os lo digo.

Alonso. Estas cartas las escribiria Margarita á su marido... --Decidme que sí.

Beatriz. Os digo que sí. ¿Es eso lo que deseais? Con todo: en algunas habla de cautela, de temores, de peligros...

Alonso. ¿Con que me engaña?... ¿O me engañais vos?

Beatriz. ¿Quereis conocer esta noche á vuestro rival?

Alonso. Mi rival!... ¿Quién es?

Beatriz. Yo apénas lo conozco. --¿Quereis sorprenderle con Margarita?

Alonso. Dónde?

Beatriz. Dadme palabra ántes de no empeñar lance ninguno.

Alonso. Estas manos le arrancarán á la pérfida el corazon.

Beatriz. ¿Y con qué derecho? Margarita no es todavía vuestra esposa. Aun es libre.

Alonso. Entónces... entónces... quiero humillarla, despreciarla delante de todo el mundo.

Beatriz. Dar un escándalo, en el que el peor librado seriais vos. (Su genio me asegura de todo.)--Voy á descubriros cómo podeis desimpresionaros, Alonso; desimpresionaros nada mas; ganar, no una pendencia, sino un útil desengaño, una leccion de mundo, que os enseñe á vivir en adelante.

Alonso. Sí, sí. ¿Esta noche?

Beatriz. Esta noche.

Alonso. Dónde? Acabad.

Beatriz. Haced por que nos veamos, dentro de hora y media, en el sarao de doña Luz de Vargas, mujer del asistente; y desde allí os guiaré donde convenga.

Alonso. ¿Y me respondeis, Beatriz, de que otro amor es únicamente el que lleva á Margarita á ese paraje?

Beatriz. Eso lo veréis vos con vuestros mismos ojos. Un coche se pára á la puerta: será el de vuestra amada. Yo me adelanto á recibirla. -- Alonso, bien conoceréis que de ningun modo os debe encontrar en este

sitio. Idos por la galería al jardin. Dentro de breves instantes, en casa del asistente. (¡Por fin quiso Dios que se cumplieran mis deseos!) (*Vase por la derecha.*)

Alonso. Veo las pruebas de su ingratitud, y no quiero creerla todavía... -- Dios mio!... Margarita es inocente... Que no vaya al sarao: que sea mentira cuanto me ha dicho esa mujer. (*Vase por el mirador.*)

ESCENA III.

BEATRIZ. MARGARITA.

Beatriz. Tanta fineza!

Margarita Recordaba el duque haber hecho camarada en Italia con mi padre; el aprecio en que tuvo su valor; y cómo se ufanó siempre con su amistad. Ay! el duque de Medina Sidonia ha llenado mi alma de esperanzas dulces y lisonjeras.

Beatriz. Es muy apuesto caballero.

Margarita. Aguarda por horas, segun dice, el término feliz del suceso; pues ciertos allegados suyos, que envió á Madrid para alcanzar la libertad de don César, partieron de Sevilla hace ya seis dias. -- Con el gozo se me olvidaba preguntaros cómo estais.

Beatriz. De veros, por Dios, contenta.

Margarita. Este es, Beatriz, el primer instante en que vivo, en que la tristeza no me ahoga; ántes bien me tiene fuera de mí el estraño presentimiento de alguna grande ventura. ¡Qué hermosa me ha parecido la noche! ¡qué hermosas las estrellas centelleando en un cielo azul y transparente! ¡He padecido tanto, señora! ¡he padecido tanto!

Beatriz (*ayudándole á destocarse*). No diréis que no sé cumplir mis palabras. Os prometí daros cuenta de la llegada de los oidores que deben entender en la causa de vuestro padre, y los nombres de todos. Aquí los teneis. (*Dale un papel. Siéntanse.*)

Margarita. El duque don Manuel me dijo que llegaron esta mañana.

Beatriz. ¿Y os ha dicho que el señor asistente debe presidirlos, y acelerar ó retardar el proceso?

Margarita. Y la duquesa me ha dado un atentísimo pliego para doña Luz de Vargas...

Beatriz. Que entregaréis esta misma noche; si no quereis que se reunan los jueces, y den al traste con los buenos propósitos del duque.

Margarita. Así me lo ha aconsejado; y así lo haré sin duda alguna.

Beatriz. (Perfectamente!)

Margarita. Y tanto mas cuanto que la duquesa le recomienda á la mujer del asistente me alcance permiso para ver á mi padre en la prision, donde yace incomunicado todo el invierno. Tengo esperanzas de verle esta noche... Juzgad ahora de mi contento. --Nada me hablais de Alonso: habia oido que se encontraba con vos en esta cámara.

Beatriz. Pero, tardándoos demasiado, le ha sido forzoso retirarse.

Margarita. Ántes esperaba siempre! Ahora se cansa y se fastidia! ¿Os ha manifestado si volveria? (*Un criado entra, y le entrega una tarjeta.*)

Margarita. «El licenciado comendador.» --Decid que puede entrar. (*Vase el criado.*)

Beatriz (*levantándose*). A Dios, Margarita.

Margarita. Esperad un poco. --No sé quién es.

Beatriz. Me es imposible. Se hace tarde.

Margarita. Como os plazca. ¿Nos volverémos á ver?

Beatriz. Muy pronto. Que no os descuidéis.

Margarita. A Dios vais.

ESCENA IV.

MARGARITA. DON SEBASTIAN, *de hábito de Santiago.*

Sebastian. Yo soy.

Margarita. (Ay!... don Sebastian!!) Caballero, ¿quién os ha dado permiso para penetrar en esta estancia?

Sebastian. No lo creí jamas necesario. Ademas vos me le habeis dado.

Margarita. Hacedme la merced de dejarme sola. Os lo pido, os lo suplico.

Sebastian. ¿Os molesto?

Margarita. Retiraos.
Sebastian ¡Tanto amor; tantos juramentos un dia; tanto anhelar la dicha de estar á mi lado... Y ahora os enfada mi vista, os llena de horror! Desearíais que la tierra se abriese, arrebatando á vuestros ojos al que ántes merecia un cielo!... ¡Vive Dios, y cómo los tiempos se han trocado!
Margarita. Os ruego que os vayais.
Sebastian. ¿Á qué es temblar? ¿á qué ruborizaros de esa suerte? Lo perdono todo.
Margarita. Mirad que puedo llamar á mis criados; hacer que os echen de esta casa...
Sebastian (*con sarcasmo*). No lo haréis.
Margarita. ¿Qué os ha traido aquí, caballero?
Sebastian. ¿Es tan fácil arrancar los afectos del corazon, y arrojarlos al olvido?--El hombre afortunado, que conquista los de una mujer constante, virtuosa, con ellos cuenta para siempre. La deslealtad y la inconstancia es tan solo de corrompidas é infames villanas... oh! no de elevadas señoras, cuyos principios santos y delicados publican la escelsa estirpe de que descienden...--Y para estos seres ennoblecidos ¿qué es la ausencia, la distancia, los mares tampoco? Las almas se buscan y se unen, como se buscan el oro y el azogue. ¿Qué son tres años de sinsabores luego que brilla la aurora de la felicidad? Tuyo soy. Respuesta aguardo, para soñar en un porvenir de ilusiones.
Margarita. ¡Un porvenir de ilusiones! Hay hombres que se regocijan y embriagan con los tormentos de una mujer... que se apacientan en ellos, como el tigre en su presa. ¿No bastan, decid, tantos años de llanto, de acerbos dolores, de eterna agonía? ¿Quereis todavía mas? ¿Qué daño os he hecho nunca para tal encono? Piedad... caballero... Olvidad todo lo que ha pasado... que existió Margarita. Dadle la paz por que suspira desde que vió la luz del dia. Soy una pobre mujer, muy desgraciada, muy infeliz. ¿Es, acaso, hazaña de valor, propia de hombre, hacerme apurar el cáliz de amargura?
Sebastian. Veo que no me entendeis.
Margarita. Ah!... por Dios...

Sebastian. Cuando me presento á ti mas rendido y enamorado...

Margarita (*con amargura*). Enamorado!!!

Sebastian. Y mas generoso que nunca...

Margarita. Sí!!!

Sebastian. Deseaba que nos pusiéramos de acuerdo, sin necesidad de disgustos, sin malgastar el tiempo, sin que fuera preciso valerse de medios muy amargos.

Margarita. Sabia yo que no os habian de ablandar mis ruegos!

Sebastian. Dios tiene mucho que dar, y siempre le queda el brazo sano. A mí me dió este natural; y, malo ú bueno, era para ti el mejor del mundo.

Margarita. El mejor del mundo! Vosotros, malentretenidos, sois la serpiente que acecha á la inocente paloma. Llega una jovencilla al abril de su vida; y no descansais hasta deslumbrarla, cual deslumbra la luz los ojos de un niño; hasta abrasarla, cual la llama á la desacordada mariposa. Y como vosotros no elegis nunca sinó una dama, no hay qué os detenga para esplicaros con la mujer, para humillarla, para envilecerla. Y como nosotras estamos ya ciegas; como habeis sabido alucinarnos,-nos contentamos con lo que nos proponeis, con lo que nos quereis dar, con ménos todavía.--Somos nobles, pero no poderosas. Harto favor nos dispensais honrándonos con el título de nuestros galanes. (*Con sarcasmo.*) Conoceis la barrera que ha puesto entre ambos la sociedad, y la respetais!!--Cáe abajo el edificio de nuestra fortuna; la pobreza se pinta en nuestro aspecto: teneis atrevimiento para decirnos que os casaréis con la que halláreis rica... No derramais una ilusion siquiera sobre nuestra alma; no esparcis un rayo de consuelo, una idea de virtud que nos enaltezca, una esperanza que nos halague. ¡Es verdad; os complaceis en degradarnos!... Luego es menester que besemos el polvo que pisais!!!...--Pero vuestro natural era para nosotras el mejor del mundo.

Sebastian. Linda leccion para una cátedra.

Margarita. Y cuando ese galanteo debiera concluirse, porque entramos nosotras en una senda de sagrados deberes,-nos perseguis en todas partes; sembrais la

inquietud y la desconfianza en nuestros maridos; arrojais dentro de sus casas un infierno. -- A bien que los tormentos no son para vosotros: vosotros no escuchais palabras que desgarran el alma, no veis un indignado rostro en que se pinta el despecho á toda hora; para vosotros no corre una noche eterna de lágrimas y silencio.

Sebastian. ¿Me permitis hablar?

Margarita. Heis de oirme hasta el fin. Nos veis ya libres, y aun creeis que pensamos del propio modo que al entrar la primera vez en ese mundo seductor; que sois nuestros señores, y nosotras vuestras esclavas humildes; que una venda nos ha de cegar siempre. -- ¡Cómo os engañais! Cuando ese torbellino que nos priva de pensar, esa locura que arrebata nuestra mente, se calma, - entónces conocemos vuestra perfidia y nuestra lijereza. Ese corazon enfangado, seducido un dia, - se levanta purificado por el sufrimiento: el alma acrisolada devora ya la pura luz; y la mujer engañada os aborrece y os detesta. -- Sabeis mis pensamientos. Ahora podeis iros.

Sebastian (*con calma sombría siempre*). ¿No me amais?!

Margarita. No, no os amo.

Sebastian. ¿Toda esperanza es vana?! (*Pausa.*) Vuestro amor está consagrado sin duda á otro hombre, en quien supongo todo ese boato de maravillosas virtudes y prendas que no ha querido el cielo concederme á mí vil gusano.

Margarita. Sí, á otro hombre.

Sebastian. Y de resultas de ese encantado y nuevo cautiverio, ya no será fácil restablecer las cosas á su primer estado: olvidar al pintor, y volver el antiguo cariño al estudiante.

Margarita. Jamas.

Sebastian. Será muy difícil decirle á Alonso Cano que le habeis estado engañando; que otro primer afecto, mas íntimo, mas verdadero, os subyugaba; y que este era el que yo habia sabido inspiraros.

Margarita. ¡Decirle á él que no le amo!

Sebastian. ¿Aunque os lo mandara aquel primer amante que está decidido á subyugar vuestra voluntad por cualquiera medio?

Margarita. Si me hallara al pie del suplicio; si la cuchilla estuviese al caer sobre mi cuello, y la vida, la vida!, dependiera de abrigar en el seno un destello de amistad no mas hácia vos, - con mis propias manos aceleraria mi muerte.

Sebastian. He aquí el caso al pie de la letra. --Por la tarjeta con que me anuncié á Margarita Velli, conocerá esta que el licenciado comendador es uno de los jueces que deben mañana mismo sentenciar á su padre.

Margarita. Monstruo!

Sebastian. En unas horas, ufanas en verdad, me prodigábais palabras mucho mas lisonjeras. No habia entónces mas que un corazon y una voluntad: la mia. No habia mas que un sendero para el pensamiento: el que yo le trazaba. Una mirada apagaba el suspiro de la queja; una sonrisa era la luz de un paraiso.

Margarita. Don Sebastian!!... Y ¿seríais capaz de tal bajeza? ¿Un hombre de honor, un caballero, tal infamia?

Sebastian. Las venganzas de los que bien se han querido, sobrepujan á las ofensas hechas. Ya sabeis mi venganza.

Margarita. La que pudiera tomar un asesino, el hombre mas despreciable...

Sebastian. No... no lograis picarme el amor propio. Ó amadme, ó ved á vuestro padre espirar en un cadalso.

Margarita (*con afecto de horror, de indignacion, y de despecho*). Ah!!! -- El cielo no consentirá tamaña injusticia. Vuestros planes serán frustrados.

Sebastian. Confiais en que el duque de Medina consiga para don César el indulto de S. M.! Cuando el indulto llegue, será ya tarde, muy tarde.

Margarita. ¿Y la inocencia de mi padre no le salvará?

Sebastian. Ved su inocéncia (*mostrando varias cartas*). Cartas á sus amigos incitándolos á la rebelion contra su legítimo rey; planes para un sacrílego levantamiento en Portugal; proyectos de formar de Andalucía un reino aparte, cuya corona debiera ceñir... el mismo duque de Medina.

Margarita (*indignada*). ¡Mi padre traidor! ¡mi padre!!!

Ay! que solo en vuestra lengua pudiera resonar semejante calumnia. Traidor!! La sangre que corre por nuestras venas, es sangre de leales; el fuego que abrasa nuestros pechos, es el fuego de los hombres honrados. Esas cartas son fingidas.

Sebastian. Pero si la letra estuviese tan bien imitada que se confundiera con la realidad misma; si la conducta de César Velli hubiese infundido graves recelos al conde-duque; si entre los revoltosos de Portugal anduviese el nombre de vuestro padre, - estos documentos sin duda serian la sentencia de su muerte. Pero yo os digo, á fe mia, que son verdaderos. Esta letra no puede confundirse con ninguna. -- Solo yo el depositario soy de tales secretos.

Margarita. ¡Y los vendeis así!

Sebastian. Los regalo. -- El que firma lo que escribió, se condena por su mano propia. -- ¿Qué resolveis? -- (*Pausa.*)

Margarita. Salvad á mi padre.

Sebastian. Decidle á Alonso que os olvide para siempre...

Margarita. La vida del mejor de los padres!... Vedme á vuestra plantas (*se arrodilla*)... ¡Ay, no seais tan cruel, por Dios!

Sebastian. Que nunca le habeis amado (¿estais?); nunca. -- Encargadle que yo no le vea mas..,

Margarita. Piedad!...

Sebastian. La vida de César Velli está en mi mano; está en las de su hija. -- El indulto de S. M. será inútil miéntras existan estas pruebas. -- La muerte y la afrenta de vuestro padre; ó..,

Margarita. Su vida.

Sebastian (*levantando á Margarita*). ¿Haréis cuanto os he dicho?

Margarita. Lo que querais.

Sebastian. Desengañarle.

Margarita. Lo que querais.

Sebastian. ¿Me amaréis?

Margarita. Amaros!... Al corazon no se le puede mandar: sabedlo. Cuando mi boca diga que os ama, miente: mi corazon dice que os execra. Si alguna vez estrechasen mis manos las vuestras, no lo estimeis como

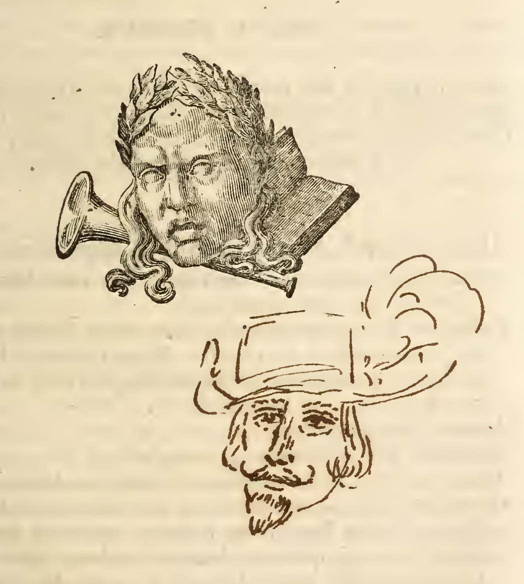
el blando halago de la aficion... - desean, sí, despedazaros las entrañas. -- Sacrificaré á vuestro antojo todas mis ilusiones, mis esperanzas todas... ¿Qué mas apeteceis, inicuo?

Sebastian (*con sombría intencion*). ¿Me amaréis?...

Margarita. Os aborrez... (*á una mirada feroz de don Sebastian*) os amaré.

Sebastian. Así!!! (*Viendo entrar á Leonardo.*) (Silencio!) -- Me complazco, señora, ocupándome de cuanto os pertenezca. -- (*Saludando.*) Beso las manos á vueseñoría.

Margarita. Ah! le perdí para siempre! (*Cae en un sillon. Leonardo la socorre.*)



Acto tercero.

Antesala ricamente adornada con tapices flamencos, escritorios, relojes, camapes, taburetes, etc. A los lados puertas practicables: una grande al fondo, por donde se descubre un espacioso salon iluminado. La confusion y murmullo de un baile reinan en su interior; pero, de vez en cuando, percíbense los sonidos de la música.

ESCENA PRIMERA.

ALONSO, *junto á una mesa, examinando algunas estampas. Damas y caballeros atraviesan la estancia en direccion al sarao; varios pasean á uno y otro lado, y algunos (máscaras, etc.) salen del salon.*

Alonso (*mirando los que entran*). Tampoco es ella! Mi vista se confunde y desvanece en este laberinto... ¡Qué ruido! ¡qué desórden!

Caballero 3.° (*acercándosele*). Con razon es tan aficionado el asistente á la pintura. Estos cartones los trajo de Italia, y se creen de Miguel-Angel. Uno hay de Rafael de Urbino, á no dudar.

Alonso. Son magníficos.

Caballero 3.° ¿Volvemos al estrado?

Alonso. Id vos. Pienso descansar aquí aun todavía.

Caballero 2.° (*á una máscara, con la cual sale por el fondo*). No es hoy la vez primera que oigo esa melodiosa voz, ni que ese bizarro embozo me deslumbra. -- ¿Quién eres? Hazme el gusto de quitarte la máscara.

Máscara. Soy... mujer.
Caballero 2.° Y te sería imposible estar sin ella!!--¿Dices que sabes mi vida y milagros? Mi nombre.
Máscara. Os llamais el licenciado Sarmiento: sois mayorazgo, oidor de Granada: vinísteis á Sevilla por dos meses, á fin de recobrar la perdida salud; y os encontrais hoy nombrado por S. M. uno de los jueces que han de juzgar y castigar á los encarcelados en la torre del Oro.
Caballero 2.° ¿Casado, ú soltero?...
Máscara. No todos los que son maridos estan casados: hay muchos solteros maridos.
Caballero 2.° El diablo me ha tentado por ahí.
Máscara. Ea, dejadme, don Quijote de Satanas; no tenga zelos aquel serafin.
Caballero 2.° No te dejo en toda la noche. Me encanta el escucharte.
Máscara. Pues escucha.
Caballero 2.° Y para que no me llames quijote, permíteme, hermosa máscara, que ponga este anillo donde gustara sellar los labios.
Máscara. El regalo es como de vos... de alquimia. No os place dar sinó malos ratos, con tal que tampoco cuesten dinero.
Caballero 2.° Ya veo que no pretendes engañarme por hoy.
Máscara. Por qué?
Caballero 2.° Porque, cuando tratan de engañar, estan muy cariñosas las mujeres; y lo que es tú no me adulas.
Máscara. Equivocado os heis. -- ¿Visteis á doña Luz de Vargas?
Caballero 2.° ¿Por qué me lo preguntais?
Máscara. ¿La habeis visto?
Caballero 2.° Estasiada toda la noche, bailando con el capitan don Gomez de Céspedes. No era menester preguntarlo.
Máscara. Despues de haberle dicho á su marido, á media voz, cuatro razones muy bien concertadas. El bueno del asistente recorre á este punto la ciudad, en la que se notan amagos de conmocion; y doña Luz baila á las mil maravillas. Aprended ahora.

Caballero 2.° ¿Cayó por fin el capitan en la red?! Muy mudado veo á don Gomez.

Máscara. Los hombres varian cada siete años.

Caballero 2.° Y las mujeres cada siete dias. Preguntádselo á doña Luz. -- ¿Quién es ese joveneto?

Máscara. Estraña pregunta. Alonso Cano.

Caballero 2.° Ah! sí. ¿El pintor de quien tanto hablan las buenas lenguas? ¿el amante de la granadinita?

Máscara. En vísperas de marido.

Caballero 2.° Cuenta, cuenta. -- (*Pára la música.*)

Caballero 1.° (*á Alonso*). Prestadme atencion unos instantes. -- A tiempo somos de prevenir el mal que amenaza; y yo, que me precio y me he preciado siempre de muy su verdadero amigo, vengo á salvar al gran pintor de Andalucía.

Alonso. ¿A salvarme á mí?! (*Con serenidad.*) Pues ¿qué novedades ocurren?

Caballero 1.° ¿Ignorais, por ventura, que (miéntras la música y el bullicio reinan en estos salones) el populacho, dividido en numerosos grupos, recorre la ciudad con ánimos de sublevarse?

Alonso. En verdad que yo creia desvanecido el tumulto.

Caballero 1.° ¿Sabeis quién haya sido el que ha sembrado la zizaña entre los artesanos? -- ¿Lo sabeis?

Alonso. No sé mentir. Yo he sido.

Caballero 1.° Hablad mas bajo. No todos aquí son vuestros amigos. -- Los ministros de justicia, recelando que la sedicion declarada puede pasar á insultos de mas violenta especie, estan ejecutando no pocas prisiones de personas sospechosas. Las guardias de las cárceles se han reforzado. Ya, en las parroquias, algunos caballeros y gente principal se juntan y llaman por sí mesmos, á fin de aunados defender sus casas, si la plebe pasa á otros intentos.

Alonso. ¿Y las torres quién las defiende y guarda?

Caballero 1.° La del Oro se ha encomendado á los Ulloas.

Alonso. (Sus mas encarnizados enemigos!)

Caballero 1.° De cualquier modo los designios de la plebe serian frustrados; pues acaba de recibirse la noticia de que la gente de guerra, que se acantonaba en Cádiz y en toda la costa del occéano, sube para Sevilla. Permitidme, Alonso, que os diga que no ha sido

prudencia en vos hacer causa comun con los revoltosos. Un pintor no debia, ni debe, mas que pintar.

Alonso. Todos los medios son buenos para salvar á un inocente.

Caballero 1.° Deponed toda esperanza, Alonso. Don César perece víctima de una combinacion fatal. El licenciado comendador (de quien no os querais acordar) es uno de los jueces de tan infortunado caballero, al cual odia de muerte por atribuirle el mismo comendador la de su padre, uno de los castigados en Nápoles por el duque de Osuna. El suplicio de don César es inevitable.

Caballero 3.° (*á Alonso*). Dadme licencia cortesana para hablar á este caballero. (*Habla algunas razones al* 1.°, *y se marcha por la izquierda.*)

Alonso. (Si ese comendador tiene espada y honra... no será el asesino de un honrado.)

Caballero 1.° (*á Alonso*). Se os señala ya como orígen del tumulto. Quiero que conmigo vengais á este salon de la izquierda, donde se hallan ahora las personas de mas valer de Sevilla, y donde es menester que con prudencia y tino disipemos las negras nubes que se van conjurando. Vuelvo por vos dentro de minutos. Esperadme aquí. (*Vase por el fondo.*)

Alonso (*despues de luchar con distintos afectos*). Los Ulloas dueños de la torre! -- Dios mio! -- Si vendrán á tierra mis mejores esperanzas! -- No sé qué partido tomar en este instante. -- (*Observando uno de los relojes de la sala.*) Pero aun es tiempo : aun puedo cumplir con el deber y con el honor.

Caballero 2.° (*á la máscara*). Voy, si me lo permites, á decirle dos palabras. Al punto seré contigo.

Máscara. Ve bendito de Dios, y no vuelvas. (*Vase.*)

Caballero 2.° (*saluda á Alonso*). Bravo estais, señor Alonso! Sepa el bueno de Alonso que le estimo en mucho.

Alonso (*reprimiéndose*). (*Pausa.*) Beso á vueseñoría las manos, por la merced que me hace.

Caballero 2.° Conóceme, por ventura? (*Vase paulatinamente despejando la escena.*)

Alonso. No, por cierto. Pero como entiendo los usos y ceremonias de cualquiera buena crianza, vengo á adi-

vinar que el que me habla de vos tendrá el tratamiento de SEÑORÍA.

Caballero 2.° Y así es la verdad. Soy el oidor Sarmiento. Mi mayordomo os encomendó la pintura de esta medalla; y no quiero dilatar la recompensa de vuestros desvelos. -- Os dijo mi mayordomo que era para mí! Ya se deja adivinar en el esmero con que está concluida y retocada, y en el pincel tan fino con que la habeis pintado. Seis figuras tan pequeñitas...

Alonso. Yo no pinto para nadie, sinó para mi gloria. No veo nunca quien me manda, sinó lo que se me manda hacer.

Caballero 2.° ¿No estaria mejor el viejo con la cabeza... así... mas inclinada? ¿No sería de doble efecto este paño rojo que no azul? ¿Por qué se parecen las nubes tan oscuras?

Alonso. Hágame VUESEÑORÍA el obsequio de devolverme la pintura, puesto que no le aplace.

Caballero 2.° No, por San Pedro Arbües. La obra me parece grandemente: no tiene precio: es joya que conservaré como lo mejor de mi hacienda. -- Ahora, siquiera por satisfacer mi curiosidad, decidme en cuánto os dais por servido de vuestro trabajo.

Alonso. En otra ocasion, con mas espacio y gusto. Perdonadme en esta que me retire.

Caballero 2.° Son pequeñeces que tocan á mi mayordomo; pero que con vos pretendo zanjar yo mismo. Me honro en ello.

Alonso. Mañana se liquidará la deuda.

Caballero 2.° Ahora ha de ser.

Alonso. En otra ocasion.

Caballero 2.° Ahora. ¿Cuánto os debo?

Alonso. Dé VUESEÑORÍA diez y seis doblones para ayuda de costa, puesto que confiesa que no tiene precio la medalla.

Caballero 2.° Decis...

Alonso. Diez y seis doblones.

Caballero 2.° ¿Diez y seis?

Alonso. Justamente.

Caballero 2.° (*Pausa.*) -- ¿Y en cuántos dias se ha pintado la tal joya?

Alonso. En cuatro.

Caballero 2.° Segun vuestra cuenta, salis á cuatro doblones en cada uno.

Alonso. Muy mal contador es VUESEÑORÍA; porque mi vida toda la he consumido para saberlo hacer en ese poco tiempo.

Caballero 2.° Y yo, ni mas ni ménos, mi juventud y patrimonio en una universidad. Y hoy, hallándome oidor de Granada, en facultad mas noble, apénas contaré con un doblon diario.

Alonso. Facultad mas noble!! mas noble que la pintura!... (*Pausa.*) Atreveos á crear otro mundo, otras ciudades, otros seres, otra naturaleza: robadle la luz al cielo, el espacio al mar: parad el sol: hacer á los hombres vivir eternamente... -- ¡Facultad mas noble que la pintura!... ¿mas que aquella ante la que se humillan los poderosos, los propios cetros?!--Vosotros los demas hombres necesitais un título para ser algo, que os le dará tal vez un idiota. Nosotros tambien necesitamos un título; pero nos le da el genio, la admiracion de todos los pueblos, de todas las generaciones.-- ¡Y le teneis en ménos!! -- Oidores los puede hacer el rey, del polvo, del lodo de la tierra; pero tan solo Dios puede hacer un Alonso Cano. -- Dadme la medalla. (*Se la arrebata, y la pisotea.*)

Caballero 2.° ¿Qué habeis hecho?

Alonso. Lo que veis, CABALLERO.

Caballero 2.° Por otro estilo y con ménos escándalo nos satisfarémos mutuamente.

Alonso. El sitio, la hora...

Caballero 2.° Mas adelante. Quede esto aquí hasta mejor sazon... El santo tribunal pudiéraos tomar cuenta de tamaño arrebato...

Alonso. ¡El santo tribunal!!... Porque no le hay para los que pisotean la reputacion de un artista; para los que deshojan sus ilusiones; para los que apagan la llama de su entusiasmo...

Caballero 2.° Ese vuestro desacato, señor PINTOR, debria conquistaros un escarmiento. Pero como oidor os compadezco, como caballero os perdono, y como hombre...

Alonso. Como hombre debeis batiros conmigo.

ESCENA II.

DICHOS. BEATRIZ. CABALLEROS, *que han oido la pendencia y que conspiran á templar los ánimos.*

Beatriz (*al caballero* 2.°). ¿Qué alboroto es este, amigo mio? -- (*Á Cano.*) ¿Por qué es esta pendencia, Alonso? -- ¿Desde cuándo tales demasías?

Caballero 2.° Desde que el Greco, defendiendo la inmunidad de la pintura, sedujo á los grandes para que la admitiesen en sus saraos.

Alonso. Desde que, entronizados los cadalsos y las hogueras, hubo hombres que se creyeron dioses al lado de sus semejantes.

Caballero 2.° No me acusa la conciencia de haber dado causa á tan escandalosas demasías.

Alonso. Ni al hombre honrado, al hijo de sus obras, de su talento, que se contempla escarnecido.

Beatriz. Cuando dos riñen, los dos tienen la culpa. -- Os suplico, señor oidor, que me sigais al estrado. Os buscan vuestros compañeros para cierta consulta, y os aguardan para ir á la real audiencia.

Caballero 2.° Vos disponeis de mi alvedrío, sin poder yo hacer otra cosa.

Caballero 3.° (*á la máscara*). ¡Qué hombre mas dócil!

Máscara. Hay millares de personas que no son mas que lo que quiere que sean algun arrimadillo.

Beatriz (*que ha estado hablando con Cano, dice, señalándosele, al caballero* 1.° *que sale por el fondo*). Tratad de calmarle. -- Pronto seré con vuestras mercedes. (*Vase.*)

Caballero 3.° (*á la máscara*). Mucho me temo que los furores de este pintor le alcancen un remo, ó una penca.

Máscara No, hijo mio: pierde cuidado; que nunca azotan á los ladrones que tienen espaldas; y es grandísima la del conde-duque de Olivares. -- Sigue, vida mia, sigue con tu declaracion adelante; que con ella van siete las que he oido esta noche. Pero déjate de relámpagos y truenos; que soy muy asustadiza.

ESCENA III.

ALONSO. CABALLERO 1.°

Alonso. Cobarde! -- Orgullo y vileza!! -- La indignacion me ahoga. Dias hay en la vida en que el infierno se desata contra un desventurado; y hoy es el mas terrible de la mia.

Caballero 1.° En otra ocasion os pudiera ser mas contraria la fortuna. Algunos presos han alcanzado la libertad. La torre del Oro ha sido asaltada. Don César está libre.

Alonso. Don César! ¡Cómo, por Dios!

Caballero 1.° No malogremos tan feliz acontecimiento. Venid á esta cámara, y haced todo lo que yo os diga.

Alonso. Señor don Luis, ya el permanecer aquí me deshonraria. Vuelo al lado de don César.

Caballero 1.° Lo perderíamos todo. Ahora ceded á mis consejos; y contad despues conmigo para cualquier empresa.

ESCENA IV.

DON SEBASTIAN *y* EL CABALLERO 2.° *por el fondo: luego* MARGARITA *por la derecha.*

Caballero 2.° No teneis mas que decirme.

Sebastian. El rayo hiere apénas luce el relámpago: el castigo debe seguir al delito. Os aguardo, señor licenciado.

Caballero 2.° Descuidad, señor comendador. (*Vase saludando á Margarita, que entra.*)

Margarita. (¡Otra vez ese hombre!)

Sebastian (*) (*con galantería afectada*). Margarita! -- ¿Sois vos, señora mia? No imaginaba tanta ventura como la que á toda prisa miro asomarse por estas puertas. -- Las pretensiones que hasta aqui os conducen, no se estienden sinó á conseguir la licencia deseada para

---

(*) El actor que desempeñe este carácter, tiene que luchar con las dificultades que presenta el de un hombre cuyos sentimientos estan en oposicion con sus palabras.

abrazar á vuestro padre, á quien nunca se os ha consentido ver en la prision. Quiero evitaros empachos y molestias: quiero constituirme yo propio en procurador y agente vuestro cerca del señor asistente; porque pensar que doña Luz de Vargas os escuche cuando baila con el capitan Céspedes, es pensar en lo escusado. -- Dad tregua á vuestros disgustos y pesares: á los que muy en breve me prometo poner cima y término por mí mismo; que el señor asistente no ha de tardar en volver, puesto que no se halle en casa. -- Vuestro empeño debe ser mio esclusivamente, hermosa Margarita. -- Oh! empezar salvando á un desgraciado, en el momento de anudar antiguos afectos, es entrar con muy buen pie en la carrera del amor.

Margarita. (Estoy á todo resignada, Dios mio!) -- Si vuestras palabras son sinceras; si algun rayo de compasion es capaz de abrigar vuestro pecho, y comprende el valor de los sacrificios que me obligais á hacer, -salvad únicamente á mi padre. -- En vano pretendo alcanzar la causa que os arrastra á forzarme á quereros... cuando sabeis que jamas os puede hacer feliz mi cariño. -- Pero si no es un mezquino impulso, si en esa aficion hay algo de noble y generoso, - no me hagais apurar hasta las heces la copa de los padecimientos. -- Apénas me atrevo... á exigir de vos un favor... Ya veis cuán unidos se creen nuestros corazones, cuando tiembla el mio solo al pensar que os quisiera pedir una gracia!!

Sebastian. ¿Y cuál os negaria yo nunca en albricias de tanta gloria como consigo? Deponed, Margarita hermosa, todo sobresalto. Es verdad que mi repentina aparicion ha debido sobrecogeros; (*con malicioso sarcasmo*) como que destruye tantos ensueños deliciosos! Es indudable que os habrán estremecido mis amenazas, mi terrible empeño por poseer vuestros hechizos. Pero todo se le debe perdonar al hombre que te amó en los primeros años de su juventud; al hombre para quien fuiste un cielo de luz y de felicidad. -- Mi genio vivo, lijero e inconstante, es cierto que no te hizo muy dichosa... lo conozco. Pero ¿dónde hallar el freno que reprima el veleidoso ardor, la fuerza del vivir, el ansia de gozar, que hierve en nuestros pechos en la

mañana de nuestra edad florida? Ese volcan que nos ciega y nos consume, se va apagando poco á poco, hasta que la cabeza subyuga todas las pasiones. Yo, Margarita, te amo hoy con el entusiasmo y buena fe de un niño, y con la energía y decision de un hombre.-- ¿Recobras la confianza? ¿Estas ya tranquila? Pídeme cuanto quieras... pedír no, mandar.

Margarita (*con entusiasmo*). Ah! ¿es cierto? ¿Me concederéis cuanto os pida?

Sebastian. Cuanto pidais. -- Venid, hermosa mia: sentaos aquí (*señalando el sofa de la derecha*); y permitidme que yo me acerque á vos... con temor y respeto. -- ¿En qué puedo ocuparme para complaceros, señora? Desearia que tuvieseis infinito que pedirme, y yo el poder de Cárlos V., para concederlo todo.

Margarita. Creo ingenuas vuestras razones; y voy á ser ingenúa tambien. -- Cuando tan de improviso os vi entrar en mi cámara, sentí conjurarse contra mí los mayores males del mundo: os temí, como el débil navegante la furia del alborotado mar: (*con empacho*) recelé de vuestros sentimientos... Vos lo habeis indicado: nunca labrasteis mi dicha; os complacíais en verme padecer; me hicisteis imaginar que el amor era un infierno de esclavitud y de lágrimas... Vos lo habeis dejado traslucir tambien. Os creí siempre vengativo, impasible, poco generoso... No, no; ya creo todo lo contrario. Me arrepiento, porque fui injusta con vos. -- Habeis dicho bien: los pocos años son una vida; los de la razon otra muy diferente.

Sebastian. Me embelesais con tanto candor. Sois inocentísima como una niña. Doime á mí propio el parabien por el tan ventajoso concepto que he sabido inspiraros. De este concepto al amor no hay sinó un solo paso; y la buena fortuna quiere que la tenga buena para completar la obra. ¿Con que ya no me aborreceis?

Margarita. No, señor.

Sebastian. ¿Y vuestro corazon se conoce inclinado á preferirme de nuevo? (*Pausa.*) -- ¿Qué me decis, bella Margarita?

Margarita. Despues de los nobles sentimientos que he visto resaltar en vuestra alma, debo esperar de vos...

Sebastian. ¿Imaginaríais, tal vez, que yo fuese tan des-

prendido que dejase neciamente perder toda la dicha que la suerte me acaba de conquistar?! No hay que pensar en ello. Si el olvidaros, Margarita, era lo que exigíais de mí, exigiais un imposible. Decidle al sol que no alumbre; á las estrellas que no brillen; á mí que no ame.

Margarita. No era, en verdad, ese el grande favor que os suplicaba. Y ahora me temo que tampoco me le concederéis.

Sebastian. ¿No era ese?

Margarita. No, don Sebastian.

Sebastian. Entónces le teneis concedido.

Margarita. Sí? Decídmelo; decid...

Sebastian. Sí: le teneis concedido.

Margarita. El sentimiento de gratitud que arderá eternamente, eternamente, en mi seno, -semejará al amor. Besaré la tierra que piseis; seré vuestra esclava... Ah! no me lo negueis, por Dios.

Sebastian. Te lo concedo... como esté en mi mano el concederlo.

Margarita. Don Sebastian... lo habeis confesado... solo vos sois el depositario de los documentos que pudieran perder á mi padre... (*Duda de temor y deseo.*) ¿Quisiérais dármelos?

Sebastian (*con afabilidad*). Todo, ménos eso, Margarita. Y entended que, con tan estraña súplica, me injuriais en mucho, imaginando de mí otra cosa de lo que de mi hidalguía y sentimientos debe prometerse.

Margarita. No lo tomeis á injuria... no os injurio yo... Os creo caballero, honrado, compasivo... Pero una angustia, una inquietud me sobresalta... Por vos, don Sebastian, no recelo mal ninguno; pero... miéntras existan esas pruebas, la vida de mi padre pende de un cabello... Exigid de mí, en cambio, todo género de sacrificios... Os amaré... Os seguiré como una herrada por todo el mundo... porque no sabeis qué sacrificios es capaz de hacer un hijo que adora en su padre. Yo, que no conocí nunca á la que debí la existencia, reconcentré en mi padre el cariño de los dos. Mas ¡ay! desde que vi la luz del dia, la he columbrado siempre al traves de la turbia lágrima del dolor.

Sebastian. Abandonad esas ideas tristes: confiad en el cariño que hácia vos me arrebata. Por lo demas, estad tranquila.--Pensemos únicamente en nuestros amores; en aquellas horas en que, tierna flor que se levanta erguida al nacer la aurora de un risueño dia de primavera, os vieron por la primera vez mis ojos. Recordemos aun aquellas lágrimas, flores azules que presagiaban instantes dulcísimos de reconciliacion y de entusiasmo; aquel esperar, en las rejas de vuestro jardin, que las deshojadas rosas, matizando el cesped, indicasen que os debia hablar aquella noche... (*A Beatriz, que se les ha ido acercando por detras del sofá hasta tocarle á don Sebastian en el hombro.*) Oh! no diréis que no estoy enamorado!!

ESCENA V.

DICHOS. BEATRIZ.

Beatriz. Es verdad!! Quietos!--Un papel poco airoso me toca en esta famosísima comedia del gran Lope; y, si he de blasonar de discreta, debo no ser importuna para con los amantes.--Celebro la eleccion, Margarita; y me retiro.--El comendador es bizarrísimo: ganais en el trueque.--Quedad con Dios.

Sebastian. Nada ménos que eso. No hay placer si no es comunicado; y no hay gloria perfecta si tal no les parece á nuestros primeros amigos.--Me cabe la de presentaros el ángel de mis amores.

Margarita. (¡Qué vergüenza, Dios santo!)

Beatriz. Sabeis sostener una chanza con facilidad y desenfado. Le dais á vuestras palabras un tinte de aparente verdad, que otra estimaria esta farsa de sarao un galanteo formalísimo.

Sebastian. Haréis mal en no creerlo así.

Beatriz. ¿Margarita Velli el ángel de vuestros amores?!

Sebastian. Margarita Velli.

Beatriz. ¿Cuando esta señora debe casarse, dentro de muy pocos dias, con el célebre pintor Alonso Cano?--(*A Margarita.*) Perdonad la imprudencia de descubrir vuestro secreto; que no lo es para nadie sin embargo.

Sebastian. Ni para mí tampoco. Pero nuestras relacio-

nes datan de mas antiguo: desde nuestros primeros años. La casa del padre de Margarita, contigua á la mia, dió ocasion harta á que renaciesen los tiempos de Píramo, y á enlazar nuestras almas con nudos indisolubles.

Margarita. (¡Cuánta humillacion, Dios mio!)

Sebastian. Hablad, hermosa Margarita; que estan padeciendo duda mis palabras. Hablad. --(*Apretándole la mano.*) ¿No es cierto?

Margarita. Sí... señora.

Beatriz. Así me place. ¡Y tanto silencio y reserva para los amigos! No hay como tener veinte y seis años y ser bonita. La vida, á esta edad, es una novela de encantamientos!!!--Ya se me hacia duro de creer que la cordura y frenesí con que deciais amar á Alonso Cano era todo oro, sin que su poco de presuncion fuese á la parte! Habeis hecho mal en tener secretos para mí; porque no sabeis lo que vale una buena amiga para una enamorada de veras.

Sebastian. Oh! no tiene precio! Créeme, alma mia.

Beatriz (*á Margarita*). ¡Si todavía no quiero creer que ameis á don Sebastian! Vamos, aquí se encierra algun misterio... (*Cogiendo un sitial, y sentándose cerca del camapé.*)

Margarita. Sí, un misterio terrible...

Sebastian (*aparte á Margarita*). (Silencio! Una indiscrecion... Ved por que no os daré las pruebas.)

Margarita. No... no hay misterio... ninguno...

Beatriz. ¿Y por qué le olvidásteis?

Margarita. Le creí muerto...

Beatriz. Y á muertos y á idos...--Gran valor teneis cuando os decidis á arrostrar el despecho de vuestro pintor, que os amaba, como no suelen amar los hombres, con sinceridad é idolatría.

Margarita. (¡Desgraciado!)

(*Alonso aparece en la escena, sin ser visto por los interlocutores.*)

Beatriz. Me parece bien. Caigan en el pecado del consentimiento, y lleven luego el varapalo del desengaño.

Sebastian. Beatriz! No diríais mas si fuéseis mi mayor enemigo! Dejad tales reflexiones, y venid á mi triunfo; que me huelgo de veros testigo de mi felicidad.

He aquí á la mujer para quien he nacido.--¿Me amas, Margarita?

Margarita. No os aborrezco... (*A una mirada de don Sebastian.*) Os... amo.--(*Al oir á Cano.*) Ay!!!

ESCENA VI.

DICHOS. ALONSO. *Poco despues* CABALLERO 1.°, *y luego el* 3.° *por la izquierda. Despues* CABALLEROS, SEÑORAS, *y* MÁSCARAS *por el fondo.*

Alonso (*fuera de sí. Sonrisa de sarcasmo*)...--Una corona de laurel para el gran pintor; una cruz para el caballero: pinceles para mí. Quiero retratar á un fatuo: quiero retratar á una falsa, á una perdida, á una noble señora que se iguala con la mas baja y mas vil de las mujeres. Sí, sí; vengan mi paleta y mis colores. Pintemos la virtud con las lágrimas en los ojos, con la mentira en los labios, con veneno en el corazon. Pintemos el orgullo de la ignorancia, el descaro de la fatuidad, y la impudencia de un infame. Sí, sí: palabras honradas, venid para los maldicientes; honores, venid para los asesinos; adoraciones, venid para los cobardes... (*A los caballeros que entran por la izquierda.*) Esto es, señores, un cuadro que me ha ocurrido; es una misteriosa alegoría qne puede hacerme inmortal... Traedme lienzos, pinceles; traedme coronas de laurel, aureolas de luz...

Margarita. (¡Triste de mí, que esta desventura me faltaba!)

Sebastian (*acercándose á Cano, que le aguarda con la vista desencajada*). ¿No sabeis que hay hombres que para hacer ver que son caballeros no es necesario insultarlos?

Alonso. No sois caballero.

Caballeros 1.° *y* 3.° Señores!... (*Beatriz se les acerca y habla.*)

Sebastian (*en voz baja*). ¿Soleis pasear temprano por el campo de la Caridad, á las orillas del rio, junto á la torre del Oro?

Alonso. Esta noche.

Sebastian. El caballero, cuanto mas ofendido y enojado, tanto mas reportado y dócil debe mostrarse.
Alonso. Estoy tranquilo... Mañana á las seis.
Margarita (*echándose á los pies de Alonso, en el estremo de la afliccion*). Alonso!
Alonso (*apartándola de sí, y dirigiéndose á los que entran por el fondo*). Acudan vuestras mercedes á socorrer á una noble y virtuosísima señora, que demanda vuestros consuelos. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA VII.

MARGARITA. BEATRIZ. DON SEBASTIAN. CABALLEROS 1.°, 2.° *y* 3.° DAMAS, MÁSCARAS, *etc.*

(*Margarita, Beatriz, don Sebastian, y el caballero* 2.°, *que ha entrado por la derecha,- forman grupo á este lado. Al otro los caballeros* 1.° *y* 3.°, *y algunas damas, etc.*)

Caballero 2.° (*á don Sebastian; pero de forma que lo oigan los de su grupo*). (*Momento de grandes sensaciones en Margarita.*) La torre del Oro fué, como recelábamos, embestida con furia por el alborotado populacho, que logró libertar de las prisiones á don César. En medio de la gritería y algazara desapareció el criminal á nuestras pesquisas; mas en este momento se le acaba de sorprender embarcándose en el Guadalquivir, y ya por fin se halla otra vez cargado de cadenas.
Caballero 1.° (*acercándose al otro grupo*). Pero ¿qué es lo que ha sucedido aquí?
Varios. Sí, sí: ¿qué ha sucedido?
Sebastian. Para mí es nuevo cuanto pasa.
Beatriz. Es muy sencillo. La señora Margarita Velli ama al caballero comendador, y no al pintor Alonso Cano, como se creia este mismo y creíamos nosotros; y el genio é ímpetus del artista dejan adivinar lo que me es escusado decir.
Caballero 1.° (*con indignacion*). ¿Es cierto?

Caballero 2.° (*con malicia*). Don Sebastian!!

Sebastian. Señores, me veo en un compromiso terrible. Cuanto sucede me coge de sorpresa...--Agradezco en mi alma el cariño de esta señora; pero siento no poderle pagar en la misma moneda. Mi corazon tiene otro dueño; y, ademas, despues de tan estraña y ligera mudanza, y de lo que della puede comentar el mundo, sería yo un loco en parecer agradecido.

Margarita. Don Sebastian!! Sois un infame.

Sebastian (*bajo á Margarita*). Tu padre asesinó al mio en Italia: tú me olvidaste. Me he vengado de la mujer veleidosa: ahora me toca vengarme del asesino.

Margarita. Ah!



Acto cuarto.

Obrador de Cano. Puerta al fondo. Las de las habitaciones interiores á la izquierda, cubiertas de tapices. Ventanas á la derecha, sobre el rio. Todo aparece en el mayor desórden: lienzos rotos, etc. La espada, ferreruelo y sombrero de Alonso arrojados sobre un sillon, cerca de la izquierda. Empieza á brillar el dia.

ESCENA PRIMERA.

ALONSO. LEONARDO.

(*Aquel consternado en un sitial: el otro á su lado, apoyando su mano sobre la silla en que se encuentra Alonso.*)

Leonardo. Razon te asiste, Alonso; razon para todo.--Repórtate, hijo mio, sin embargo; y no me niegues esta nueva gracia.

Alonso. Leonardo, te concedí la primera: no me hables siquiera de esa otra. Acabo de prestar oido atento á lo que te ha parecido decirme en defensa de esa desconocida. Y ¿aun no lo estimas bastante?--Déjame ya: quiero estar solo. No me digas mas: quiero estar solo. (*Levántase, y vaga por la estancia.*)

Leonardo. Pasado el primer ímpetu de la ira, le toca hablar á tu buen corazon únicamente.

Alonso. Te cansas en vano.--Déjame, déjame por fin.--¿No me aconsejas que debo concluir esos lienzos; pagar á mis acreedores? ¿No es verdad que no tengo dinero? Pues bien: ya es de dia. Vamos á trabajar... porque he nacido esclavo: vamos á pintar, cuando

mis manos tiemblan; á meditar, cuando el despecho me ahoga; á crear, cuando mi frente se hace pedazos. --Si no concluyo estas obras, me desacreditarán los hombres; se mofarán los maldicientes; se asombrarán los honrados; me despreciarán todos. ¡Injustos que no conoceis que hay tempestades y borrascas en el alma que echan grillos á la voluntad y aprisionan el entendimiento! Y entónces, ¿para qué es el genio?!! (*Preparándose para pintar.*) ¿Qué has hecho con estos colores? ¿Por qué no estan limpios estos pinceles?... ¡Es mucho abusar de la consideracion que te tengo!... ¿No merezco yo ninguna?... Todo trastornado... Esta paleta... -- Yo no puedo pintar: no puedo (*tira los pinceles*). --Di á mis acreedores que mi palabra es sagrada... que esperen... lo que te parezca. (*Se vuelve á sentar muy consternado.*) -- ¿Aun no te has ido, Leonardo? ¿Qué esperas aquí? (*Vuelve á levantarse agitadísimo.*) -- ¿Ha parecido Berto? ¿Los caballos estan enfrenados, dispuestos? Es preciso que yo parta muy pronto. Es fuerza que yo abandone la ciudad... -- Tú me alcanzarás en el monasterio de Buenavista. Entre tanto busca á don Luis; á ese buen amigo que me defendió cuando no me conocia, que me amó despues, y me aconsejó siempre. Manifiéstale cómo el conde-duque de Olivares me llama á la corte, á su lado, con el título de maestro de dibujo del príncipe don Baltasar: suplícale que tome á su cuenta mi nombre y mi decoro. -- No veo el instante de abandonar á Sevilla; de verme léjos de esa... mujer! Léjos... muy léjos... -- Amaré lo que se puede amar santamente... la virtud, la religion, la gloria... La gloria! la gloria!! Llamad á Alonso Cano el Miguel-Angel de Andalucía: decid que dibuja como los antiguos y pinta como los venecianos... Pero entrad dentro de su pecho. Trocaria tanto oropel, tanta lisonja, por la paz de un jornalero. Ah!

Leonardo (*señalando á la izquierda*). Mira: á cincuenta pasos de esa ventana, la torre del Oro se levanta sobre las ondas del Guadalquivir. Observa cuantos soldados custodian á un hombre. Tiende la vista por este campo de la Caridad tan solitario... Ahora resuena en él únicamente el murmullo del rio... Luego!!!... --

Alonso! ¿no queda en ese pecho compasivo y noble un destello de cariño... de lástima siquiera, para una mujer muy desventurada?!

Alonso. La aborrezco. Todo el amor se ha trocado en odio. No me la nombres nunca. ¿No te he escuchado toda la noche?... -- Dios mio! -- Soy solo en el mundo.

Leonardo (*con cariño*). No; no eres solo.

Alonso. Leonardo!

Leonardo. No, Alonso mio; no eres solo.

Alonso. Es verdad. Te tengo á ti, mi buen Leonardo; á ti, que sufres mis reconvenciones injustas, y despues me halagas y acaricias. ¡Buen Leonardo! (*Se abrazan.*)

Leonardo. Otro ser hay mas desvalido, mas solo, y mas infeliz: que gime, y no oye una sola palabra de consuelo; que llora, y no tiene quien enjugue una de sus lágrimas...

Alonso (*con acento singular*). Y... ¿qué se dice hoy de don César?

Leonardo. ¡Pobre Margarita! Los hombres la deshonran, la infaman con impiedad; y ni aun su padre puede decirle « ¡hija mia! » -- ¡Pobre criatura!... Marchita, desesperada, medio loca, ha pasado toda la noche en esos miradores... anhelando le escuches una sola palabra... Yo no te pido que lleve don César al sepulcro la esperanza de tiempos mas tranquilos y dichosos para su hija... te pido que la perdones, que la veas... Te lo ruego por ese mismo tan puro amor que le has tenido... Da crédito á mis razones. Las aprendí de los labios de esa desgraciada, en unos momentos en que el alma rebosa en ellos; en que no se puede mentir.

Alonso (*luchando con fuertes y encontrados sentimientos*). Calla!... Calla! -- ¡Con qué pesadez caminan las horas! -- Berto. -- Berto. (*Á Berto, que sale.*) ¿Estan ensillados los caballos?

Berto. Sí, señor

Alonso. ¿Estan cargadas las pistolas?

Berto. Las dos estan cargadas. (*Le entrega dos cartas.*)

Alonso. ¿Qué cartas son estas?

Berto. Ya hace rato que las trajeron; pero como dispusísteis que nadie penetrara en este aposento, no he visto ocasion de entregároslas.

Alonso. Espérame con los caballos en la puerta del jardin. ¿Lo oyes? Cerca del bosque.

Berto. Aguardaré, señor. (*Vase por la puerta del fondo, dejándola abierta.*)

Alonso (*lée*). «La desgracia es la piedra de toque de los leales amigos. Quiero dividir con Alonso Cano la que amarga su existencia. Dentro de minutos partirémos para Granada. = Beatriz.» -- Finezas!... Engaños! Mentiras! --Partiré, sí; pero donde todo para mí sea nuevo; donde nada me recuerde la infamia y la perfidia. -- (*Lée con sorpresa la otra carta.*) «Hay hombres que viven con mas anticipacion que otros, y que no se satisfacen si no atan y preparan los sucesos. Aunque el consignar solemnemente en la real audiencia los crímenes de César Velli, á fin de que no se liberte en ningun caso del castigo, y probar la complicidad de Alonso Cano en los alborotos de anoche, pudiera quitarme el gusto de ser el primero en la cita, -no creais que faltará nunca á ella quien se precia de exacto y caballero. = Don Sebastian.»

Leonardo. ¿Lo comprendes ahora todo? ¿Me crees ya?

Alonso. Yo no comprendo nada.

Leonardo. Pero... ¿esa cita... es un desafío?

Alonso. Y bien!... Un desafío á muerte.

Leonardo. (¿Aun no era bastante, cielo santo?! ¡Un desafío! --Es necesario evitarlo á toda costa.) Voy á ver á don Luis. (*Á Margarita, que aparece en el fondo.*) Acercaos, señora.

ESCENA II.

ALONSO. *Despues* MARGARITA.

Alonso (*leyendo*). «...Consignar solemnemente... los crímenes de César Velli!...» --¿Será cierto?... No! Pretendo engañarme á mí propio...--¡Margarita aquí!! (*Grande pausa.*)

Margarita. Aih!! (*Se arroja á los pies de Alonso, anegada en lágrimas. Momento de silencio, de sensaciones vivísimas. Cano, muy agitado, vacila entre huir y ultrajar á Margarita. Esta no se levanta de los pies de Alonso, ni cesa de llorar.*)

Alonso. ¿A qué venis... (*con mal fingida serenidad*) señora...?

Margarita (*cogiéndole una mano con las suyas, é inundándola en llanto*). Alonso...! (*pausa*) Alonso!

Alonso (*abatido*). ¿Qué quereis (*pausa*)? (*Con mas nervio.*) ¿Qué quereis?

Margarita. Vuestro perdon.

Alonso. Por qué?!!

Margarita. Vuestro perdon.

Alonso. Perdonada estais.

Margarita. No, no me digais, por Dios, eso!... Oidme. No me condeneis tan pronto...

Alonso. ¿Vienes á ver, por ventura, si vierten sangre las heridas que me has abierto en el corazon? -- ¿Anhelas quizá que representemos una farsa, teniéndome por tan crédulo y dócil que pueda decirles á mis ojos que mienten? ¿O pretendes, tal vez, que dé suelta yo mismo á ocultos sentimientos que á ambos nos fuera mejor reconcentrar? -- Dime presto á lo que vienes, para que no nos amarguemos el uno al otro con nuestra presencia.

Margarita. Piedad, piedad de mí.

Alonso. ¿Y de mí quién la ha tenido?

Margarita (*en el estremo de la afliccion*). Aih!... Alonso!

Alonso (*levantándola con despecho*). Lágrimas! lágrimas no mas! Ese es vuestro recurso! ¿Creeis que ellas pueden lavar las manchas que echais en nuestra honra?!! Llorad ménos; fingid ménos. Engrandeced vuestra alma: adquirid virtudes, aprendedlas; y escitad ántes la ira que la compasion.

Margarita. Dejadme llorar!

Alonso (*despues de alguna pausa*). Y ¿cuál es la culpa vuestra para que lloreis?! El culpado yo, que me desentendí del puesto en que las vanidades del mundo me habian colocado. Yo, pobre pintor, que no debí nunca salir de mi esfera, á riesgo de no hallarme bien en parte alguna. Jamas debí olvidar que mi clase era muy distinta de la de Margarita Velli. Las flores rústicas desdicen en los jardines de los reyes. Oh! esto lo tenia yo muy merecido. Vos no habeis hecho sinó lo que os tocaba hacer: sufriré lo que me toca sufrir. Yo no debí nunca pensar en vos. Vuestra vida, vues-

tras opiniones, vuestras costumbres se avienen mal con las de un pobre artesano. Para mí es desconocido el engaño, la intriga, la mentira. Nosotros no disfrazamos los afectos de nuestra alma; ni encubrimos con la risa de los labios la hiel que la devora. Yo no conozco esa armonía de las palabras que seduce vuestros oidos... yo no sabia mas que pintar. Vosotros aguzais el ingenio para deslumbrar al siglo, para engañarle: nosotros le enriquecemos dando vida á los lienzos, á las piedras, al bronce. Vosotros tirais á los ojos un puñado de arena: nosotros centellas de luz al corazon. ¿Cómo pues, Margarita, habian de unirse dos seres tan opuestos?

Margarita. Cálmate, Alonso: óyeme...

Alonso. Estoy tranquilo. ¿Me habeis visto alguna vez mas tranquilo?

Margaria (*afligidísima*). Soy muy desgraciada, muy desgraciada.

Alonso (*con sarcasmo*). Acudid á ese caballero apuesto, gentil y bizarro, lleno de condecoraciones y títulos... Ahora quizá estará, por el instante, resentido con vos; pero cederá pronto. Es muy condescendiente y galan...

Margarita (*desesperada*). ¡Tantos sueños de felicidad desvanecidos en un solo momento! -- Óyelo, óyelo todo.

Alonso. No os canseis... Conozco lo que quereis contarme. Me diréis que era preciso comprar la vida de vuestro padre...

Margarita. Sí, muy cara.

Alonso. Sacrificar al hombre alucinado, que se desvivia por vos; desgarrarle las entrañas; avergonzarle ante todo el mundo...

Margarita. Sí, era preciso!

Alonso. Y esa mujer que juraba tanto amor, esa mujer que era tan amada, ¿por qué no correspondió á su amante, sin reserva ni secreto alguno? ¿por qué no le confió sus penas, y buscó en él lícitos consuelos? ¿por qué no le dijo «sufre, pues yo sufro, y goza solo cuando yo pueda gozar»? -- Oh! este hubiera sido un rasgo de candor... Pero en un alma gastada no se puede concebir!... (*Á un movimiento de Margarita.*)

Callad, y bajad los ojos. -- Así que el preferido amante os dejó burlada, teneis descaro, teneis atrevimiento para presentaros á mi vista, para forjar quizá una sentida novela... -- Callad, y bajad los ojos.

Margarita. Alonso! Alonso!... Todo es una trama infernal... -- Esta pasada noche se apareció de repente ese hombre en mi casa.

Alonso (*con sarcasmo*). Señora!!

Margarita. De repente en el palacio de doña Luz de Vargas.

Alonso. Señora!!...

Margarita. Él era juez de mi padre; su mortal enemigo...

Alonso. No es verdad. Ese hombre era pintor: yo le desafié un año hace; yo le inutilicé para siempre. Decidme... (quizá tendréis atrevimiento para negarlo) ¿no habeis amado nunca á ese don Sebastian?

Margarita. Sí; creí quererle un tiempo.

Alonso (*sacando varias cartas*). Mirad estas cartas. ¿Es vuestra letra?

Margarita. Sí.

Alonso. ¿Son para mí estas cartas?

Margarita. No.

Alonso. ¿Fueron para vuestro marido?

Margarita. Tampoco.

Alonso. Mujeres!! Mentis cuando nos jurais amor, fidelidad, entusiasmo... Mentis cuando nos asegurais que sois dichosas... Mentis á vuestros padres, á vuestros hermanos, á vuestros maridos, á vuestros amantes. Sois una pura mentira.

Margarita. ¡Tambien habia de oir eso de tus labios! -- ¡Ah, si se pudiera nacer dos veces! ¡Si cuando el corazon de una pobre mujer está puro; cuando la perfidia, la seduccion, el engaño aun no le han marchitado, - encontrase el otro corazon para el que habia nacido! Alonso! diez años diera de mi vida por haberte conocido ántes. -- ¿Quién te ha dado esas cartas? Aquí hay un plan inicuo... Apénas me acuerdo yo de esas cartas... Era libre cuando las escribí: no me sonrojarán... Pero alguien se complace en separarnos. ¿Qué misterios son estos? ¿qué te han mentido? ¿qué es esto? ¿qué te han dicho?

Alonso. A lo que me contaron no di crédito alguno; porque una boca tenia únicamente derecho para convencerme, y esa era la tuya. Sí: yo no queria creer, porque no queria dudar. Fué menester que mis ojos me convenciesen.--Estas cartas... Yo le vi á tu lado... Yo te oí, pérfida... En fin, basta. Nada hay ya de comun entre nosotros: nada. Tus palabras no me alucinan; tus lágrimas no me seducen... Yo te aborrezco, y quizá... quizá no te amé nunca.

Margarita. Calla... calla... Es mucha crueldad con quien no sabia otra cosa que pensar en ti, que idolatrarte... Aih!... Alonso! No exijo ya que seas mi esposo, sinó que no me aborrezcas. Yo te juro... por la salvacion de mi madre... que jamas te he ofendido. Niña inocente, serví de pasatiempo á ese perverso; mujer honrada, estimé á mi marido; libre, te amé á ti con toda mi alma... Sí; y aunque me aborrezcas, yo te amaré hasta el último suspiro!... A ti ahora; y despues solo á Dios. -- Yo te lo juro: lo que has visto es la venganza de un infame... -- Bien conozco que es imposible ya... que vivamos unidos... La inquietud, la desconfianza labrarian nuestra infelicidad... Yo debo aislarme, huir de esa sociedad que con el dedo me señala; pero... no quiero llevar tu maldicion sobre mi frente. No te he ofendido, Alonso... Dame el último á Dios, y compadéceme siquiera.

Alonso (*muy conmovido*). ¿Y crees que no eran tambien mis ilusiones vivir contigo, abrasarme en tus ojos? (*Empiezan, á lo lejos, á sonar las seis.*) Pero... dices bien... es imposible ya. No quiero sinó morir. Busco la muerte como el único bien.

Un criado (*que entra*). La señora Beatriz acaba de bajar del coche: le hemos hecho presente que no estábais en casa, y dice que nadie puede impedirle que os aguarde y vea.

Alonso. A Dios... A Dios para siempre. (*Vase el criado.*)

Margarita. No me abandones así. ¿Hasta ese punto te es enfadosa mi presencia? Una palabra de compasion. Una sola palabra...

Alonso. Nunca.

Margarita. Aih! (*Cae muy abatida en un sitial.*)

ESCENA III.

MARGARITA. BEATRIZ. UN CRIADO.

Beatriz (*en el fondo*). ¿Y Leonardo?
Criado (*entrando*). Tampoco se encuentra en casa. Tal vez en la de don Luis de Guzman, el amigo íntimo de mi señor.
Beatriz. ¿Ha recibido tu señor una carta mia?
Criado. Sí, señora.
Margarita. (¡Doña Beatriz!)
Beatriz. Es fuerza buscarle por todas partes: que yo le vea dentro de media hora á mas tardar. La vida de tu amo corre no pequeño riesgo.
Margarita. (¡La vida!...)
Criado. Volaré al momento, señora, en busca suya.
Beatriz. Registra esas habitaciones que tienen puerta al jardin y á la antesala. (*Entra el criado á las habitaciones de la izquierda. Luego se le ve cruzar por la puerta del fondo.*)

ESCENA IV.

MARGARITA. BEATRIZ.

Margarita. ¿De qué peligros hablais, señora? ¿Qué daños son de temer?
Beatriz. Oh! ¿Margarita?!
Margarita. Decid: ¿por qué está amenazada la vida de Alonso Cano? Decid.
Beatriz. ¿Vos aquí, Margarita? ¿Qué haceis en este paraje?
Margarita. Decidme: ¿por qué peligra su vida?
Beatriz. Nadie mejor que vos conocerlo debiera; vos que tan singularmente acabais de recompensar sus oficios.--Desde luego que Alonso Cano se arrojó con los sediciosos á salvar á vuestro padre, no era difícil de adivinar que, frustrados sus intentos, debia esperar una acusacion, una cárcel, y una sentencia de muerte.
Margarita. Dios mio!
Beatriz. El auto de prision estendido se halla; y no se pasará una hora sin que ocupen toda la casa los ministros de justicia.

Margarita. Dios mio!

Beatriz. Por fortuna el infeliz artista no se encuentra tan desamparado, que no cuente con una persona dispuesta á arrostrar toda persecucion y desgracia por salvar al genio de las artes, la joya mas preciosa de Andalucía. Ved cuán estraño contraste formamos las dos! Ved aqui el mundo, enamorada Margarita. Yo, pobre solterona (como vosotros decis), sin el menor espíritu de ambicion ni de egoismo, velando siempre por la ventura de un hombre de quien no espero nada; y vos, que érais el blanco de sus ilusiones dulces y deliciosas, os complaceis en írselas deshojando una por una. Ved aquí el mundo.

Margarita. Pero vos, señora, no lo estimaréis así. No seréis tan injusta conmigo. Me conoceis bastante; y nadie mejor que doña Beatriz puede esclarecer mi inocencia: (*en este momento se ve á Leonardo en el fondo, muy conmovido y en la mayor irresolucion. Recorre con la vista la estancia toda, y oye con atencion á Margarita.*) doña Beatriz, que oyó en mi casa anunciar al licenciado comendador, y escuchó de mis labios que me era desconocido tal sugeto; doña Beatriz, que me vió suplicarle á ella misma no me dejara sola. (*Leonardo cruza por el fondo, en direccion contraria de la que se notó en el criado.*)

Beatriz. Permitidme os replique me creeis poco avisada haciéndome ignorar que, en casos de tal naturaleza, si tratamos de fingir, lo hemos de hacer con todas las vislumbres de verdad posibles.

Margarita. Mas, en las escenas que presenciásteis en el palacio de doña Luz de Vargas, la fria calma del comendador, la palidez de mi semblante, el caer de mis ojos, el temblor de mis labios ¿no os revelaban encerrarse allí en todo un misterio terrible?

Beatriz. ¿Y quién me asegura que no pudieran ser la vergüenza y los remordimientos causa de aquellas novedades?

Margarita. Ya veo que todo el mundo se conjura contra mí. ¡Dios mio! dadme resignacion!

Beatriz. Pero ¡Alonso, que no acaba de llegar!

Margarita. ¿Cuál es su suerte? ¿Qué vais á hacer de ese hombre? ¿qué vais á hacer?

Beatriz. Huir con él, ahora mismo, de Sevilla.
Margarita. ¿Alonso partir con vos?!
Beatriz. Sí, conmigo.
Margarita (*despechada*). ¿Con vos?
Beatriz. Conmigo.
Margarita. Lo adivino todo.
Beatriz. ¿Me teneis por vuestra rival?
Margarita. Os creo ya el orígen de todas mis desgracias.
Beatriz. Pues bien; lo habeis dicho. Vuestra rival soy. Vuestra rival, que os arrebata vuestro ídolo; que venga cien injurias con un solo golpe. Ya estamos las dos frente á frente: ya tenemos los velos á un lado: ya no hay fingir. Ha llegado la sazon que yo anhelaba por un año entero; la de completar mi venganza. He de haceros beber la desesperacion. -- Estamos frente á frente: vos lo que se llama una mujer pálida, de ojos humildes, y de voz apagada; una virtuosa y honestísima viuda de negras tocas y de grande recato: yo una mujer vulgar, rica (mas sin blasones ni ejecutorias), ligera, despreciada, puesta en ridículo... pero que hace trizas vuestros encantos, vuestra felicidad, vuestras esperanzas; que ha sabido emponzoñar el corazon de vuestro amante, enturbiar para siempre el cariño que os profesaba, encenagarlo, destruirlo...
Margarita. ¿Y os encubríais con la máscara de la amistad, del sentimiento mas noble?!... ¡Qué maldad! ¡qué impudencia! -- Hacíais bien, porque un instinto desconocido me gritaba que os aborreciese.
Beatriz (*con sarcasmo*). ¿Y qué haceis aquí, señora? ¿Teneis serenidad bastante para arrostrar la presencia de Alonso Cano? ¿Creeríais ya fácil destruir lo que ha llegado á aprender y á imaginar? ¿Creeríais, por ventura, poder todavía reparar vuestra suerte, y hacerla nacer de nuevo, una vez sembrada la desconfianza, herido una vez el amor propio y el pundonor del hombre? ¡Cómo os equivocais! Aquella semilla estará brotando siempre flores de veneno y de muerte. Las heridas que se hacen en el alma, ni se curan ni se cierran jamas. Una vez avisado el hombre de la deslealtad de la mujer, la menor circunstancia despierta en él los recelos. Por eso avisé yo á Alonso Cano de vuestra deslealtad. Primero se ha de dar el

golpe, para que despues salten las centellas; y el golpe le di yo perfectamente. He aquí mi obra: he aquí vuestra ruina.

Margarita. Monstruo del infierno!

Beatriz. ¿Pensábais anoche volver á ver á vuestro pintor? Oh! nunca mas.

Margarita. Sí, lo pensaba; porque le he visto; porque su alma grande y generosa rebosaba en sus labios; porque sus ojos, arrasados en lágrimas, me decian «conozco tu inocencia»; porque su mano trémula me gritaba «yo me pondré como sello sobre tu corazon.»

Beatriz. ¿Le habeis visto?

Margarita (*con dignidad*). Sí, señora, le he visto.

Beatriz. Cuándo?

Margarita. Ántes de entrar vos.

Beatriz. No me engañeis.

Margarita. Vinísteis á impedir el término de mis males.

Beatriz. Todos me han mentido! Los criados diciéndome que Alonso habia sido llamado por el duque de Medina; don Sebastian ocultándome la hora de la cita. -- ¿Sabeis á dónde ha ido Alonso Cano?

Margarita. ¿A dónde?

Beatriz. A la muerte. A un desafío con el comendador, compañero de mi venganza.

Margarita (*fuera de sí*). ¿Qué habeis hecho, señora? ¿qué habeis hecho? -- ¡Y os llamais la mujer que le ama! ¡y sois la mujer que me disputa su cariño!

Beatriz. Yo no amaba á Alonso.

Margarita. Bien lo veo: no le amábais.

Beatriz. Amaba al pintor, al genio celebrado, la corona del Guadalquivir, el orgullo de Granada. Cuando le veia en la calle, y á todo el mundo, señalándole con el dedo, decir «ese es Alonso Cano, ese es el vencedor en San Alberto, el competidor de Zurbaran, la esperanza de la pintura,» -soñaba yo en ir á su lado, en participar de las mismas adoraciones, en ver á todos señalar á su mujer. Tú viniste á destruir mis palacios encantados; tú me espusiste á la risa y mofa de los hombres; tú me arrojaste á las lenguas de los maldicientes.

Margarita. Callad... Decidme en qué paraje es el desafío. Yo quiero impedirle. ¿Dónde, dónde es el sitio?

Beatriz. ¡Y pensábais que yo no me habia de vengar! ¡Y pensábais que consentiria yo vuestro triunfo! Sois muy inocente, señora. -- Pensaríais que no sabia yo que aborrecíais de muerte á don Sebastian. Lo sabia; y, sin embargo, os he presentado ante la sociedad como su mas ciega amante. ¿No le dijo don Sebastian à Alonso Cano, en San Alberto, que le quedaban mil venganzas? Helas aquí todas. Os robo á vuestro amante; os hago odiosa ante sus ojos; veis perecer á vuestro padre. -- Venid á esta ventana (*arrastrando á Margarita hácia la derecha*). Mirad esa torre; oid esos cerrojos: sacan á don César para el cadalso. ¿Qué falta ya á mi venganza?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHAS. ALONSO. LEONARDO.

(*Alonso descorre con energía los tapices de la izquierda. Doña Beatriz queda como herida de un rayo. Margarita siente las mas vivas emociones.*)

Alonso (*á Beatriz*). Una sola cosa: que yo, por fin, os acabara de conocer.

Beatriz. (¡Lo perdí todo!)

Alonso (*á Beatriz*). Todo lo he escuchado.

Margarita (*arrojándose á Alonso*). Vives! vives! Ah! Dios mio!

Alonso (*lleno de vergüenza ante la ofendida Margarita. Afecto de duda y deseo.*) Margarita?!!

Margarita (*con el propio sentimiento*). Alonso?!!

Alonso (*decidiéndose*). He aquí mi mano. Tu esposo soy.

Margarita (*enagenadísima*). ¡Oh, felicidad!!!

Leonardo. (*Pausa de afectos.*) El rey, nuestro señor, ha dado el mando supremo de Andalucía al duque de Medina Sidonia. El duque, por primer acto de su clemencia, ha concedido un general perdon á los alborotados, mandando quemar los papeles y las acusaciones (*con intencion*) que le fueron presentadas.

Alonso. Margarita, vamos á abrazar á tu padre, que está ya libre. El indulto ha llegado.

Margarita (*loca de entusiasmo*). Mi padre!!... ¿Qué es

esto que me sucede? -- Corramos á abrazar á mi padre.

Alonso (*separándose de ella, y dirigiéndose á Beatriz con aspecto sombrío*). Dos personas me injuriaron; emponzoñaron mi vida, añadiendo, por mas vileza, al agravio la mofa. Don Sebastian ha muerto en el desafío... A vos... os desprecio. -- (*Dirigiéndose á Margarita.*) He aquí á Leonardo; al que se lo debemos todo; al que, por salvar á don César, espuso esta noche su vida; al que, yendo casa de don Luis para que estorbase mi desafío, nos trae nuevas de tanta ventura; al que me gritaba « ven, Alonso, ven á escuchar la inocencia de Margarita; ven á endulzar todos tus pesares. »

Margarita. Leonardo! -- Alonso!! Ah! Soy la mas venturosa de la tierra.

FIN.

ERRATAS.

Pág. 3, lín. 6	léase:	tú que *con tal* entusiasmo
Pág. 18, lín. 15:		¿El rostro de esa Vírgen...
Pág. 19, lín. 3:		*medita*, vacila, *duda*.

LA RICAHEMBRA.

Drama histórico en cuatro actos y en verso

DE

DON AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE

Y

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS.

MADRID—1854.
Imprenta de F. Abienzo.
Calle de Sta. Maria, núm. 32.

Al Sr. D. Manuel Cañete.

Simbolicen, Manuel queridísimo, nuestros nombres unidos al frente de esta composicion, el vínculo indisoluble de pura y tierna amistad que enlaza nuestras almas.

Manuel. **Aureliano.**

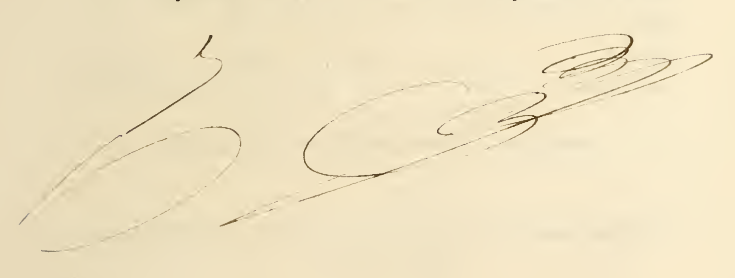
Este drama se ha estrenado en Madrid en el teatro del Príncipe á 20 de abril de 1854.

——

Madrid 12 *de abril de* 1854.

Segun el informe evacuado por el señor Censor, puede representarse.

QUINTO.



PERSONAS.	ACTORES.
Doña Juana de Mendoza. .	D.ª Teodora Lamadrid.
Marina.	D.ª Mercedes Buzon.
Beltran.	D. Joaquin Arjona.
Don Alfonso Enriquez. .	D. José Calvo.
Vivaldo.	D. Manuel Ossorio.
Un viejo.	D. Enrique Arjona.
Melendo.	D. Antonino Bermonet.
Labriego 1.º.	D. Pedro Maffei.
Idem 2.º.	D. Manuel Alvarez.
Idem 3.º.	D. José Bullon.
Idem 4.º.	D. Luis Cubas.
Escudero.	D. Esteban Montilla.

DONCELLAS, PAGES, SOLDADOS Y LABRIEGOS.

La escena pasa en un castillo de la Rioja y sus alrededores, año de 1386.

LA RICAHEMBRA.

ACTO PRIMERO.

Salon bajo de la casa fuerte de los Mendozas en Villaharta-Quintana, de suntuosa arquitectura bizantina, con puerta practicable al fondo.

ESCENA PRIMERA.

VIVALDO, Doña JUANA, MARINA, DONCELLAS. El primero sentado junto á un bufete, suelta al alzarse el telon un libro en que estaba leyendo. Las otras labran al lado opuesto de Vivaldo.

VIVALDO. ¡Pobre Tristan!
MARINA. ¿No lo dije?
¡Mal haya, amen, el rey Marco!
Su mujer la linda Iseo
razon tuvo para odiarlo,
y convertir su ternura
al mozo apuesto y bizarro.
VIVALDO. El rey á Tristan debiera
vencer en abierto campo;
pero matarle dormido...
Son ¡ay! los celos villanos.
DOÑA JUANA. Decid que de un loco amor
son los frutos siempre amargos.
MARINA. ¿Loco amor?
DOÑA JUANA. No más Tristan
y Lanzarote del Lago.
Es fiera peste del alma
libro ponzoñoso y vano.

VIVALDO. Cuidad que es verdad é historia.
DOÑA JUANA. Nunca: cuidad que lo mando.
Léeme otra vez los hechos
de nuestro Cid castellano,
ó los mil de mis ilustres
ínclitos antepasados.
Cómo el infante don Zuria
fue de la morisma espanto;
cómo...
VIVALDO. ¿Y para qué tan lejos,
cuando hechos de honor más alto
son hoy blason de Castilla
y de España orgullo y pasmo?
En esa de Aljubarrota
¿no murieron hace un año
vuestro padre y vuestro esposo?
DOÑA JUANA. Dices bien, murieron ambos.
VIVALDO. ¡Vuestro padre! El gran don Pedro,
rival de latinos lauros.
Aun sus palabras están
en mi pecho resonando:
«Si el caballo vos han muerto,
subid, rey, en mi caballo;
si os roba el dolor las fuerzas
llegad, subiréos en brazos.
Poned un pie en el estribo
y el otro sobre mis manos.
Mirad que el tumulto arrecia,
aunque muera yo, libradvos.
Pierdan mis hijos un padre,
yo al padre de todos salvo;
amparo sed de los mios,
y adios que va en vuestro amparo.»
Dijo el valiente alavés
señor de Hita y Buitrago,
al rey don Juan el primero,
y entróse á morir lidiando.
DOÑA JUANA. Como bueno.
VIVALDO. Era español!

DOÑA JUANA. Era Mendoza.
VIVALDO. ¡Preclaro
linaje, donde las hembras
son un portento... un milagro!
Cuál en cien sangrientas lides
vibra mortífero dardo,
y cuál triunfa de sí misma
con esfuerzo soberano.
DOÑA JUANA. Esa la mejor. Ansíe
triunfales palmas el bravo;
imperios el ambicioso,
renombre inmortal el sabio;
mas como cándido armiño,
cual del sol el limpio rayo,
guardar cumple á la mujer
su honor y su fama intactos.

ESCENA II.

Dichos y MELENDO.

Entra Melendo.
MELENDO. Señora,
licencia dadme de hablaros.
DOÑA JUANA. ¿Cómo dejas la atalaya,
que es tu puesto?
MELENDO. Nuevas traigo.
DOÑA JUANA. Dí sin tardanza.
MELENDO. Ya el sol
vá las nieblas disipando,
y en remolinos de polvo
y en son de guerra, á lo largo
muchas lanzas se descubren,
yelmos y arneses tranzados,
mucha tendida bandera,
mucho ligero caballo.
Lo arrollan todo: á sus pies
son rastrojos los sembrados.
DOÑA JUANA. ¿En los pendones qué viste?

MELENDO. Un acerado venablo.
DOÑA JUANA. ¡Oh! los del conde don Tello.
¡Bravo alarde!
VIVALDO. ¡Estilo raro
de conquistar vuestras gracias!
DOÑA JUANA. ¿Aun no se juzga vengado
quemándome anoche un monte
porque le negué mi mano?
MELENDO. Mas nuevo el Conde en la tierra,
con arrojo temerario,
sin tino, la vuelta emprende
del pedregoso barranco.
Le cerrará la salida
laberinto de peñascos,
y un puñado de los nuestros
allí puede exterminarlo.
DOÑA JUANA. Bien un castigo merece.
VIVALDO. Con treinta lanzas contamos.
DOÑA JUANA. ¡Con treinta no mas!.. ¿Y el Conde?
MELENDO. Traerá doscientos caballos.
DOÑA JUANA. Locura, á tal desventaja,
fuera disputarle el paso.
Mas si del barranco sale
y á estos muros llega osado,
bien valdrá un soldado mio
por cinco de los contrarios.
Y si han visto las lumbreras
nuestros pueblos comarcanos
en las altas atalayas,
aquí sus fuerzas llamando,
¡ay del que necio me ofende!
¡ay de ese Conde insensato!
MELENDO. ¿Vuelvo á mi puesto?
DOÑA JUANA. Y avisa
cuanto observes; y entre tanto
(*Vase Melendo por la puerta del foro.*)
no turben nuestras faenas
las mocedades de un fátuo.
Ya es medio dia: ya es hora.

Vos preparad el despacho,
mi servidor y cronista,
el mi page, el mi notario.
Cura tu, Aldonza, ese lino
al sol que se muestra claro.
Tu de bastarda semilla
limpia los candeales granos.
Tu cierne. Tu azota y labra
la tierna masa, formando
el rubio pan, que es partido
cual nieve apretada blanco.
Y tu del florido huerto
los frutos coge tempranos,
y haz que destilen su jugo
los panales escarchados.
(*Vanse Vivaldo y las doncellas.*)

ESCENA III.

Doña JUANA y MARINA.

DOÑA JUANA. Llega, Marina. ¿Cuál es
de tus pesares la causa?
Ya no encuentro en tus mejillas
el carmin de la alborada.
MARINA. Señora...
DOÑA JUANA. Oyendo á Vivaldo
bañóse tu rostro en lágrimas.
MARINA. Es que esa historia de amores...
DOÑA JUANA. Tus sentimientos retrata.
MARINA. Yo amar...
DOÑA JUANA. Las ficciones odio.
¿Por qué de mí te recatas
que con afecto de madre
te miré desde tu infancia?
MARINA. Es verdad, señora mia,
es verdad... ¡Oh, gracias, gracias!
DOÑA JUANA. ¿Piensas que agenos dolores
mi noble pecho no amargan?

Mis vasallos te lo digan
que son mis hijos, si aciaga
la fortuna los oprime.

MARINA. Y os bendicen con el alma
como yo.

DOÑA JUANA. Vamos: valor.

MARINA. Señora... soy desgraciada.

DOÑA JUANA. ¿Por qué?

MARINA. No querais saberlo.

DOÑA JUANA. Debo no ignorarlo. ¿Amas?

MARINA. ¡Ay! amo.

DOÑA JUANA. ¿A un servidor mio?
Lo confiesas, pues lo callas.
¿Y él paga tu afecto?

MARINA. A veces
así lo sueñan mis ansias;
pero en otras... ¡ ay de mi!

DOÑA JUANA. Tu afliccion mitiga y calma,
y á ociosas meditaciones
el rápido vuelo ataja.
Mucho fio en tu recato:
fia en mí tus esperanzas.
Corre á mi cuenta tu dicha.

MARINA. Casi la miro lograda.
¡Qué bálsamo delicioso
contienen vuestras palabras!

ESCENA CUARTA.

Doña JUANA y VIVALDO con cartera de despacho, de la cual irá sacando los papeles á que se hace referencia en esta escena y en la sexta.

DOÑA JUANA. Enamorado galan,
entrad, entrad en buen hora.

VIVALDO. ¿Enamorado yo?.. (¡Cielos!
¿Tal vez?.. ¡Esperanza loca!)
Si es amor...

DOÑA JUANA. Basta.

VIVALDO. (Me turbo.)

DOÑA JUANA. El despacho es lo que importa.
Relata, pues.

VIVALDO. Aquí el guarda
los daños calcula y nota
del incendio de esta noche
que el monte mejor os roba.

DOÑA JUANA. ¡Servidor es puntual!
¿Cuánta la pérdida?

VIVALDO. Monta
en árboles y ganados
seis mil castellanas doblas.

DOÑA JUANA. ¡Seis mil! ¡Gran estrago!

VIVALDO. Hazaña
que pide venganza pronta.

DOÑA JUANA. Si un vasallo me ofendiese,
viérasme á piedades sorda.
Pero un enemigo ilustre,
que su rencor desahoga
poniendo fuego á mis tierras,
merece desprecio y mofa.
¿Qué más triunfo ambicionara
que darme pena y zozobra?
¡Por un azar angustiarse
quien inmensos bienes logra,
la noble, la ricahembra
Doña Juana de Mendoza!
Sube, Conde, á esa atalaya
que las altas nubes doma;
cuanto ves es mio, cuanto
los horizontes coronan.
Y mio cuanto columbres
allá en las cimas remotas
desde la márjen del Ebro
hasta las aguas del Onza.
¿Qué huestes pusieran dique
á mi ambicion poderosa,
si trocasen mis pastores
en azagayas las hondas,
en espadas los cayados,

los sayos en férreas cotas?
De Villarta y de Foncea,
de Erramélluri señora,
de Ochánduri y de Loranco,
de mis abuelos victorias,
más que yo solo el rey tiene.

VIVALDO. (¡Y yo ni una pobre choza
que pueda decir que es mia!)

DOÑA JUANA. Tiempo y desengaño arrollan
las altiveces de un sándio.
Mi venganza al tiempo toca.
¿Qué sucede?
(*A Marina que entra por el foro.*)

ESCENA V.

Dichos y MARINA.

MARINA. Albricias dadme.
Tenemos quien nos socorra.
De Anguta y de Belforado
se acercan amigas tropas.

DOÑA JUANA. Luego que esten en el Rollo,
venga Melendo. A otra cosa.
(*Vase Marina.*)

ESCENA VI.

VIVALDO y Doña JUANA.

VIVALDO. Diezmos de Ocon. Del palacio
de Treviño últimas rentas.
Cuentas...

DOÑA JUANA. Basta ya de cuentas,
que piden calma y espacio.
¿No es mi mano pretendida
por uno y otro galan,
y en mil cartas...

VIVALDO. Aquí estan.

(Aquí estan, y yo sin vida.)

DOÑA JUANA. Responder me cumple, á ley
de cortesía.

VIVALDO. Comience
quien en gala á todos vence;
un primo hermano del rey.
En las batallas estrago,
de la corte regocijo,
don Alfonso Enriquez, hijo
del Maestre de Santiago.

DOÑA JUANA. ¿Y con tan necia arrogancia
en ultrajarme se goza,
pretendiendo á una Mendoza
un hijo vil de ganancia?

VIVALDO. Almirante es de Castilla
y le ennoblece el dosel.

DOÑA JUANA. Rompe luego ese papel
que así mi altivez humilla.

VIVALDO. Tanto rigor no se ajusta
con el dulce pecho vuestro
en ciencia y verdad maestro.
Borrad la sentencia injusta
que sume en fieras zozobras
y en mortal desesperanza,
que baldon eterno lanza
al que es hijo de sus obras.
¿Por qué la infamia, por qué?
¿Dónde hay razon que consienta
que sea jamás la afrenta
de quien la culpa no fue?
Vibre ufano el áurea palma,
suba al alto capitolio,
y aun resplandezca en el solio
el que noble tiene el alma;
el que virtudes acopia,
que ese su linaje empieza;
y es siempre mayor nobleza
que la prestada, la propia.
Con lauro propio y no ageno

brillaron, y así me fundo,
bastardo Enrique segundo,
bastardo Guzman el bueno.
Y con arrojo gallardo
¿no rindió vuestro linaje
oro y vida en vasallaje
por don Enrique el bastardo?

DOÑA JUANA. Es cierto, mas cuidad vos
que nunca fue por el hombre
con este ó el otro nombre,
fue por la imágen de Dios.
Rasga el papel.

VIVALDO. Vuestro intento
á esa imágen contradice:
ved que el Almirante dice
que el Rey quiere el casamiento.

DOÑA JUANA. Por mi natural señor,
que Dios prospere y defienda,
sacrificaré mi hacienda,
mi vida... nunca mi honor.
Rasga el billete, y prevengo
que es demás celo tan grande.
(*Vivaldo rasga el papel.*)

VIVALDO. (¡Ojalá romper me mande
cuantos en la mano tengo!)

DOÑA JUANA. No abogue mi buen notario
por osado pretendiente:
recuérdeme llanamente
sus nombres, sin comentario.

VIVALDO. De Niebla un gran capitan
merecíalo sin duelo:
todo un Guzman.

DOÑA JUANA. Fue su abuelo
aquel bastardo Guzman.

VIVALDO. El de Almazan...

DOÑA JUANA. Lindo mozo.

VIVALDO. ¿No es su estirpe?...

DOÑA JUANA. Antigua y clara.

VIVALDO. Muere...

DOÑA JUANA. Por mí.
VIVALDO. (¡Suerte avara!)
DOÑA JUANA. Pero no le apunta el bozo.
VIVALDO. La flor de los caballeros
suspira por vuestra mano,
el más valiente riojano...
DOÑA JUANA. El señor de los Cameros.
VIVALDO. A la gineta ¿quién pudo
aventajarle en pujanza?
DOÑA JUANA. Así fuera cual su lanza
su entendimiento de agudo.
VIVALDO. ¿Qué otros nombres en tal caso
decir más grandes podré?
¿Quién triunfará?
DOÑA JUANA. No lo sé.
VIVALDO. ¿Acaso ninguno?
DOÑA JUANA. Acaso.
VIVALDO. ¿Luego no sentís amor,
esa llama celestial
que alienta á todo mortal
y es su deleite mayor?
Cuando todo á amar inclina
¿por qué endurecer el pecho?
Mirad cuál labra en el techo
su nido la golondrina.
Y arden en fuego tan puro
el ave, la flor, la piedra:
ved la trepadora yedra
cómo abraza al fuerte muro.
Presta amor al cielo hermoso
luz, y perlas á la fuente;
él da triunfos al valiente,
él purifica al vicioso.
Y si es al hombre placer,
gloria, virtud, ardimiento, —
el amor es el aliento,
la vida de la mujer.
DOÑA JUANA. Cual mozo lo habeis pintado,
mas con sombras de razon.

VIVALDO. ¡Oh! si; vuestro corazon
guarda ese fuego sagrado.
Quien de ternura es modelo,
de las almas soberana,
señora sin ser tirana,
de los míseros consuelo,
árbitra de la fortuna,
y entre cien mujeres bellas
perfeccion de todas ellas,
ha de amar como ninguna.

DOÑA JUANA. ¡Eh! paso.

VIVALDO. Mas si en el mundo
á obligaros no hallan norte
riqueza, alcurnia, ni porte,
pierdo el tino y me confundo.

DOÑA JUANA. ¿No hay más que Niebla, Almazan,
ó el señor de los Cameros?

VIVALDO. (¡Ay! ¿no dicen sus luceros
que ya conoce mi afan?)

DOÑA JUANA. Mirarse puede escondida
tal vez la más bella flor.

VIVALDO. (Le he de confesar mi amor,
aunque me cueste la vida.)
De una sé.

DOÑA JUANA. ¿Digna de mí?...

VIVALDO. Entre las selvas nació.

DOÑA JUANA. ¿Y anhela?...

VIVALDO. Vuestro oro no,
vuestras perfecciones sí.

DOÑA JUANA. Pláceme.

VIVALDO. Y firme batalla
por ocultar su martirio.

DOÑA JUANA. Bien.

VIVALDO. Y os ama con delirio.

DOÑA JUANA. ¿Donde ese galan se halla?

VIVALDO. Sus padres, no cortesanos,
sencillos labriegos fueron,
que nunca se enriquecieron
con sangre de sus hermanos.

Debieron á las cabañas
el candor que allí se encierra,
y la piedad á la tierra
cultivando sus entrañas.

DOÑA JUANA. Raza humilde.

VIVALDO. Generosa.

DOÑA JUANA. Pechera.

VIVALDO. Da su tesoro
por su rey y contra el moro.

DOÑA JUANA. ¡Yo de un labrador esposa!

VIVALDO. ¿No hay lauros para el pechero?

DOÑA JUANA. El mundo no quiso darlos.

VIVALDO. Mas puede el alma arrancarlos
y asombrar al mundo entero.
De ciega lealtad crisol,
puerto en borrascas seguro,
fue el Cid un soldado oscuro
y es hoy de Castilla sol.
¿Quién señaló la distancia
de plebeyos á magnates?
Necios y vanos quilates
del orgullo y la ignorancia.
Reparad que sus favores
negó el Redentor divino
al duro prócer mezquino,
y no á humildes pescadores.

DOÑA JUANA. Vivaldo, enfadoso andais.

VIVALDO. Duéleme si os enojé:
del campo mi padre fué.

DOÑA JUANA. Pero ¿aquel de quien hablais,
existe?

VIVALDO. Existe, señora.

DOÑA JUANA. (¡Pobre Marina!)

VIVALDO. (¡Valor!)

DOÑA JUANA. ¿Y sueña ese labrador
con trocarme en labradora?

VIVALDO. Os servirá tan rendido...

DOÑA JUANA. ¿Cómo se atrevió el insano,
responded, cómo un villano

miserable...

Vivaldo. (¡Estoy perdido!)

Doña Juana. Oh, decid, decid quién es,
que aun le honrara mi rigor.
(Vivaldo lleno de confusion ojea varios papeles, y al encontrar con uno, aparece como sorprendido por un feliz pensamiento.)

Vivaldo. Gutierre Sotomayor,
aldeano burgalés.
(Mostrando el papel que acaba de encontrar.)

Doña Juana. ¡Cuán divertido suceso!
El bueno del pretendiente
ó es como niño inocente,
ó tiene perdido el seso.
Acabemos.

Vivaldo. Ya el afan
veis de tanto insigne amante...
¿Qué anunciaré al Almirante,
al de Niebla, al de Almazan,

Doña Juana. Que hoy se les responda quiero.

Vivaldo. (En crudos celos me abraso.)

Doña Juana. A todos que no me caso;
ni una palabra al primero.

ESCENA VII.

Dichos y MELENDO.

Doña Juana. Vienes, Melendo, á sazon.

Melendo. Llegó la hueste, y desea
vivamente la pelea.
Señalad el campeon
que la lleve á la victoria.

Vivaldo. (Aun espero, aun no desmayo.)
De ventura luzca un rayo
para mí. Dadme esa gloria.

Doña Juana. Oh, no es el acero, en suma,

	cual la pluma delicada.
VIVALDO.	Señora, por vos mi espada
	no ha de ceder á mi pluma.
	Y no hay, por dicha lo sé,
	para aspirar al trofeo,
	ni escuela como el deseo,
	ni valor como la fé.
	Fuera que en la edad que goza
	el aura de abril florido,
	seguí de hierro vestido
	las banderas de Mendoza.
	No me levanto de aquí,
	(*Doblando la rodilla.*)
	si me lo habeis de negar.
DOÑA JUANA.	Id, pues.
VIVALDO.	¡Gracias! ¡A triunfar!
	(*Levantándose lleno de entusiasmo.*)
DOÑA JUANA.	(¿Por qué no es igual á mi?)
	(*Viéndole partir.*)

ESCENA VIII.

Doña JUANA. BELTRAN y MARINA.

BELTRAN.	Entremos juntos los dos.
	(*A Marina.*)
MARINA.	Beltran el del monte aguarda
	vuestra venia.
DOÑA JUANA.	Que entre el guarda.
BELTRAN.	Señora, la paz de Dios,
	que si llega al fin, no tarda.
	¡Malas nuevas; trance amargo!
DOÑA JUANA.	Ya lo supe.
BELTRAN.	Sin embargo,
	dar cuenta un vasallo debe
	de lo que tuvo á su cargo.
DOÑA JUANA.	Habla, pues, pero sé breve.
BELTRAN.	Mano de traidor no es lerda,
	y es natural que la cuerda

por lo más delgado quiebre;
y allí donde no se acuerda
es donde salta la liebre.

Doña Juana. Las digresiones eluda
el buen guarda, ó no le escucho.

Marina. Tio...

Beltran. Y vale más sin duda
aquel á quien Dios ayuda
que aquel que madruga mucho
Dormia yo á pierna suelta,
cuando oigo confuso estruendo;
al campo salgo corriendo,
y hallo á mi gente revuelta
porque el monte estaba ardiendo.
«Helos allí» todos gritan;
del incendio á los reflejos
armas distingo á lo lejos,
y á luchar se precipitan
pastores mozos y viejos.
Sin muro que los esconda
principio dan á la fiesta,
y en el momento contesta
al zumbido de la honda
el silvar de la ballesta.
Mas ya el contrario encubierto
por los picos de un barranco,
vuelvo á los mios, y advierto
que cuál ha quedado tuerto,
cojo el uno, el otro manco.

Doña Juana. Hoy darán mis campeones
castigo á esa turba odiosa.

Beltran. ¿Las armas? ¡Buenas razones!
¿No os pretenden por esposa
multitud de señorones?
Pues dad á vuestros estados
quien sombra y vigor les preste.

Doña Juana. (La ignorancia engendra osados.)
Descuida. Por brava hueste
serémos pronto vengados. (*Vase.*)

ESCENA IX.

BELTRAN y MARINA.

BELTRAN. ¡Vengados! Al asno muerto...
y callo lo demás.
MARINA. Tio,
ese vuestro afan...
BELTRAN. Sí; cierto:
es predicar en desierto,
machacar en hierro frio.
Familia en que no hay varon
que la escude con la ley
de la fuerza y la razon,
es como pueblo sin rey.
MARINA. Tiene el ama otra opinion.
BELTRAN. No habrá asi quien la defienda
ni quien respete su hacienda;
y vendrán con fiero estrago,
ya el insulto, ya el amago,
ya la ruinosa contienda.
Verás que vuelven á ser
nuestras fiestas batallar,
nuestro amor aborrecer,
nuestro descanso velar,
maldecir nuestro placer.
¡Arma, arma!—¿Quién los vió?—
Pocos vienen.—Muchos ví.—
Por aquí.—No, por allí.—
Que llegan.—Que sí.—Que no.—
Que embisten.—Que no.—Que sí.
En cuanto la vista abarca
el campo se encuentra rojo.
Por cama seco rastrojo;
el agua de inmunda charca;
siempre el enemigo al ojo.
El grande zurra al pequeño;
tu corres, yo me despeño,
mueren mil y uno se salva;

tambores durante el sueño,
trompetas antes del alba.
Y sigue la atroz pelea,
de nuevo la sangre humea,
y cien más pierden la vida:
si esto es cosa divertida,
que baje Dios y lo vea.

MARINA. Ageno al temor su pecho,
si ya ha dicho no me caso,
dicho está.

BELTRAN. Del dicho al hecho
hay, sobrina, mucho trecho.

MARINA. Para el ama hay solo un paso.

BELTRAN. De esta agua no beberé
no diga nadie en el mundo:
oye, y te convenceré.

MARINA. ¿Es cuento?

BELTRAN. Cuento es á fé.

MARINA. ¿Y él lo prueba?

BELTRAN. En él me fundo.
Es historia bien sucinta.
Gil Baile, pobre primero,
y despues rico heredero,
en la puerta de su quinta
fijó altivo este letrero.
«Desde un rio al otro rio
todo cuanto existe es mio;
mio el frontero encinar:
y lo que me ha de matar,
no es hambre, ni sed, ni frio.»
De caza una vez salió,
y un tropezon ó un calambre
á una sima le arrojó;
y allí el infeliz murió
de sed, de frio y de hambre.

MARINA. A Dios castigarle plugo.

BELTRAN. Yo al ama impondré mi yugo,
y la casaré, que el cobre
se bate á golpes, y pobre

pertinaz saca mendrugo.
Y tambien á ti, lucero,
buscarte marido quiero.

MARINA. Soy muy niña.

BELTRAN. No á mi ver,
que juventud de mujer,
es como sol de febrero.
Deja que á mis anchas obre.
Tú rechazaste á Matico.

MARINA. Por feo.

BELTRAN. A Blas.

MARINA. Por borrico.

BELTRAN. A Sancho.

MARINA. Porque era pobre.

BELTRAN. ¿Y á Fortun?

MARINA. Porque era rico.

BELTRAN. Quiero arreglar sin demora
esta casa, y por alguno
fuerza es decidirse ahora.

MARINA. Ya me decidí por uno.

BELTRAN. ¿Cuál?

MARINA. Silencio: la señora.

ESCENA X.

Dichos y doña JUANA.

DOÑA JUANA. (Tiemblo por él.) ¿Aun aqui?
(*Reparando en Beltran.*)

BELTRAN. ¿Al monte á qué he de tornar?

DOÑA JUANA. Aquí te puedes quedar
cuidando del parque.

BELTRAN. Así
siempre os dé el cielo que dar.
(*Vanse Beltran y Marina.*)

ESCENA XI.

Doña JUANA. Despues un Escudero.

DOÑA JUANA. Bien le sienta la armadura,
bien rige el tordo bridon
lleno de marcial bravura.
¡Ser de condicion oscura,
con tan noble corazon!
¡Y si en la contienda airada
le vence más diestra espada!...
Arrostra la muerte allí.
Mas, en verdad, que me agrada
que vaya á luchar por mí.

ESCUDERO. Un page del rey, licencia
pide en su nombre.

DOÑA JUANA. Que espere
un instante... El rey lo quiere,
condúcele á mi presencia.

ESCENA XII.

Doña JUANA y un page.

PAGE. Dadme á besar vuestros pies.
(¡Qué sin igual bizarria!)

DOÑA JUANA. Hanme dicho que os envia...

PAGE. El rey mi amo.

DOÑA JUANA. Habla pues.

PAGE. (Esperanzas, alentad.)
Es el querer soberano
que esta carta en propia mano
os entregue.

DOÑA JUANA. A ver.

PAGE. Tomad.

DOÑA JUANA. ¿Y respuesta aguarda el paje?

PAGE. No he de volverme sin ella.

DOÑA JUANA. Dice así.

PAGE. (¡Por Dios que es bella!)

DOÑA JUANA. (¡Por Dios que es lindo mensaje!)
(*Lée.*)
«Si en valle desierto sus galas humilla
á todos oculta la rosa fragrante,
quien es en virtudes blason de Castilla
mi corte ennoblezca, sus glorias levante.
Y á más, recordando que al sumo imperante
los fuertes Mendozas sirvieron á ley,
esposa vos fago del noble Almirante,
del gran don Alfonso, mi primo.=Yo el Rey.»
Más vale tomarlo á fiesta.
¡Oiga! ¡El Rey casamentero!
PAGE. Vuestras órdenes espero.
DOÑA JUANA. Vete.
PAGE. No sin la repuesta
que está aguardando anhelante.
DOÑA JUANA. Yo haré que á sus manos llegue.
PAGE. Dejad que en su nombre os ruegue
no diferirla un instante.
DOÑA JUANA. Ya me enojas.
PAGE. Con razon
atrevido os parecí,
mas sirvo á mi dueño así
y sirvo á mi corazon:
que en el Almirante fio
la amistad más verdadera,
tal, que su contento fuera
tambien el contento mio.
DOÑA JUANA. (¡Y debo al sólio real
tan inmerecida ofensa!)
PAGE. (Mucho, vive Dios, lo piensa.)
¿Me dais respuesta?
DOÑA JUANA. Si tal.
PAGE. ¿Les diré?...
DOÑA JUANA. Que yo te he dicho
que ha de hacerse un casamiento
por propio convencimiento,
no por ageno capricho;
y que es fuerza que frustradas

queden hoy sus pretensiones,
por estas.... y otras razones
que estimo para calladas.

PAGE. Olvidais que á ese galan
hizo próspero destino
del rey difunto sobrino,
y primo del rey don Juan.
Y si esto solo pregona
los timbres de su hidalguía,
no son de menos valía
las prendas de su persona.
Si sabe ó no combatir
puede Aljubarrota hablar,
do cien lanzas fue á quebrar.

DOÑA JUANA. Donde no supo morir.
Sin rendir el fuerte acero
allí mi esposo cayó,
y mi padre allí murió
salvando á don Juan primero.

PAGE. Acabemos de una vez.
¿Qué respondo?

DOÑA JUANA. ¿Aun perseveras?
Que han de ser más duraderas
las tocas de la viudez.

PAGE. Así al Rey no satisfago.

DOÑA JUANA. Ya la plática es prolija:
dile entonces, que soy hija
del señor de Hita y Buitrago.

PAGE. Bien sabeis que no lo ignora.

DOÑA JUANA. Pues si ya á olvidarlo empieza,
añade que mi nobleza
es más limpia que la aurora.
Que el blason que ileso guardo
no manchará humana ley.

PAGE. Un primo suyo os da el Rey.

DOÑA JUANA. Que es el hijo de un bastardo.

PAGE. ¡Oh!...

DOÑA JUANA. Jamás sobre mi escudo
caerá tan negro borron.

Esta es mi contestacion
al que imaginarlo pudo.

PAGE. ¡Tal oigo!

DOÑA JUANA. ¡El nombre manchar
que heredé de mis abuelos!...
¡Oh nunca!

PAGE. ¡Viven los cielos!
¡Y no me puedo vengar!

DOÑA JUANA. ¿Me amenazas? ¡Qué insolencia!...
Porque el monarca te envia
tienes lengua todavia
para hablar en mi presencia.
Vuela á cumplir tu mensaje
á mi decoro ofensivo;
huye, que mi pecho altivo
enciéndese de coraje.
Y el hombre á quien sirves fiel,
y con su empeño me ultraja,
sepa que no se rebaja
la Ricahembra hasta él.
¡Unir su sangre á la mia
y un bastardo le enjendró!...
¡Y él mismo tambien nació
con sello de bastardía!

PAGE. ¡Basta ya!

DOÑA JUANA. Con torpe mengua
su padre á Dios consagrado,
los votos rompió malvado:
¿y por quién?...

PAGE. ¡Tened la lengua!

DOÑA JUANA. Y de aquella union impía
brotando el retoño odioso
el padre fue un religioso,
fue la madre una judia.

PAGE. Mentira.
(*Dale un bofeton* (1). (*Pausa.*)

DOÑA JUANA. ¡Oh! ¿Será verdad?

(1) Véanse las notas.

¿Tu mano en mi rostro?... Si,
que aun la siento impresa aqui.
Ola, mis guardias, llegad.
(*Asomándose á la puerta del foro, y gritando. Aparecen en ella guardias y pajes.*)

PAGE. Sobrado tiempo me humilla
este disfraz en que estoy:
don Alfonso Enriquez soy,
almirante de Castilla.

DOÑA JUANA. Temed todos mi furor
si del muro alguien saliere.
(*A los guardias.*)
Que en mi cámara me espere
decid á mi confesor.
(*A los pajes.*)
Ved que nunca fuerza ha sido
tan exacto cumplimiento.
(*A los guardias y pajes, que se retiran.*)

DON ALFONSO. ¿Qué es lo que intentais?
(*Despues de batallar con mil dudas, en la mayor agitacion.*)

DOÑA JUANA. ¿Qué intento?
Que vais á ser mi marido.

DON ALFONSO. ¡Cielos!

DOÑA JUANA. Sin ningun retardo,
antes de que á nadie hableis.

DON ALFONSO. Señora ved lo que haceis;
recordad que soy bastardo.

DOÑA JUANA. ¿Tu maldad que mi honra empaña,
límites no reconoce?
¡Justo es que asi te alboroce
tan digna, tan noble hazaña!
Pero si á mis pies te postro
y hago que tu sangre corra,
con tu sangre no se borra
esta mancha de mi rostro.
A ser tu esposa me allano;
mas nadie dirá atrevido,

que quien no fue mi marido
puso en mi rostro la mano.

ESCENA XIII.

Dichos. VIVALDO, MELENDO, BELTRAN y MARINA. Soldados que permanecen en el fondo.

VIVALDO. ¡Por nosotros la jornada!
DOÑA JUANA. ¿Qué buscas, dime; qué es ello?
VIVALDO. Se entrega el conde don Tello.
DOÑA JUANA. No estoy en mi.
VIVALDO. Ved su espada.
(*Presentando una.*)
DOÑA JUANA. ¡Herido tú!
VIVALDO. Allá en la linde
de los pomares le acoso,
y con ánimo hazañoso
mi gente á la suya rinde.
¡Del cielo ha sido milagro!
DOÑA JUANA. Vivaldo, ¿es grave tu herida?
MELENDO. Debo á su valor mi vida:
por siempre se la consagro.
DOÑA JUANA. ¿Qué más venturas anhelo?
(*Con amarga expresion.*)
¡Hoy triunfo de mi enemigo,
y á nuevo enlace me obligo!
(*Extrañeza en todos.*)
Con el Almirante.
(*Mostrándolo á todos.*)
VIVALDO. (¡Cielo!)
(*Despues de una gran pausa, dirigiéndose respetuosamente á doña Juana.*)
¡A la coyunda de amor
cede al fin la mujer fuerte!
(*Reprimiendo apenas su despecho.*)
DOÑA JUANA. Es más fuerte que la muerte
el imperio del honor.
DON ALFONSO. Si os ultrajé, perdonar

ya os cumple mi arrojo insano.
Dadme á besar vuestra mano.

DOÑA JUANA. Os la daré..... en el altar.

BELTRAN. ¡Ha de Gil Baile!

VIVALDO. (¡Ay de mí!)

BELTRAN. Aplica el adagio ahora.
(*A Marina.*)
Hoy se casa la señora;
mañana te caso á tí.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Adarves de la casa fuerte de los Mendozas. A la izquierda la fachada principal y torres de la fortaleza. A la derecha dos cubos elevados. Por el fondo se descubre una amena campiña.

ESCENA I.

Don ALFONSO, que figura contemplar un caballo. BELTRAN aderezando varias armas. Algunos pajes atraviesan la escena con aprestos bélicos.

BELTRAN. Es, señor, única y sola
tan linda estampa de bruto.

DON ALFONSO. Lleno el pecho, el brazo enjuto,
pomposa y luenga la cola.
Erguidos el cuello y frente,
vivo el ojo y perspicaz,
corta oreja y nunca en paz
al menor rumor que siente.

BELTRAN. Cree de marcial contienda
escuchar el ruido bronco.

DON ALFONSO. Mírale doblar el tronco
donde está fija la rienda.

BELTRAN. Va á ser, juro por Beltran,
más nombrado que el del Cid.

DON ALFONSO. Anhelo entrar en la lid
con tan brioso alazan.

BELTRAN. ¡Oh, cuál prueba el duro callo
en la piedra resonante!

DON ALFONSO. Un tesoro no es bastante
á pagarme este caballo.
Por más que el bosque revuelva
sus ramos, y su agua el rio,
cruza con el mismo brio
el ancho cauce y la selva.

No pudo cosa jamás
torcer su curso violento;
al competir con el viento,
el viento se deja atrás;
y aunque truene la bombarda
lanzando encendida piedra,
ni el estrépito le arredra,
ni el peligro le acobarda.

BELTRAN. Prodigios que es dado hacer
al emplasto de Galeno.

DON ALFONSO. ¿Cómo?

BELTRAN. Al látigo y al freno,
que hacen santa á la mujer.
En antojos de una niña
necio el hombre su honra puso,
ya que es fuerza andar al uso
que el miedo guarde la viña.
Yo sé que si á una beldad
ronda un mancebo moscon,
es siempre por devocion
y nunca por santidad.

DON ALFONSO. Si ella es honrada....

BELTRAN. Al más lego
ya no le asusta un desden,
puesto que sabe muy bien
lo de la estopa y el fuego.
Sabe que tiene del rayo
la fuerza el maldito amor,
y que hace al siervo señor
y al señor trueca en lacayo.
Como son dos al mohino....
como en nadie hay que fiar....
guárdate si ves pelar
las barbas de tu vecino.

DON ALFONSO. En murmurar se te pasa
la vida.

BELTRAN. Es cosa resuelta,
que hay quien duerme á pierna suelta,
y se está ardiendo su casa.

DON ALFONSO. Habla más claro Beltran.
BELTRAN. Aludo al viejo Lorente,
cuya hija burló inclemente
un ocioso perillan.
DON ALFONSO. (¡Qué locura!) (*Luchando consigo mismo.*)
BELTRAN. No es estraño....
gente al fin de poco lastre;
y ya veis que no es mal sastre
aquel que conoce el paño.
Mas con todas á mi ver
Satanás se comunica:
tonta ó cuerda, pobre ó rica,
la menos mala, es mujer.
Por eso en toda ocasion
cuando una sale bellaca,
la mejor razon la estaca
para ponerla en razon.
DON ALFONSO. Mal las tratas. ¿Qué te han hecho?
BELTRAN. Como es arisco animal
siempre quien lo trate mal
sacará mejor provecho.
¡De ello tengo pruebas hartas!
Vos pretendisteis en vano
de mi señora la mano
en mil comedidas cartas.
Despues, segun he sabido,
caminásteis de otra suerte....
No hay cosa como hablar fuerte
para sacar buen partido.
DON ALFONSO. ¿Qué dices?
(*Sobresaltado.*)
BELTRAN. Alguien oyó....
DON ALFONSO. ¿Qué?
BELTRAN. Las voces.
DON ALFONSO. ¿Nada más?
BELTRAN. ¿Qué más hubo?
DON ALFONSO. Necio estás.
Mi afecto la cautivó.
BELTRAN. Oh, fueran cuál la señora?

las hembras de este lugar.
Merece el ama un altar.

Don Alfonso. Dices bien.

Beltran. ¿Quién no la adora?
Cierto, que alguno tambien
de sus bondades abusa.
Lo que se usa no se excusa.

Don Alfonso. ¿Quién abusa?

Beltran. Alguno.

Don Alfonso. ¿Quién?

Beltran. No espere buen aguinaldo,
que al fin y al cabo....

Don Alfonso. Su nombre.

Beltran. Fuera de ello es todo un hombre.

Don Alfonso. Si: Melendo.

Beltran. No: Vivaldo.
Solo priva con el ama.
Y de ella jamás se cura
cuando le ama con locura.

Don Alfonso. ¡Ella!

Beltran. Si señor, le ama.
Llora la infeliz, ¡cruel!...
y él lo sabe, y su querella
desoye.

Don Alfonso. ¿Quién llora?

Beltran. Ella.

Don Alfonso. ¿Quién es ella? ¿Quién es él?
(*Con gran impaciencia.*)

Beltran. No merece tal desprecio:
en pensarlo me sofoco.

Don Alfonso. Tu me estás volviendo loco.
Eres pesado.

Beltran. Él un necio.

Don Alfonso. (La paciencia se me acaba.)
Que sepa yo quien se aflije,
ó juro....

Beltran. ¿Pues no lo dije?
Marina.

Don Alfonso. (Por otra hablaba.)

Beltran. ¿Pues quién ha de ser? Marina.
Don Alfonso. ¿Con qué mi buen secretario?..
Beltran. Si señor: es necesario
casarle con mi sobrina.
Don Alfonso. Se casará.
(Como tomando una resolucion.)
Beltran. No es tan óbvio.
Don Alfonso. Un gran dote...
Beltran. Soy un zote.
¡Oh, sobrina! Con buen dote
no hay una mujer sin novio.
Vuelo á decirles, señor,
nueva tan grata.
Don Alfonso. En buen hora.
Beltran. ¡Vivaldo una protectora,
y Marina un protector!
(Entrase en el castillo, á tiempo que uno de los pajes que cruzan la escena, recoje las armas que aquel estaba aderezando al comenzar el acto, y se las lleva por la derecha.)

ESCENA II.

DON ALFONSO.

¿Por qué su lenguaje estraño
me conturba de tal modo?
Todo cuanto escucho, todo
recelo que es en mi daño.
¡Cielo! ¿Y me han de separar
hoy de mi esposa adorada?
¿No pudiera sin mi espada
el Rey en la lid triunfar?
Sin razon desconfié.—
De Vivaldo la tristeza,
su despego, su aspereza
para conmigo, ¿por qué
han de infundirme recelos?

¿No puede en su corazon
dominar otra pasion?
¡Malditos, malditos celos!
Pero él se acerca.

ESCENA III.

DON ALFONSO y VIVALDO.

VIVALDO. (¡Él aquí!)
DON ALFONSO. (¡Si yo averiguar pudiera!...)
VIVALDO. (¡Oh! su presencia me altera.)
DON ALFONSO. ¡Parece que huyes de mí!
¿Qué tienes? ¿Por qué te veo
siempre adusto y pensativo?
VIVALDO. (Este celo intempestivo...
¿Sospecha de mí?)
DON ALFONSO. Deseo
saber de tu pesadumbre
la causa. ¿Qué te suspende?
Habla.
VIVALDO. (Esplorarme pretende.
Fuerza es que yo le deslumbre.)
Ya os hubiera contestado,
mas temo indiscreto ser.
DON ALFONSO. Discreto es obedecer.
VIVALDO. Pues bien: nací desdichado.
DON ALFONSO. Quien de la suerte murmura
su debilidad publica.
VIVALDO. Mas, ved...
DON ALFONSO. Cada cual fabrica
su buena ó mala ventura.
VIVALDO. Juntos ganan la victoria
el capitan y el soldado:
el uno muere olvidado,
el otro vive en la historia.
DON ALFONSO. Lo que á la dicha conviene
no es un renombre glorioso:
con su honra vive dichoso

el que sabe que la tiene.

VIVALDO. Nada injusto he codiciado.

DON ALFONSO. Pero ¿qué te falta?

VIVALDO. Un nombre.
Tengo valor, y no es hombre
quien no mejora su estado.

DON ALFONSO. Que eres ambicioso ó loco
me hace creer lo que escucho.

VIVALDO. Solo sé que aspiro á mucho
y que siempre alcanzo poco.

DON ALFONSO. (Clara su ambicion se vé.)
No basta la voluntad
para elevarse.

VIVALDO. Es verdad:
yo presentar no podré
armas en piedra esculpidas;
pero sí abolladas cotas,
lanzas y banderas rotas,
y un pecho lleno de heridas.

DON ALFONSO. (Desde que oyéndole estoy,
á su valor me aficiono.)
Algo tienes en tu abono.

VIVALDO. Obra es mia cuanto soy.

DON ALFONSO. Bien sé que pobres ó ricos,
de humildes ó excelsos nombres,
no son de cerca los hombres
ni tan grandes, ni tan chicos.
Mas no ansíe tu altivez
trocar la choza en palacio:
bien cruza el ave el espacio;
bien nada en la mar el pez.

VIVALDO. ¿Alguna vez no acontece
que en los trances de la vida,
se achica el grande á medida
que el pequeño se engrandece?

DON ALFONSO. Digna es de ser bien pagada
cualquier insigne proeza;
más vale adquirir nobleza,
que corromper la heredada.

VIVALDO. Pero, ¡en cuántas ocasiones
premio la virtud no cobra!
¡Y en cuántas la dicha es obra
del oro y de los blasones!

DON ALFONSO. ¡Delirios de la ambicion!

VIVALDO. En el mundo, por desdoro,
vence á la virtud el oro,
vence un nombre á un corazon.

DON ALFONSO. (Por mí habló. ¡Villano esceso!)

VIVALDO. (Vive Dios que me declaro.)

DON ALFONSO. ¿A un corazon?... (¡Qué descaro!)
¿El oro?... ¿Un nombre? No es eso.
Es que la soberbia loca
de escalar el cielo trata,
y en injurias se desata
cuando su impotencia toca.
Es que la dicha que sueñas,
no es tu dicha. Tiende el vuelo:
procura escalar el cielo.
¡Ay de tí si te despeñas!

VIVALDO. Señor...

DON ALFONSO. Basta. (Ya ¿qué puedo
dudar?)

VIVALDO. Ved...

DON ALFONSO. El labio sella.
(¿Y he de dejarle con ella?
¿Y he de partir?—No, me quedo.)
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA IV.

VIVALDO.

Muy torpe anduve. El despecho
me ha vendido. Sus enojos
me descubren claramente
que está de mí receloso.
¿Qué hacer? ¿Olvidar? ¿Fingir?
¡Oh! mi empresa no abandono.

ESCENA V.

VIVALDO y MARINA.

MARINA. (Allí está. ¡Pues: como siempre!
Mal hayan sus soliloquios.
¿Pensará en mí? ¡Qué locura!
Debiera tenerle odio
y rabia; pero tras él
ciega y desalada corro.)
VIVALDO. (Ya no es fácil disuadirle.
¡Si yo descubriese el modo!...
(*Reparando en Marina, y como iluminado por una repentina idea.*)
¡Ah! sí!)— Marina...
MARINA. (Me vió,
y hablarle será forzoso.)
¿Me llamabas?
VIVALDO. Sí.
MARINA. ¿Qué quieres?
VIVALDO. (¿Y la he de engañar? ¡Qué oprobio!)
(*Momentos de silencio.*)
MARINA. (Pues señor, ¡estamos bien!)
(*Con despecho, aparentando irse.*)
Vivaldo, adios.
VIVALDO. Poco á poco.
(*Con artificiosa dulzura.*)
¿No sabes que eres muy linda?
MARINA. Quién te lo ha dicho?
VIVALDO. Mis ojos.
MARINA. ¿Y cuando?
VIVALDO. Al punto que vieron
tener envidia á tu rostro
las rosas y los claveles
que esmaltan esos arroyos.
Eres muy linda.
MARINA. Habla quedo,
no escuche tales piropos
quien lo sienta.

VIVALDO. ¿Quién?
MARINA. La bella
que turba asi tu reposo.
VIVALDO. Es verdad; pudiera oirme:
no está lejos de nosotros.
MARINA. ¿Vive en el castillo?
VIVALDO. Aquí...
en mi pecho.
MARINA. ¿La conozco?
VIVALDO. La conoces.
MARINA. ¿Mucho?
VIVALDO. Mucho.
MARINA. ¿Y es su nombre?...
VIVALDO. No la nombro.
MARINA. ¿Te has declarado?
VIVALDO. Jamás.
MARINA. ¿Pues qué temes?
VIVALDO. Sus enojos.
MARINA. Haz por llamar á la puerta.
VIVALDO. ¿Y si es el portero sordo?
MARINA. Pruébalo á ver.
VIVALDO. No me atrevo.
Todos los medios agoto
y...
MARINA. Cuando una mujer ama
se lo conoce el más bobo.
VIVALDO. ¿En qué?
MARINA. Se conoce...
VIVALDO. ¿En qué?
MARINA. A la legua... Si es notorio.
¿Pues no se ha de adivinar?
VIVALDO. ¿En qué se adivina?
MARINA. En todo.
Dime tú cómo se llama,
y verás si al punto logro
conocerlo.
VIVALDO. Será en vano.
Ella sabe que la adoro ,
y finge ignorarlo.

MARINA. Que ella
hable primero, no es propio.
VIVALDO. Dios querrá que me declare.
MARINA. Amen.
VIVALDO Amen.
MARINA. Ten arrojo.
VIVALDO. Pues bien: se llama... Alguien viene.
MARINA. Dí...
VIVALDO. Marina... adios.
(*Estrechando su mano con entusiasmo aparente, y dando á sus palabras un sentido equívoco.*)
MARINA. (¡Oh gozo!)
VIVALDO. (¡Mi estrella así lo dispone!
Esto es indigno, alevoso.)

ESCENA VI.

Dichos, doña JUANA y BELTRAN.

Vivaldo se dirige hácia el fondo, donde se encuentra con doña Juana que le detiene.

MARINA. ¡Marina, Marina, ha dicho!
BELTRAN. Tenemos dote y no flojo.
MARINA. Vivaldo...
BELTRAN. Te ama. ¡Quién duda!
MARINA. Se ha declarado.
BELTRAN. ¡Ah, buen mozo!
Miel sobre ojuelas: en tanto
que piensa el cuerdo, obra el loco.
¡Picarilla! Oros son triunfos.
Te protege don Alfonso.
¿Qué tal? ¿Lo entiendo? Hoy sin falta
escritura y matrimonio.
Yo te domaré, Vivaldo.
(*Viendo llegar á Vivaldo.*)
¡Cualquier mujer ya es negocio!
Si rica, un áspid; si pobre,

aburrimiento y estorvo;
si hermosa, recelo y susto;
si fea, tedio y bochorno.
(*Doña Juana y Vivaldo bajan al proscenio.*)

BELTRAN. Vengan esos cinco, y vengan
(*A Vivaldo.*)
ambas manos. Lo sé todo.
(*Con misterio.*)
Hemos de hacer buenas migas;
hemos...

DOÑA JUANA. Beltran, ¿qué alborozo?..

BELTRAN. No pueden estar ocultos
la dicha, el amor, ni el oro.

DOÑA JUANA. Cuéntame.
(*Marina hace señas á su tio para que calle.*)

BELTRAN. ¿A qué son misterios?
Caso hoy mismo este pimpollo.

DOÑA JUANA. ¡Marina, tanta reserva!...
¿Y dónde bueno está el novio?

BELTRAN. Ambos cónyuges presentes.

DOÑA JUANA. ¿Tú?
(*A Vivaldo.*)

VIVALDO. (Merezco tal sonrojo.)

DOÑA JUANA. Muy bien, señor desposado.

VIVALDO. Burlas de Beltran.

MARINA. (¡Qué oigo!)

VIVALDO. Siempre decidor y alegre.

MARINA. (¡Ay de mi!)

BELTRAN. Cuentos no forjo.

VIVALDO. Pero...

DOÑA JUANA. Tu eleccion aplaudo.
(*A Vivaldo.*)

BELTRAN. Se ha declarado hace poco.
(*Dirigiéndose resuelto á doña Juana.*)

MARINA. Mas no con todas sus letras.
(*Bajo á Beltran.*)

BELTRAN. ¡Qué letras, ni qué demonio! (*A Marina.*)

El hombre por la palabra...
(*A Vivaldo.*)

DOÑA JUANA. Pensad en ser venturosos.

VIVALDO. ¡Yo feliz! ¡Ay, no me entiende
nunca la mujer que adoro!
Mísera yedra caida,
busco en vano el verde tronco.

DOÑA JUANA. Ella te quiere.

VIVALDO. (¿Qué dice?)

MARINA. (Por mi mal.)

BELTRAN. Eres un topo.
(*A Vivaldo.*)

DOÑA JUANA. ¿No es cierto?
(*A Marina.*)

BELTRAN. Lleva gran dote.
(*A Vivaldo, reservada y enfáticamente.*)

DOÑA JUANA. ¡Hoy le llamarás tu esposo!
(*A Marina, con noble satisfaccion.*)

VIVALDO. (¿Qué hacer?)

BELTRAN. Piedra movediza
(*A Vivaldo, impaciente.*)
nunca se cubre de moho.

MARINA. (¡Crédula de mí!) Termine
ya, señora, este coloquio.
Burla que suena á verdad,
es fiera burla.

DOÑA JUANA. ¿Pues cómo?

MARINA. Ni me quiere, ni le quiero:
(*Violentándose.*)
dos buenos amigos somos.
¡Ah, señora! ¡Él á mi mano
aspirar! Ni por asomo.
¿Quién á rústica villana
se unirá en pobre consorcio
cuando frenético ansíe
ceñir laureles heróicos?
¿Cómo ha de agitar el bieldo,
pudiendo lanzar bohordos;
ni seguir con el arado

tras los bueyes perezosos?
Quien de acero el pecho viste,
desdeñará el sayo tosco;
no ha de preferir la aldea
á ser de la corte asombro.
¿Cómo en humilde cabaña
podrá cifrar su tesoro,
y en honesta labradora,
y en infantiles sollozos?
Siga otro rumbo Vivaldo:
yo su ventura ambiciono.
Siempre en él veré un amigo.

BELTRAN. (¡Qué buen amigo es el lobo!)

DOÑA JUANA. Mis hijos, no me oculteis
un afecto que no ignoro,
que yo no estraño, que apruebo
y en el que ufana me gozo.
¡Oh, tu deliras! Vivaldo
rinde constantes elogios
á pastoriles albergues,
no á soberbios capitolios.
Más precia ver en tus manos
de blanco vellon los copos,
que esmeraldas y diamantes
cercados de perlas y oro.
Más precia que áulica pompa
la hermosura de tu rostro.
la inocencia de tu pecho,
la modestia de tus ojos.
El fuego de casto amor
en bálsamos deleitosos
baña el alma, y la engrandece,
y el cielo nos abre próvido.
La senda de la virtud
es de rosas, no de abrojos.

VIVALDO. ¿Quién no os ama con delirio?

BELTRAN. Como un rapazuelo lloro.

VOCES DENTRO. La hemos de ver.

OTRAS. ¿Dónde está?

OTRAS. La hemos de ver.
DOÑA JUANA. ¿Qué alboroto?
BELTRAN. Son mis labriegos del monte,
ciegos, mancos, tuertos, cojos.
El señor, por gente inútil,
los planta en la calle á todos.

ESCENA VII.

Dichos. Turba de labriegos ancianos y lisiados, que vienen por el foro. Despues DON ALFONSO.

LABRIEGO 1.º ¡Piedad!
LABRIEGO 2.º ¡Compasion!
LABRIEGO 3.º ¡Piedad!
LABRIEGO 1.º Cortando del monte el fuego
quedé manco....
LABRIEGO 2.º Quedé ciego.
LABRIEGO 1.º Es mucha inhumanidad
así arrojarnos de casa.
LABRIEGO 2.º Yo serví mientras podia.
DOÑA JUANA. ¿Y os echa?...
VARIOS. El amo.
DOÑA JUANA. A fe mia,
que os iréis luego.
DON ALFONSO. ¿Qué pasa?
(*Entrando.*)
DOÑA JUANA. Son los mozos que despides.
(*Con recato.*)
DON ALFONSO. Ninguno puede servir;
y si tardan en salir....
DOÑA JUANA. Jamás quien eres olvides.
LABRIEGO 1.º Ved que es vuestro el señorío,
(*A doña Juana.*)
y que gobernais mejor.
DOÑA JUANA. Aquí no hay más que un señor,
y ese señor es el mio.
LABRIEGO 1.º Desque vino, á cada hora....
DOÑA JUANA. Ninguno se me desmande.

¿Quién hizo todo lo grande?

VARIOS. Vos.

LABRIEGO 2.º Sola vos.

LABRIEGO 1.º Vos, señora.

DOÑA JUANA. ¿Quién labra, zagal intonso,
la iglesia, el puente, los muros,
para que vivais seguros?
Don Alfonso, don Alfonso.
(*Murmullos entre los labriegos.*)
¿Qué murmurais? Sin razon
venís, y he de castigallo.

VARIOS. No.
(*Desconcertados.*)

OTROS. No.

DOÑA JUANA. Enmudezca el vasallo.
(*A la turba.*)
Y hable tu buen corazon.
(*Aparte á don Alfonso.*)
Quédense todos aquí.
De tu amor lo solicito.

DON ALFONSO. ¿Para qué los necesito?

DOÑA JUANA. Te necesitan á tí.
(*Vuelve á los labriegos.*)
¡Oh, cuán generoso, vedle!
Te da ganado. (*Al* 1.º) A ti hacienda. (*Al* 2.º)
Los pomares os arrienda.
(*A un grupo.*)
Vuestro es el monte: rompedle.
(*A los más.*)
(*Los labriegos se adelantan hácia don Alfonso, y se prosternan ante él.*)

VARIOS. ¡Oh, señor!

DON ALFONSO. (¡Esta mujer!...)

BELTRAN. Basta ya de cortesía.
(*Separándolos.*)

DOÑA JUANA. ¿Quereis más?

BELTRAN. ¡Bueno estaria!
¿Qué más han de pretender?

LABRIEGO 1.º Señora, yo voy contento;

pero en fin, es necesario
que me deis tambien salario.

BELTRAN. Yo te daré.... con un cuento.
(*Agarrándole por el brazo.*)
Jadeando, en el rigor
de julio, entre ardientes breñas,
envuelto en polvo y sudor,
iba un triste segador,
de mi pueblo, por mas señas.
Por el camino venia
con su recua un traginante,
y al que á lástima movia
le grita con buen talante:
«Monta esa caballería.»
Sube el otro, alienta, y cuando
sobre el aparejo blando
se contempla caballero,
volviéndose al arriero
le dice: «¿Y qué voy ganando?»

DOÑA JUANA. Ya mirais cómo se apiada
el señor de vuestra cuita:
del duro trabajo os quita,
y os da vejez descansada.

LABRIEGO 2.º Con mi sangre no le pago.

LABRIEGO. 1.º Mil lauros coja en la lid.

DOÑA JUANA. Sus banderas despedid
hasta las cumbres de Ayago.
(*Vanse por la derecha.*)

ESCENA VIII.

Don ALFONSO y Doña JUANA.

DON ALFONSO. Id con Dios.

DOÑA JUANA. Oyeme, Alfonso.
De tu consejo y prudencia
reclamo ayuda.

DON ALFONSO. Habla al punto.

DOÑA JUANA. Que me inspirases quisiera

para salvar á Ramiro.

DON ALFONSO. ¿Aquel que las canas huella
del viejo Lorente?

DOÑA JUANA. Debo
juzgarle.

DON ALFONSO. Y calla mi lengua :
que al hombre aconseja el hombre,
y al juez solo su conciencia.

DOÑA JUANA. Cuerdo aviso, y yo le acato.
Ahora bien, díme si ordenas
que á nadie entrar se permita
de noche en la fortaleza.
Sabes que así lo previene
costumbre antigua y discreta.

DON ALFONSO. Tú eres aquí la señora:
dispon lo que te parezca.

DOÑA JUANA. En tu ausencia es necesario...

DON ALFONSO. Desistí de ir á la guerra :
todo apresto militar
ya he mandado que suspendan.

DOÑA JUANA. ¿Cómo?

DON ALFONSO. Lo he pensado bien.

DOÑA JUANA. ¿Bien lo has pensado, y te quedas?

DON ALFONSO. Si.

DOÑA JUANA. ¿Cuando oprime á Galicia
el leopardo de Inglaterra?

DON ALFONSO. Si.

DOÑA JUANA. ¿Cuando pide Alencastre
del rey don Pedro la herencia?

DON ALFONSO. Si.

DOÑA JUANA. ¿Cuando vacila el trono
de don Juan? ¡Oh! por tus venas
la sangre de Trastamara
no corre.

DON ALFONSO. En civil contienda
no correrá. Contra alarbes
solo fulmino mi diestra.

DOÑA JUANA. ¿Quién te hace juez de esa causa?
Ni califica ni cuenta

un noble los enemigos.
Su estandarte el rey despliega,
y quien hidalgo nació
calla, lo sigue, y pelea.

DON ALFONSO. Me estoy por honrado aquí.

DOÑA JUANA. ¡Y allí el rey te aguarda! ¡Oh mengua!
¡En ocio tú, y en su ayuda
se arman los hijos del Sena!
Te desconozco.

DON ALFONSO. (*Con intencion.*) La peste
el campo enemigo diezma.

DOÑA JUANA. ¿Y es acaso más temible
que sus tiros y ballestas?

DON ALFONSO. ¿Buscas mi muerte?

DOÑA JUANA. Tu vida,
que es tu fama, y la atropellas.
¿Tienes miedo?

DON ALFONSO. ¡Miedo yo!

DOÑA JUANA. Si.

DON ALFONSO. ¡Juana!

DOÑA JUANA. Si.

DON ALFONSO. ¿Y tú me afrentas?
Si mujer, y mujer mia
no fueses, aquí murieras.

DOÑA JUANA. ¡Muy bien, muy bien! Esos brios
en el palenque los muestra.
Vuelve los ojos y mira
de tu rey las blancas tiendas,
los corceles que galopan,
las armas que centellean.
Los guerreros que del Bétis
pisan las dulces riberas;
el fuerte cántabro, el ágil
murciano, el astur atleta;
los que el áureo Tajo ilustran,
ricos en valor y ciencia.
Oye, cual rumor de viento,
atambores y trompetas,
de cien famosos linages

saludando las enseñas.
Partid, batallad, venced...
Mas ¡ay! que allí en la refriega
no se alzan de los Mendozas
las períinclitas banderas.
Tened, tened: ya la hueste
parte de la Ricahembra...
Si tú no, yo saldré al campo,
y no seré la primera.

DON ALFONSO. ¡Tú! Nunca. Triunfar anhelo,
ó morir en la refriega.

DOÑA JUANA. Allí te aguarda la gloria;
aquí mis brazos te esperan.

DON ALFONSO. (Tal mujer es imposible
que me engañe y que me mienta.)
¡Mi Juana!

DOÑA JUANA. (*Con voz solemne.*) Tu honor es mio.

DON ALFONSO. ¡Te adoro!

DOÑA JUANA. Mi afecto premias.
Corro á preparar la hueste.

DON ALFONSO. Yo torno al instante.

DOÑA JUANA. Vuela.

(*Doña Juana sale por la derecha. D. Alfonso se dirige al castillo. Vivaldo habrá aparecido momentos antes por el foro, permaneciendo oculto.*)

ESCENA IX.

VIVALDO solo.

Alienta, corazon mio,
corazon hecho pedazos,
que ves en agenos brazos
al dueño de tu albedrio.
Pronto mi dolor impio
cambiará en glorias la suerte.
Reta, Alfonso, al Duque fuerte,
lidia en dudosa pelea,

y asombro tu triunfo sea;
mas séllalo con tu muerte.
¿Es delirio? ¿Es realidad?
¿Vá á lucir un solo dia,
claro el sol de mi alegria?
Horas de encanto, llegad.
Señora, ya á tu beldad
puedo rendir sin enojos
vida y alma por despojos,
alcanzando en toda parte
verte, oirte, contemplarte,
morir de amor en tus ojos.
¡Fortuna, por fin darás
algun alivio á mi pena!
No desisto: el verla agena
me hace desearla más.
¿Yo retroceder? ¡Jamás!—
¿Un bastardo fué mejor
amante que un labrador?
Misterio en ello ha de haber,
porque tan grande mujer
nunca eligió lo peor.
¡Por ella, qué no arriesgué!
¿Por ella, no combatí?
¿En su nombre no vencí?
¿En su bondad no esperé?
¡Este el premio de mi fé!
Necio y torpe me lamento.
Y en tan bárbaro tormento,
si para rendirla no,
¿para qué el cielo me dió,
la luz del entendimiento?

ESCENA X.

VIVALDO. Don ALFONSO, con yelmo y manoplas.

DON ALFONSO. (¿Porqué al verle se renueva
(Deteniéndose al reparar en Vivaldo.)

la lucha en el alma mia?
De él sospecho todavia.
Hagamos la última prueba.)
Vivaldo, tu corazon
(*Acercándose á él, y en tono afectuoso.*)
hoy á conocer me has dado.
Ven á la guerra: á mi lado
podrás saciar tu ambicion.

VIVALDO. ¡Partir!
(*Sin poderse dominar.*)

DON ALFONSO. Sí; conmigo ven.
(*Observándole.*)
¿No eres valiente?

VIVALDO. Lo soy.

DON ALFONSO. Entonces...
(*Pausa.*)

VIVALDO. Señor... estoy
(*Luchando consigo mismo.*)
enamorado.

DON ALFONSO. ¿De quién?
Habla; dí. ¿Quién es la bella?..

VIVALDO. De Marina soy galan.

DON ALFONSO. Lo sabia, y á Beltran
casarte ofrecí con ella.
No insisto.

VIVALDO. ¡Cuán indulgente!...

DON ALFONSO. Tanto servirte me place,
que se ha de hacer este enlace
antes de que yo me ausente.

VIVALDO. ¡Señor!...

DON ALFONSO. Está decidido,
y al punto...
(*Alejándose.*)

VIVALDO. Advertid primero...
(*Procurando detenerle.*)

DON ALFONSO. Cumplir mi promesa quiero.
(*Manifestando su enojo.*)

VIVALDO. Mas yo nada he prometido.

DON ALFONSO. No es mucho que yo reclame,

que mano de esposo des
á quien amas.

VIVALDO. Bien... despues...

DON ALFONSO. (¡Oh! si: me engaña el infame.)
No me obligues á que ejerza
mi autoridad contra ti.
Lo mando.

VIVALDO. Yo mando en mí.

DON ALFONSO. Por fuerza.

VIVALDO. Nunca por fuerza.

DON ALFONSO. Pues ha de ser.

VIVALDO.. ¡Raro afan!

DON ALFONSO. Será, cueste lo que cueste.

ESCENA XI.

Dichos, doña **JUANA**, **BELTRAN** y **MARINA**, pages y escuderos.

DOÑA JUANA. Todo está á punto: la hueste
espera á su capitan.

BELTRAN. Y con aire guerreador
aun al más cobarde inflama.

DOÑA JUANA. Alfonso, el honor te llama.
(*Viendo que permanece inmóvil*)

DON ALFONSO. Sé que me llama el honor.

DOÑA JUANA. A partir.

DON ALFONSO. (¡Fiero destino!)
Tardaré algunos instantes.

DOÑA JUANA. ¿Qué aguardas?

DON ALFONSO. Cúmpleme antes
ser de una boda padrino.
Caso á Vivaldo.

BELTRAN. ¡Oh placer!

MARINA. ¿Hoy?...

DON ALFONSO. Circunstancia precisa.

BELTRAN. Tiene el señor mucha prisa.

VIVALDO. Tan pronto... no puede ser.
Aun cuando en ello se aferra

don Alfonso, es vano empeño.

DOÑA JUANA. ¿Cómo? Lo manda tu dueño.

VIVALDO. En volviendo de la guerra.

DOÑA JUANA. Tu palabra acepto.

DON ALFONSO. No:
hoy será.

DOÑA JUANA. Necio capricho.
(*Llevando aparte á su marido.*)

DON ALFONSO. Pues, Juana, lo tengo dicho.

DOÑA JUANA. Y el viento se lo llevó.

DON ALFONSO. ¿Ante un loco he de cejar?
¿Conmigo ha de competir?
Fortaleza es resistir.

DOÑA JUANA. Y prudencia no quebrar.

DON ALFONSO. Dices bien.—La órden revoco.
(*Alto.*)
(Él si, la quiere... Mas ¡cielos!
¿ella?... ¡Imposible!... Los celos,
los celos me vuelven loco.)
Oyeme.
(*Habla al oido á Beltran á un lado del teatro.*)

DOÑA JUANA. Vuelve á la calma.
(*A Marina procurando consolarla.*)

MARINA. ¿Quién endulzará mi pena?

DOÑA JUANA. ¿Quién hija? Dios, que serena
las tempestades del alma!

VIVALDO. (Cielos, amparad mi amor.)
(*En el centro de la escena, en segundo término.*)

DON ALFONSO. Que me obedezcas es ley.
(*A Beltran en voz baja.*)

BELTRAN. Ni quito ni pongo rey;
pero ayudo á mi señor.

DON ALFONSO. Vamos á la lid campal.
(¡Oh! yo sabré!)

DOÑA JUANA. Vamos.

DON ALFONSO. Vamos.

VIVALDO. (¡Se vá!)

BELTRAN. Serviré á dos amos:
pienso que no me ha de ir mal.

(Don Alfonso, doña Juana y los pages y escuderos se dirigen hácia la derecha. Marina, sumamente afligida, permanece junto al castillo; Vivaldo en el mismo punto en que se hallaba.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala de armas del castillo, con puerta y ventanas practicables en el fondo, que dan á una galería. Puertas en los costados, cubiertas por cortinas árabes. A la derecha del actor, en primer término un ajimez. Bufete con luces en el lado opuesto.

ESCENA I.

BELTRAN.

Tiempo resta. Ojo avizor
hasta que llegue el momento.
No se escucha otro rumor
(*Mirando por el ajimez.*)
que en los pinares el viento
y el silvo del ruiseñor.
Mas ¡ ay ! los agüeros van
torciéndose. Una corneja
(*Vuelve á la escena.*)
voló. ¿Qué es esto, Beltran?
¿Te predice algun desman?
En tu loco empeño ceja.
¿Qué hacer? ¿Me arrepiento y hablo?
Quien canta su mal espanta.
Cantemos, sí... ¡Guarda, Pablo!
Él es quien es. —¿Y si el diablo
tira luego de la manta?
¿Si se sabe que fuí yo
el que?... Diré que no fuí:
San Pedro á Cristo negó;
y á Dios gracias tiene un *no*
tantas letras como un *sí*.
Ya mi palabra empeñé.

Conciencia, ¿por qué me escarbas
y haces vacilar mi fe?
¿Si lo haré?... ¿Si no lo haré?
Callen faldas y hablen barbas.
(*Asomándose al ajimez.*)
A no marrar la doctrina
del pastor, que bien recuerdo,
son las diez; pues ya declina
y toca en el brazo izquierdo
la boca de la bocina.
Aun largo tiempo la luna
tardará en dar en el puente,
que es la señal. Viene gente.

ESCENA II.

BELTRAN. Un VIEJO.

VIEJO. ¿Es mi presencia importuna?
BELTRAN. Dios te guarde, buen Lorente.
¿Qué ocurre? ¿Tú por acá?
VIEJO. He venido por mandato
del ama.
BELTRAN. Rezando está,
y aun en salir tardará.
Tienes que esperar un rato.
VIEJO. Paciencia!
BELTRAN. Al fin has de hacer
aqui noche.
VIEJO. ¿En el castillo?
BELTRAN. Es cláro.
VIEJO. No puede ser.
BELTRAN. Pues hasta el amanecer
no se levanta el rastrillo.
VIEJO. ¡Aquí encerrado hasta el dia!
Necesita mi afliccion
aire, campo.
BELTRAN. ¡Boberia!
VIEJO. ¿No sabes que mi agonía

raya en desesperacion?

BELTRAN. ¡Desesperarse á tus años!
Ellos mostrarte han debido
con patentes desengaños,
que es gran médico el olvido
para irremediables daños.
¿Y Constanza halló consuelo?
Mas, ¿cómo aliviar su duelo?
Y al fin tendrá que ser monja...
¡Qué lástima!... Sin lisonja,
la pastora es como un cielo.
Pues matar al delincuente
no es la mejor medicina.
Piénsalo bien: sé clemente.
Quien pronto se determina,
despacio al fin se arrepiente.
¿Qué dices?

VIEJO. No digo nada.

BELTRAN. Parece que estás difunto.

VIEJO. Recordar me desagrada
esa historia desgraciada.

BELTRAN. Pues hablemos de otro asunto.
Ya sabrás que comenzó
la guerra.

VIEJO. Ya lo sé.

BELTRAN. Y di:
¿será larga?

VIEJO. ¿Qué se yo?

BELTRAN. ¿Irán los de Astorga?

VIEJO. Sí.

BELTRAN. ¿Y los de Palencia?

VIEJO. No.

BELTRAN. Gente de tanto valer
debe acudir la primera.
Mucha sangre va á correr.
Y, segun tu parecer,
¿quién triunfará?

VIEJO. El que Dios quiera.

BELTRAN. ¿Y qué me dices de Anton?... (*Pausa.*)

Estoy respuesta aguardando,
¿y callas como un huron?

VIEJO. Te respondo así: callando.

BELTRAN. ¡Vaya una contestacion!
Un rústico llevó un dia
al cura de su lugar
cierto asnillo que tenia,
perjurando que leia
con acierto singular.
El preste, de ingenio romo,
busca, limpia y abre un tomo:
lo mira el asno sesudo;
mas ¿leer? Ni por asomo:
se estaba mudo que mudo.
Ya el cura se amostazó
é impaciente exclamó así:
«¿Lee este animal ó no?»
Y el otro le respondió:
«Es que lee para sí.»

VIEJO. ¡Oh! Ya el ama á este aposento...

BELTRAN. Te dejo en su compañía;
y advierte que no es atento
responder, como leia
el borrico de mi cuento.
(*Vase por el foro.*)

ESCENA III.

Doña JUANA. El VIEJO.

DOÑA JUANA. Anciano, guárdete el cielo.

VIEJO. Él más dicha os dé que á mí.

DOÑA JUANA. Te he llamado.

VIEJO. Y héme aquí.

DOÑA JUANA. A solas hablarte anhelo.

VIEJO. Honra inmerecida es,
y os beso los pies ufano.
(*Hace ademan de rendirse á sus pies.*)

DOÑA JUANA. No quiero yo ver, anciano,

tus canas junto á mis pies.

VIEJO. Vuestra virtud y prudencia
dignas son de más respeto.

DOÑA JUANA. ¿No presumes con qué objeto
dispuse esta conferencia?

VIEJO. Para calmar mi dolor
(*Con intencion.*)
sin duda á anunciarme vais
que ya decidida estais
á dar muerte al seductor.

DOÑA JUANA. ¿Y si la clemencia mia,
compadeciendo su suerte,
le librase de la muerte,
qué pensaras?

VIEJO. Pensaría
que hollábais vuestro deber.

DOÑA JUANA. ¿Y así tu lengua ha podido?...

VIEJO. Vos sois la que habeis querido
que os diga mi parecer.

DOÑA JUANA. Dura respuesta no ofende
en que el dolor tiene parte.
Ahora quiero suplicarte...

VIEJO. ¿Suplicarme vos?...

DOÑA JUANA. Atiende.
A tu hija Constanza miro
víctima de una vileza,
que la flor de su pureza
torpe mancilló Ramiro.
Ella en crudo padecer
siente el pecho desgarrado;
y ese hombre, ese malvado
está unido á otra mujer.
Pero lo que el alma llena
de viva saña y horror,
lo que hace el crímen mayor
debe minorar la pena.
Su muerte, en crudos desvelos
á una esposa abismaría,
y en negra orfandad impía

á dos tristes pequeñuelos.
El juez á la ley ceñido
justo ha de ser, no clemente;
y está el perdon solamente
en manos del ofendido.
Salva, pues, de angustia fiera
á los que inocentes son:
ten de un padre compasion...
Habla; decide.

VIEJO. Que muera.

DOÑA JUANA. Próvida clemencia rija
tu pecho que el odio encona.

VIEJO. ¿Y cuándo un padre perdona
al seductor de su hija?
¿Sabeis cuánto es adorado
por mísero anciano el hijo
en quien ve con regocijo
su propio ser dilatado;
joya que le da altivez
cuando ya todo le humilla;
sol de juventud, que brilla
sobre su helada vejez;
ángel que, de aciaga suerte
aplacando los rigores,
le va sembrando de flores
el camino de la muerte?
Y cuando en horrible duelo,
pierdo en ella apoyo y guia,
mi único bien, mi alegria,
mi luz, mi gloria, mi cielo,—
¿quereis que perdone al hombre
que inícuo me la arrebata,
á quien la mata, y me mata,
á quien deshonra mi nombre?...
Señora, mi justo encono
me acompañará á la tumba.
¡Yo perdonarle!... Sucumba
mi enemigo. No perdono.
Nunca mayor criminal

que el seductor pudo haber,
que la honra de la mujer
es llave del bien y el mal.

DOÑA JUANA. Pero el vasallo olvidó
que quien le suplica así,
hoy todo lo puede aquí.

VIEJO. Mucho sí, mas todo no.
Vos nos disteis sábias leyes;
y vos no ignorais, señora,
que ante la ley bienhechora
rinden su cetro los reyes.
Que no hay poder soberano
digno de existir sin ella,
que el mismo rey, si la huella,
de rey se trueca en tirano.
Rasgando el impuro seno
del que roba y asesina,
la ley es arma divina
con que al malo vence el bueno.
Y ella la muerte reclama
del vil que con alma impura,
fué ladron de mi ventura
y asesino de mi fama.
Obrad, pues, con rectitud,
aunque os duela el sacrificio;
que dejar impune el vicio
es corromper la virtud.
No aguardeis, pues, de mi boca
el perdon de ese tirano.

DOÑA JUANA. Advierte...

VIEJO. Todo es en vano:
pensad que hablais á una roca.

DOÑA JUANA. Sé cual es mi obligacion,
y ya lo probé mil veces;
pero ¡ay, anciano! los jueces
tienen tambien corazon.
La ley premia al virtuoso,
hiriendo al que la atropella;
pero ¡es la piedad tan bella!...

¡Es el perdon tan hermoso!
Acércate más, anciano:
mira en mí tan solo ahora
una mujer que te implora,
y que te tiende la mano.
Ramiro su grave yerro
en tierra lejana espie;
por su patria en vano ansie:
tambien es muerte el destierro.
Tú no pierdas la esperanza
de gozar horas serenas.
Cuando lágrimas y penas
purifiquen á Constanza,
ya cederán los enojos;
y anudados tiernos lazos,
tú morirás en sus brazos,
ella cerrará tus ojos.—
No repliques: bien se yo
que al fin la perdonarás;
y en breve tal vez...

VIEJO. Jamás...

DOÑA JUANA. Si eres padre, ¿cómo no?
Tú en mi palacio admitido
vivirás siempre á mi lado,
de los mios respetado,
y por mi favorecido.
Tuyo es el puesto que elija
tu ambicion: nada lo impide.
Pide cuanto quieras; pide...

VIEJO. Dadme el honor de mi hija.

DOÑA JUANA. ¿Qué? No logro conmoverte?

VIEJO. No; que deshonrado estoy.

DOÑA JUANA. ¡Es padre!

VIEJO. ¡Tambien lo soy!

DOÑA JUANA. El destierro...

VIEJO. No: la muerte.

DOÑA JUANA. Ve la sentencia.
(*Mostrándola.*)

VIEJO. Acabad:

firmadla, sed justiciera.

DOÑA JUANA. ¡Viejo! Por la vez postrera:
¿rasgo este papel?

VIEJO. Firmad.

DOÑA JUANA. ¡Alma tenaz y enemiga!
(*Despues de firmar la sentencia y entregársela al Viejo.*)
No fuí yo quien le mató,
sino tú.

VIEJO. Ni vos, ni yo:
la ley, que premia y castiga.
(*Vase por el foro.*)

ESCENA IV.

Doña JUANA.

A su implacable desden
da el paterno amor consejo.
Razon tiene el noble viejo
y por quien soy, que hace bien.
¡Despues de afanes prolijos,
(*Tristemente.*)
morirá un hombre mañana!...—
Su viuda será mi hermana;
sus hijos serán mis hijos.

ESCENA V.

Doña JUANA y VIVALDO.

VIVALDO. Señora...

DOÑA JUANA. Ven. Te esperaba.

VIVALDO. (Ya penetro su designio.)

DOÑA JUANA. Quiero de Marina hablarte.

VIVALDO. ¿No ois en la selva ruido
como de caballos?

DOÑA JUANA. Solo
(*Dirigiéndose hácia el ajimez.*)

rumor de viento percibo.
Desierto aparece el bosque
de la luna al claro brillo.
¡Astro hermoso!

VIVALDO. Compitiendo
con vos, se amengua su hechizo.

DOÑA JUANA. Guarda tan galanas flores
para Marina. Contigo
la he de casar.

VIVALDO. Ese enlace
no es posible.

DOÑA JUANA. Dí el motivo.

VIVALDO. (Esta es la ocasion.) Señora,
ocultarlo fuera indigno:
sabed que por otra bella
enamorado suspiro.

DOÑA JUANA. ¿Y esa mujer corresponde
á tu amante desvarío?

VIVALDO. Lo ignoro.

DOÑA JUANA. ¿Es libre?

VIVALDO. En agenos
brazos, por mi mal, la miro.

DOÑA JUANA. ¡Casada! ¿Y los torpes ojos
pusiste en ella atrevido?
¡Ay del seductor, Vivaldo!
Por semejante delito
Ramiro pierde la vida.

VIVALDO. ¿Y no es más atroz suplicio,
decidmelo vos señora,
verse para siempre unido
á un ser no amado, entre tanto
que á otro se ama con delirio?

DOÑA JUANA. Yo poco decirte puedo
de caso en que no me he visto.

VIVALDO. (Con mil afectos batalla,
y en vano finge desvío.)

DOÑA JUANA. Vuelve á la razon. Marina,
flor de mágico atractivo,
labrar tu ventura puede:

premio otorga á su cariño.
Con tu dulce compañera
dichoso vive y tranquilo
en las pingües heredades
que yo en dote le destino.
Y si en noble afan de gloria
sientes el pecho encendido,
arma cien y cien ginetes
y al monarca presta auxilio,
ya contra el bárbaro alarbe,
ya contra el inglés altivo.
Sé de tu patria y tu ley
campeon nunca vencido;
con sangre en los campos deja
tus altos hechos escritos,
y da con tu humilde nombre
á ilustre raza principio.
Despues tornarás ufano
al quieto envidiable asilo,
donde un corazon dejaste
en redes de amor cautivo.
Y cuando la edad caduca
te robe el vigor antiguo,
mientras tus hijos combaten,
émulos ya de tus bríos, —
báculo hallarás seguro
en los hijos de tus hijos.

VIVALDO. Grandes son vuestros favores.
¡Oh, si pudiera admitirlos!

DOÑA JUANA. ¿Y por qué no?

VIVALDO. Perdonad.

DOÑA JUANA. Esplícate.

VIVALDO. Os lo repito:
ardo en otro amor.

DOÑA JUANA. Culpable.

VIVALDO. Inmenso.

DOÑA JUANA. Dale al olvido.

VIVALDO. ¿Basta querer?

DOÑA JUANA. Basta.

VIVALDO. ¿Puede
resistir el hombre al grito
de su corazon?
DOÑA JUANA. Esclavo
es el corazon del juicio.
VIVALDO. ¡Esclavo! ¿Quién puso dique
al torrente embravecido?
¿Qué humana fuerza contuvo
la llama que de improviso
prendió en el bosque, impelida
por furioso torbellino?
¡Ay del pecho donde estalla
de amor el fuego oprimido!
¿Quién á sofocar su hoguera,
quién á contener sus ímpetus?
Sierva la razon, en vano
pugna por romper sus grillos,
y álzase al fin de la lucha
más soberbio el enemigo.
DOÑA JUANA. Discursos que el hombre fragua
para engañarse á sí mismo,
cuando quiere hallar disculpa
á su ciego desvarío.
Así como Dios potente
á las fieras ondas dijo:
«De aquí no paseis,»— el hombre
puede con el raciocinio
decir á pasiones viles
«No paseis: yo os lo prohibo.»
Dios á los hombres, Vivaldo,
dueños de sí propios hizo.
VIVALDO. Siervos los hace el amor.
DOÑA JUANA. No el amor, el apetito.
VIVALDO. Grande y sublime es mi afecto.
DOÑA JUANA. Es crímen no combatirlo.
Retrocede, y hallarás
el premio en el sacrificio;
avanza, y tu ruina es cierta;
que de ese fatal camino

un abismo cierra el paso.
Elige, pues.

VIVALDO. El abismo.

DOÑA JUANA. ¡Vivaldo!

VIVALDO. Cejar no puedo;
no. Martirio por martirio,
entre morir ó perderla,
morir esperando elijo.

DOÑA JUANA. Morirás.

VIVALDO. Si ella lo quiere
bendeciré mi destino.

DOÑA JUANA. Cumplí con mi corazon
dándote prudente aviso;
ahora mi deber me ordena
seguir un rumbo distinto.
Mañana, al romper el dia,
has de salir del castillo.

VIVALDO. ¡Señora!...

DOÑA JUANA. Desde este instante
en mí no hallarás abrigo,
que fuera mi tolerancia
cómplice de tu delito.

VIVALDO. Los arcanos de mi pecho
á vos sola he referido;
y nadie ha de imaginar...

DOÑA JUANA. Basta si yo lo imagino.
En mal hora tus palabras
llegaron á mis oidos;
en mal hora, que no puedo
excusar ya tu castigo.

VIVALDO. Ved que es rigor alejarme
para siempre de estos sitios.
¡Compasion!

DOÑA JUANA. Ruegas en vano.
Es fuerza.

VIVALDO. ¡Pierdo el sentido!
No deis crédito, señora,
á mis amantes delirios.
¿Qué importa que yo la adore,

si es su corazon de risco?
Ya no pretendo, no espero...
tan solo verla codicio...

DOÑA JUANA. Basta. Sal de mi presencia...
VIVALDO. ¡No! (*Arrodillándose.*)
DOÑA JUANA. Al punto.
VIVALDO. ¡Piedad!

ESCENA VI.

Dichos y Don ALFONSO, que aparece por la puerta de la derecha

DON ALFONSO. (¡Qué miro!
¡A sus pies!)
VIVALDO. (¡El Almirante,
cielos!)
DOÑA JUANA. De rodillas fijo.
(*Deteniendo imperiosamente á Vivaldo, que trata de levantarse.*)
Es mi esposo.
VIVALDO. (¡Trance amargo!)
DON ALFONSO. (¡Mal mi cólera reprimo!)
DOÑA JUANA. ¿Tú en el castillo? ¿A estas horas?
(*A don Alfonso con interés y naturalidad.*)
¿Quizá enfermo?.. ¿Qué motivo?..
DON ALFONSO. ¿Pregunto yo por qué está
Vivaldo á tus pies rendido?
DOÑA JUANA. Aunque no me lo preguntes,
yo debo y quiero decirlo.
A cumplir tu voluntad
se resiste, y le despido.
DON ALFONSO. Déjate de aclaraciones;
(*Con no bien disimulada ironía.*)
siempre imaginé lo mismo.
Pronto llegará la hueste:
manda que alcen el rastrillo.
DOÑA JUANA. Le alzarán sin mi licencia.
DON ALFONSO. Lo contrario se previno.

Doña Juana. Nunca respeta el vasallo
la ley que el señor deshizo.
Don Alfonso. Ya tardas en complacerme.
Doña Juana. Si ha de ser con mi permiso,
Vivaldo lleve la órden.
Don Alfonso. Que la dés tú propia, exijo.
Doña Juana. No es decoroso.
Don Alfonso. Lo quiero.
Doña Juana. Obedezco á mi marido.

ESCENA VII.

Don ALFONSO. VIVALDO.

Don Alfonso. (¡Cierta es mi deshonra; si!
¡Siervo aleve! ¡Esposa infiel!)
Vivaldo. (¡Tambien tiene celos él!
Sufra lo que yo sufrí.)
Don Alfonso. (No hay dudar: de verlo acabo.)
Vivaldo. (Salgamos: mi saña ardiente
domar no puedo.)
Don Alfonso. Detente.
Vivaldo. Perdonad...
Don Alfonso. Detente, esclavo.
Vivaldo. ¡Oh!... Me afrentais sin razon.
Don Alfonso. A mí me ofende tu lengua;
y no te escarmiento...
Vivaldo. (¡Oh, mengua!)
Don Alfonso. Porque me das compasion.
Vivaldo. ¡Compasion!
(*Adelantándose.*)
Don Alfonso. ¿Qué atrevimiento?
Vivaldo. No hagais de piadoso alarde.
Don Alfonso. Vil, mal nacido, cobarde...
Vivaldo. Apurad mi sufrimiento.
Don Alfonso. De eso trato.
Vivaldo. Pues á fe,
que si se me apura más,
y olvido quien sois...

DON ALFONSO. ¿Qué harás?
VIVALDO. Dios lo sabe, y yo lo sé.
DON ALFONSO. Dilo.
VIVALDO. Mi valor probaros.
DON ALFONSO. ¿Tú?
VIVALDO. Ahora mismo.
DON ALFONSO. ¿Dónde?
VIVALDO. Aquí.
DON ALFONSO. ¿Provocarme osaras?
VIVALDO. Sí.
DON ALFONSO. ¿Y pelear?
VIVALDO. Y mataros.
DON ALFONSO. Pues ya aquí, tenlo entendido,
no hay vasallo, ni hay señor.
VIVALDO. Pues vos sois el vil traidor,
el cobarde, el mal nacido.
DON ALFONSO.Ház de tu impudencia gala.
Pronto probarás mi furia.
VIVALDO. Nada reparo: la injuria
con quien me ofende me iguala.
DON ALFONSO. Dices bien.
VIVALDO. Fuerza es reñir.
DON ALFONSO. ¡Venganza!
VIVALDO. Vengarme quiero.
DON ALFONSO. Ved mi espada. (*Desnudándola.*)
VIVALDO. Ved mi acero.
(*Haciendo lo mismo.*)
DON ALFONSO. A matar pues.
VIVALDO. O á morir. (*Riñen.*)
DON ALFONSO. Si; que en matar ¡vive Dios!
ó en morir mi dicha fundo.
VIVALDO. Bien decís; que ya en el mundo
no hay lugar para los dos.

ESCENA VIII.

Dichos. Doña JUANA y criados con hachas.

DOÑA JUANA. ¡Cielos! ¡Tened!

DON ALFONSO. En logrando
mi venganza con su muerte.
VIVALDO. ¡Aun aliento!
DOÑA JUANA. Espera.—Advierte.
(*Ora á don Alfonso, ora á Vivaldo.*)
DON ALFONSO. Nunca.
VIVALDO. Jamás.
DOÑA JUANA. Yo lo mando.
DON ALFONSO. Aparta.
DOÑA JUANA. Pues no os contengo
en tan injusta porfía,
yo entre los dos...
(*Poniéndose entre ambos.*)
DON ALFONSO. ¡Qué osadia!
DOÑA JUANA. Aun lo dudo.
VIVALDO. ¡Y no me vengo!
DOÑA JUANA. ¿Será verdad que te hallo
(*A Vivaldo.*)
en lucha con tu señor?
¿Que tú humillas tu valor
(*A don Alfonso.*)
á lidiar con un vasallo?
DON ALFONSO. ¿Y tú me reprendes?
DOÑA JUANA. Sí.
DON ALFONSO. ¿Tú con torpe confianza
te opones á mi venganza?
¿Tiemblas por él ó por mí?
DOÑA JUANA. ¿Qué dices?
DON ALFONSO. La indignacion
más me enfurece. Abre paso,
ó con un golpe traspaso
el tuyo y su corazon.
DOÑA JUANA. ¡Cielos!... Mas ¿cómo olvidar
puede mi esposo quién soy,
quién es él?... ¿Soñando estoy?
No... ¿Qué debo recelar?
Tu regreso, tus enojos,
cuyo orígen busco en vano,
este abrasar de tu mano,

ese brillar de tus ojos,
todo es señal evidente
de tu ciego desvarío.
Si; no hay duda: el sol de estío
hace delirar tu mente.
Vuelve en tí: observa un instante
quién te escucha, quién te mira...
(*Señalando á los criados.*)
¡Oh! Sí: delira, delira...
(*A los criados.*)

DON ALFONSO. (¿Qué dice?... Es cierto: ¡delante
de todos!..)

DOÑA JUANA. Habla...

DON ALFONSO. ¡Tal vez!...
(Ocultar debo mi agravio.)
¡Tal vez!... Acertó tu labio...
Pero con necia altivez
(*Enfureciéndose de nuevo.*)
me ha ofendido, y no revoco
de Vivaldo la sentencia.

DOÑA JUANA. Obra pues, mas con prudencia.

DON ALFONSO. ¡Prudencia pides á un loco!

DOÑA JUANA. Tente.

DON ALFONSO. Muera quien me agravia.
(*En ademan de herir á Vivaldo.*)

DOÑA JUANA. Dame tu espada.
(*A Vivaldo.*)

VIVALDO. Señora....
(*Como resistiéndose.*)

DOÑA JUANA. Dámela.
(*Se la arrebata, y la tira lejos de sí.*)
Mátale ahora.
(*A don Alfonso.*)

DON ALFONSO. ¡Vive Cristo!

DOÑA JUANA. ¡Hiere!

DON ALFONSO. ¡Oh rabia!

FIN DEL TERCER ACTO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA I.

MARINA y BELTRAN.

MARINA. Reparad....
BELTRAN. Nada reparo.
MARINA. Desistid: ved....
BELTRAN. Nada veo.
Me cansan las dilaciones
y abomino los enredos;
sé que vale más un toma
que dos te daré; me precio
de sagáz; lengua espedita
no me falta; y como el cielo
no desampara al osado,
ni hay tus tus al perro viejo,
voy á mi negocio siempre
por el camino derecho.
MARINA. ¡Sendas por mi mal perdidas!
Esto no tiene remedio.
BELTRAN. ¡Bueno es estarse llorando
y dejar correr el tiempo,
y que el demonio se lleve
el pactado casamiento!
No hay pez tan escurridizo
como un novio, te lo advierto;
y es un notorio milagro

verle preso en el anzuelo.
Pero tú tiemblas....

MARINA. (Me asalta
un horrible pensamiento,
que me aterra y enloquece.
¡Ella de virtud modelo!...
¡Oh no: imposible!)

BELTRAN. ¿En qué piensas?

MARINA. En nada.

BELTRAN. Pues acabemos.
¿Amas á Vivaldo?

MARINA. ¡Así
pagara mi tierno afecto!

BELTRAN. ¿Fueras su mujer gustosa?

MARINA. Mi gloria cifrara en ello.

BELTRAN. Entonces...

MARINA. No hay esperanza.

BELTRAN. ¿Quién lo impide?

MARINA. Mi hado adverso.

BELTRAN. ¿Y he de estar brazicruzado?
¿Y he de callar?

MARINA. Os lo ruego.

BELTRAN. Todas son unas. ¡Mujeres!
¿Quién jamás pudo entenderos?
Todo lo haceis y decís
siempre al revés. ¡Cuán discreto
anduvo nuestro vecino
Ginés el alcabalero!
Cruzaba una vez el rio
que dista de aquí una legua,
con su mujer y su yegua,
ambas de genio bravio;
y cátate que el demonio
una de las suyas fragua,
y tumba en medio del agua
animal y matrimonio.
Asirse logra el paciente
á unos mimbres de la orilla;
pero su pobre costilla

presa fue de la corriente.
Muy convencido Ginés,
sin contrarios pareceres,
de que siempre las mujeres
todo lo hacen al revés;
á la suya, en ánsia viva,
al salir de aquel trabajo,
no buscaba rio abajo,
sino por el agua arriba.
A más ver.

MARINA. Tened.

BELTRAN. ¡Ya basta!

MARINA. ¿Nada os dicen los misterios
de esta noche?

BELTRAN. ¿Qué me importan?
(Por descifrarlos reviento.)

MARINA. ¿Nada la vuelta del amo,
ni el crujir de los aceros,
la reserva de los mozos?..

BELTRAN. Sí: me dice todo esto
que grande señal de calma
son relámpagos y truenos.
El ama: á pedir de boca.
Verás si luzco mi ingenio.

ESCENA II.

Dichos. Doña JUANA.

BELTRAN. Señora...

DOÑA JUANA. Manda que ensillen
un caballo.

BELTRAN. ¿Ahora?

DOÑA JUANA. Al momento.

BELTRAN. Será cosa muy urjente.
¿Algun aviso?... ¿Algun pliego?...

DOÑA JUANA. Ya tardas.

BELTRAN. Señora... yo...
(Vamos, hoy corre mal viento.) (*Vase.*)

DOÑA JUANA. Sola déjame. A Vivaldo
aguardo aquí.

MARINA. (¡Dios eterno!)
(*Vase.*)

ESCENA III.

Doña JUANA y VIVALDO.

VIVALDO. ¿Me habeis mandado llamar?

DOÑA JUANA. Sí.

VIVALDO. Yo anhelaba tambien
esta ocasion para hablaros.

DOÑA JUANA. Sabe que si te llamé,
te cumple tan solo ahora
oirme y obedecer.
Faltaste á mi esposo anoche;
y evitar es mi interés
el enojo que tendrá,
si en el castillo te vé.
Un caballo, de órden mia,
se encuentra dispuesto; en él
para siempre de estos sitios
te aleja.

VIVALDO. ¿Qué pretendeis?

DOÑA JUANA. De estar en mi servidumbre
has cesado desde ayer.

VIVALDO. Señora, inventad castigos:
cualquiera menos cruel
será para mí.

DOÑA JUANA. Te impongo
el que oportuno juzgué.

VIVALDO. Pero advertid...

DOÑA JUANA. No hay remedio.

VIVALDO. ¡Yo partir!

DOÑA JUANA. Luego ha de ser.

VIVALDO. ¿Para siempre?

DOÑA JUANA. Para siempre.

VIVALDO. ¡Salir de mi patria! Ved

que en ella está mi contento,
mi vida, mi único bien!

DOÑA JUANA. Sabes que soy inflexible.

VIVALDO. Señora, no me mandeis
lo que no puedo cumplir.

DOÑA JUANA. Que me obedezcas es ley.

VIVALDO. ¡Estraña impiedad!

DOÑA JUANA. Precisa.

VIVALDO. Destrozais un pecho fiel,
que es vuestro...

DOÑA JUANA. No quiero oirte.

VIVALDO. Ya es fuerza que me escucheis:
harto he callado.

DOÑA JUANA. ¡Silencio!

VIVALDO. No más, no más timidez.
Para vencerme, no tengo
la fuerza que vos teneis...

DOÑA JUANA. No te comprendo: obedece.

VIVALDO. No me quereis comprender.

DOÑA JUANA. Al punto: sal de mi casa.

VIVALDO. ¡Bien adivino por qué
me imponeis silencio!

DOÑA JUANA. Al punto.

VIVALDO. ¡Destino implacable!

DOÑA JUANA. Ten
presente que mayor pena
que el destierro puede haber;
y para nada procures
volver á verme otra vez,
porque no has de conseguirlo.

VIVALDO. ¡Señora!

DOÑA JUANA. ¡Obedece, pues!
(*Entra en su aposento.*)

ESCENA IV.

VIVALDO solo. Despues BELTRAN.

VIVALDO. Me aleja porque me teme.

Me impide hablar, con desden,
porque una palabra mia
derrocara su altivez.
Sí; corresponde á mi amor.
No se engaña el pecho aquel
que á hermoso dueño consagra
invencible, eterna fe.
¿Si no me quisiese ella,
pudiérala yo querer?—
¿Y me arrojais del palacio
para siempre? ¿Y no obtendré
el consuelo, ó la venganza
de decir á vuestros pies
que os adoro? No: mil veces,
mil veces os lo diré!
Finge que mi amor ignora,
porque su defensa es
únicamente ignorarlo.—
Pero ella al fin es mujer,
y en que yo se lo declare
tal vez cifradas esten
mis esperanzas... Mas, ¿cómo,
cómo á su lado podré
llegar?—Si al fin lo consigo,
poniendo en riesgo á la vez
mi vida y su fama, acaso
más tenaz no la hallaré?
¿No me turbarán de nuevo,
su aparente impavidez,
su mirar fascinador,
su acento?... ¡Suerte cruel!
Mas fuerza es ya que lo sepa.
Por todo atropellaré,
y lo sabrá. ¿Qué me importa
lo que pueda suceder?
Si labro mi ruina, al menos
la habré merecido.

BELTRAN. ¡Eh!...
(*Apareciendo por la puerta del foro.*)

(¿Estará sordo?)

VIVALDO. (¡Es preciso!)

BELTRAN. ¿No sabes tú para quien
(*Acercándose.*)
es el caballo, que el ama
mandó ensillar?

VIVALDO. ¡Dejamé!
(*Vase.*)

ESCENA V.

BELTRAN.

¡Huye bendito de Dios!
Ya es la casa otra Babel;
y al fin entre tantos locos
dará mi juicio al través.
Vaya, aquí hay gato encerrado,
y más grande que un lebrel.
Por más que discurro, nada...
no cojo gato, ni pez.—
Ya le coji. Se dispone
un alazan cordobés;
se llama á Vivaldo luego;
se le dice... no sé qué;
vuelvo á este sitio, y le hallo
estampa de lucifer:
Vivaldo será el ginete
como dos y una son tres.
¿Dónde irá? ¿Por qué disgusta
la comision al doncel?

ESCENA VI.

BELTRAN y DON ALFONSO.

DON ALFONSO. (¡Qué mujer! ¿Y aun dudo? Anoche
me contuve... Hoy con usura
vengarme sabré... Castigo

secreto á secreta injuria.)

BELTRAN. ¡Aquí el amo!... Perdonad
(*Reparando en don Alfonso.*)
una indiscreta pregunta.

DON ALFONSO. ¡Eh! ¡Vete!

BELTRAN. (Pues él tambien...
de muy lindo humor madruga.)
Sabeis que soy una malva,
que mi gratitud es única.
Anoche, sin más ni más,
por vos rompí la clausura,
y os abrí el castillo, á riesgo...

DON ALFONSO. Ya de mi paciencia abusas.

BELTRAN. Como os habeis empeñado
en darme favor y ayuda,
y como Vivaldo...

DON ALFONSO. Acaba.

BELTRAN. Se va á marchar.

DON ALFONSO. ¿Qué pronuncias?

BELTRAN. Ya estará á punto el caballo.

DON ALFONSO. ¡Un caballo!

BELTRAN. (¡Le disgusta!)
La señora lo ha dispuesto.

DON ALFONSO. (Por salvarle de mi furia.
¡Oh! no será.)

BELTRAN. ¡Pues!... Y cómo
quedamos, cosa muy justa,
en casarle con la otra...

DON ALFONSO. No: no se irá...

BELTRAN. ¡Qué ventura!
Ya imaginaba que vos
no consentiríais nunca
en que se marchase, cuando...

DON ALFONSO. ¿Eh, qué dices, que murmuras?

BELTRAN. Nada. Como va á casarse,...
y como no tiene mucha
gana de viajar,... y como
le quereis con gran ternura...

DON ALFONSO. Sí, cierto... Pero sosiega

que no ha de partir.

BELTRAN. ¡Oh suma bondad! ¡Qué gran corazon!

DON ALFONSO. Corre, y preven que á ninguna
persona se le permita
salir del castillo. Escucha...
Iré yo mismo. Aquí aguarda.
(*Vase por el foro.*)

BELTRAN. Bien.

ESCENA VII.

BELTRAN y VIVALDO: despues MELENDO; á poco MARINA.

VIVALDO. (Probemos por vez última,
y como no...)

BELTRAN. ¿A dónde bueno?

VIVALDO. A entregar esta minuta
y cuentas á la señora.

BELTRAN. ¿Van las del monte?

VIVALDO Sí

BELTRAN. ¿Turbias?

VIVALDO. Falta solo que se aprueben.

BELTRAN. ¿Y es cosa urgente?

VIVALDO. Sin duda.

BELTRAN. (Bueno es que al ama entretenga,
hasta que el otro concluya.)

VIVALDO. Valor. Entremos.

MELENDO. No puedes
entrar.
(*Desde la puerta del aposento de doña Juana.*)

VIVALDO. ¿Quién lo dificulta?

MELENDO. Del ama espreso mandato.
Perdona.
(*Con expresion de sentimiento.*)

VIVALDO ¡Oh Dios!

BELTRAN. ¿Qué te apura?
Lo mismo es hoy que mañana.

VIVALDO. ¡Que bien lo supuse!

BELTRAN. (¡Juzga
que va á partir!)

VIVALDO. ¡El infierno
en mi daño se conjura!

BELTRAN. ¿Tengo yo franca la puerta?
(*A Melendo, que hace un movimiento afirmativo.*)
Pues entonces, aleluya.
(*Arrebata á Vivaldo la cartera, y se dirige presuroso hácia la habitacion de doña Juana.*)

VIVALDO. ¿Qué haces? Detente.

BELTRAN. Suponlas
ya en sus manos.

VIVALDO. ¡Importuna
diligencia!

BELTRAN. Soy tu amigo.
(*Entra en el aposento de doña Juana, y Melendo tras él.*)

VIVALDO. Tente, aguarda... ¡Es gran locura!...
No importa.

MARINA. (¡Él aquí!)

VIVALDO. (¡Marina!
¡Cuál su presencia me turba!
No quiero hablarle;... no quiero
esplicaciones ni escusas....
¡Oh, la ansiedad me devora! —
Que mi destino se cumpla.)
(*Vase por la puerta de la derecha.*)

MARINA. ¡Se va!... Me evita el martirio
de disimular mi angustia!

ESCENA VIII.

MARINA y BELTRAN.

BELTRAN. ¡No se puede sufrir esto!
(*Saliendo enfurecido de la habitacion de*

doña Juana, con la cartera del despacho en la mano.)

MARINA. ¿Qué teneis?

BELTRAN. ¿Qué he de tener?
Que desde el amanecer
todos me ponen mal gesto.
—Señora...—¿Qué me presentas?
(*Como reproduciendo la conversacion que se supone ha tenido con doña Juana.*)
—Cuentas de Vivaldo son:
falta vuestra aprobacion...
—Vete; no estoy para cuentas.
—Creo que vienen muy claras....—
Vete.—Y al momento....—Vete.—
Pero...--¡Pronto!—¿Quién me mete
en camisa de once varas?

MARINA. Cargado está el horizonte.

BELTRAN. Y de nubes turbulentas.
No más cuentos, ni más cuentas....
¡Y aqui vienen las del monte!
(*Con interés.*)
Hermoso bosque se ardió
(*Abre la cartera y ojea los papeles, como distraido.*)
y á nadie fué de provecho...
Pero en fin, á lo hecho pecho.
¡Ola, por aquí ando yo!
Mi cuenta. No será raro
que el secretario, mohino
porque va á ser mi sobrino,
me haya puesto algun reparo.

MARINA. No penseis mal.

BELTRAN. Si le ofendo
sin razon, él por su parte
me ofende á mí al desairarte.
¡Jesucristo! ¡Qué estoy viendo!
(*Leyendo uno de los papeles que habrá en la cartera.*)

MARINA. ¿Qué sucede?

BELTRAN. ¡Sí: no hay más!
(*Hablando consigo mismo.*)
MARINA. ¡Oh! ¿qué dice ese papel?
BELTRAN. ¡Y ella!... Si.
MARINA. ¿Qué dice?
BELTRAN. ¡Y él!...
Piensa mal y acertarás.
MARINA. Hablad: mi zozobra acabe.
BELTRAN. Burlado quedo ¡ó baldon!
He sido como raton
que un solo agujero sabe!
MARINA. Hablad.
BELTRAN. Me engañó. ¡Te humilla!...
MARINA. ¿Quién? ¿Que debo recelar?
BELTRAN. Despues de tanto nadar,
no hay como ahogarse en la orilla!
MARINA. Dejad que esa carta lea.
BELTRAN. En ella verás tu ruina.
(*Dándosela.*)
MARINA. ¡Cielo santo!
(*Leyéndola.*)
BELTRAN. No es harina
todo aquello que blanquea.
MARINA. ¡Callad! Mi pecho destroza
este secreto, y me asusta.
BELTRAN. ¡Miren la grave, la adusta
doña Juana de Mendoza!
Tambien ella el gérmen siembra
del oprobio, ingrata y ruin.
Una ricahembra, al fin,
si es rica tambien es hembra.
MARINA. ¡Tal maldad su pecho esconde!
BELTRAN. Voy á decirle...
MARINA. Aguardad.
BELTRAN. Al son que canta el abad,
el sacristan le responde.
Ya con sus miradas hoscas
no me turbará la infiel;
y no hay sino hazte de miel,

y no te verás de moscas.

MARINA. ¡Por Dios!...

BELTRAN. Si, tu ruego acato,
y espero ocasion mejor,
que nunca es buen cazador
siendo maullador el gato.

MARINA. ¡Faltarme asi doña Juana!

BELTRAN. El escudero de Aroche
de lo que dice de noche
no se acuerda á la mañana.

MARINA. Y tú, Vivaldo, ¿por qué
mi afecto pagas tan mal?
¿Cuál fué mi delito, cuál
si el quererte no lo fué?—
Mas ya te aborrezco, sí;
ya os detesto, almas traidoras.

BELTRAN. ¿Que le aborreces, y lloras
y me haces llorar á mí?
En mi pecho tu dolor
eco fiel siempre hallará,
que el más alegre quizá
es el que siente mejor.
Disponte luego á partir;
nada eontigo me aterra:
donde una puerta se cierra
ciento se suelen abrir.
Y espere que digno esposo
al cabo á sus pies se rinda,
quien tiene cara tan linda
y corazon tan hermoso.
Yo el sustento de los dos
ganaré, y al fin completa
será tu dicha, que aprieta
mas no ahoga nunca Dios.

MARINA. Si; mi planta no vacila.

BELTRAN: Salgamos de esta morada
con la frente levantada
y la conciencia tranquila.

MARINA. ¡Oh cuán dura humillacion

suerte fatal me depara!

BELTRAN. Más vale vergüenza en cara
que mancilla en corazon.

ESCENA IX.

Dichos y DON ALFONSO.

DON ALFONSO. (¿Qué es esto? ¿Los dos llorando
(*Deteniéndose en la puerta del foro.*)
y demudado el semblante?)

BELTRAN. (¡El amo!)

MARINA. (Dadme al instante
la carta.)
(*Beltran se la dá y ella trata de ocultarla entre las manos.*)

DON ALFONSO. (¿Qué estoy mirando?
¡Marina un pliego ocultó!..)

MARINA. (Que no sospeche.)
(*Procurando tranquilizarse.*)

DON ALFONSO. (¡Cautela
singular!... ¿De mi recela?
¡Imposible! ¿Y porqué no?
¿Será?...) ¿Qué nueva importuna
(*Adelantándose.*)
contiene el pliego que guardas?

MARINA. (Le ha visto.) Señor...

DON ALFONSO. Ya tardas
en responderme.

MARINA. Ninguna...

DON ALFONSO. Dámelo.

MARINA. Pero...

BELTRAN. (El asunto
va mal.)

MARINA. Perdonad... yo os ruego...

BELTRAN. Es una cuenta...

DON ALFONSO. Ese pliego.
(*Imperiosamente.*)

MARINA. ¡Dios mio!

DON ALFONSO. Dámele: al punto.

(*Toma el pliego de manos de Marina sin que ella oponga resistencia. A una señal imperativa de don Alfonso, sale con Beltran por la puerta del foro.*)

ESCENA XI.

DON ALFONSO. Despues MELENDO.

Sí: la prueba apetecida
me otorga propicio el hado...
y por no haberla encontrado
diera contento la vida.
¿Por qué abrasa este papel?
¿Qué puedo en él encontrar,
que antes quisiera cegar
que fijar la vista en él?
(*Leyendo.*)
«Os amo, y pagais mi amor:
ya es imposible ocultarlo,
ni extinguirlo con la ausencia,
ni remediar sus estragos.
Vedlo bien: con el destierro
no poneis mi vida á salvo,
y más amargais la vuestra.
Antes la muerte.—Vivaldo.»
¡Oh si: se amaban los dos!
Cierto, cierto es lo que miro.
No, no sueño; no deliro,
no me engaño... ¡Ira de Dios!
¡Ardiendo en culpable llama
desdeñó mi pura fé!
¡Y yo que necio fié
en la opinion de una dama!
Hé aquí la que no tenia
en la voz del mundo precio.
Siempre aplaude el mundo necio
la astucia y la hipocresía.

Muera quien manchó mi honor;
ni es satisfaccion bastante
el dolor de un solo instante
para un eterno dolor.
¿Y con el suyo ha de ser
envilecido mi nombre?...
¡Maldita ley que hace al hombre
juguete de la mujer!
¡Oh! ¿Qué?..
(*Viendo á Melendo que entra por la puerta del foro.*)

MELENDO. La gente marcial
ya para marchar se apresta.

DON ALFONSO. Luego que se halle dispuesta,
hagan las trompas señal.
(*Vase Melendo.*)

ESCENA XI.

Doña JUANA y don ALFONSO. Despues MELENDO.

DON ALFONSO. (Ella viene. ¡Dios me valga!)

DOÑA JUANA. ¿Por qué cuando yo despido
á Vivaldo, has prohibido
que de estos lugares salga?

DON ALFONSO. ¿Por qué? Convencerte espero
de que fue cuerda medida
no consentir su partida
sin que esto vieses primero.

DOÑA JUANA. ¿Este pliego?...

DON ALFONSO. Es para tí.
Ve si es prudente que parta.

DOÑA JUANA. ¡Oh!

DON ALFONSO. ¿Qué dices?

DOÑA JUANA. Que esta carta
no puede ser para mí.

DON ALFONSO. Mal la turbacion escondes
que miro en tu faz pintada;
eres de Vivaldo amada,

y tú á su amor correspondes.

DOÑA JUANA. ¡Oh! ¿Qué dices?

DON ALFONSO. Tu traicion
ya es patente.

DOÑA JUANA. Sella el labio,
que solo ofende el agravio
al que agravia sin razon.
Oye, y tu furor modera.

DON ALFONSO. Primero que yo, Beltran
vió este papel. Lo sabrán
mil y mil; Castilla entera
sabrá luego tu perfidia.

DOÑA JUANA. Cuando es infausta la nueva,
ráudo en sus álas la lleva
el huracán de la envidia.
Ni habrá quien lo dude, no;
que el mundo, de envidia lleno,
siempre dudó de lo bueno,
siempre lo malo creyó.
Si; lo sé. ¿Qué no atropella
de vil calumnia el rigor?
Cuanto es la gloria mayor,
tanto más se ceba en ella;
y donde el mónstruo infernal
clava la garra homicida,
aun cuando sane la herida
queda siempre la señal.
¿Y habré de apurar las heces
de oprobio tanto? ¿Y osó
Vivaldo?... ¿Yo infame? ¿Yo
sin honra? ¡Jesus mil veces!

DON ALFONSO. Harto tiempo fue ignorada
la traicion de un pecho ingrato.

DOÑA JUANA. ¿Con que, en su ciego arrebato,
nada le contuvo, nada?
Tal castigo merecí
por mi templanza escesiva.
Yo debí ser más altiva,
más severa... Yo debí

con ánimo resoluto
descubrir su torpe dolo.
¡Maldita piedad, que solo
das la ingratitud por fruto!

DON ALFONSO. ¡Oh! Tu sangre fementida
lave al punto mi deshonra.
(*Desnudando una daga.*)

DOÑA JUANA. Hiéreme; sí. Con la honra
debe terminar la vida.

DON ALFONSO. Disponte, pues, á sufrir
el castigo decretado.

DOÑA JUANA. Para el que muere culpado
solo es castigo el morir.
(*Con imponente dignidad.*)

DON ALFONSO. ¿Qué es esto? ¡Horrible inquietud!
(*Desconcertado por el aspecto de doña Juana.*)
Niega á lo menos tu culpa;
disculpate.

DOÑA JUANA. Se disculpa
el vicio: no la virtud.

DON ALFONSO. Si horrible engaño me ciega,
deshazlo ya sin demora.
Quien te amó, quien aun te adora
te lo manda, te lo ruega.

DONA JUANA. ¿Yo con torpe liviandad
manchar, por viles amores,
el honor de mis mayores
y mi propia dignidad?
Aun está mi pecho en calma;
aun recuerdo sin rubor,
que cuanto el nombre es mejor
debe ser mejor el alma.
Aun firme en su noble empeño,
no ha olvidado el alma mia
que es la mayor villanía
nacer grande y ser pequeño.
Yo la deuda que contraje
con mis mayores cumplí;

yo al suyo mi ejemplo uní
para fundar un linaje
que, domando injusto encono,
más que el sol brillante y puro,
soñé ver en lo futuro
alzarse hasta el mismo trono;
con la enseña de la cruz
esclava hacer la fortuna;
arrojar la media luna
del rico imperio andaluz;
y, siempre corriendo en pos
de grandes hechos, buscar
nuevo mundo á que llevar
el santo nombre de Dios.

DON ALFONSO. ¡Oh, qué escucho!

DOÑA JUANA. Yo maldigo
al vil que así recompensa
mis bondades.

DON ALFONSO. Tal ofensa
reclama pronto castigo.

DOÑA JUANA. Sí; lo reclama. (Callad
(*Hablando consigo misma.*)
impulsos del corazon.
Ya es crímen su obstinacion;
ya es delito mi piedad.
¡Oh! Si el vicio impune dejo,
la virtud corrompo: sí,
grabadas están aquí
las palabras de aquel viejo.)
¡Ola! ¡Melendo!
(*Melendo aparece por el foro. Doña Juana se le acerca y le habla en voz baja.*)

DON ALFONSO. (¡Cuál crece
mi amante fuego por ella!
¡Ay del que sus glorias huella!)

MELENDO. ¡Cómo! ¡Señora!
(*Aterrado.*)

DOÑA JUANA. Obedece.
(*Vase Melendo.*)

DON ALFONSO. ¿Qué intentas?
DOÑA JUANA. De un siervo infiel
castigar el ánsia impura;
mas tú ser prudente jura,
y no ensangrentarte en él.
DON ALFONSO. ¡Oh; no! Mi mayor delicia
será vengarme.
DOÑA JUANA. Una afrenta
con la venganza se aumenta,
se lava con la justicia.
DON ALFONSO. Pues bien; lo ofrezco. Serás
acatada en cuanto mandes.
DOÑA JUANA. Dios prueba las almas grandes
para engrandecerlas más.
(*Vase por el foro.*)

ESCENA XII.

D. ALFONSO. A poco MARINA.

DON ALFONSO. ¿Por qué al hombre que la infama
con tan insolente arrojo,
así libra de mi enojo?
MARINA. Don Alfonso. (*Dentro.*)
DON ALFONSO. ¿Quién me llama?
MARINA. Don Alfonso. (*Dentro.*)
DON ALFONSO. La voz es
de Marina.
MARINA. Compasion
(*Saliendo por la puerta del foro y arrojándose á los pies de D. Alfonso.*)
para Vivaldo. Perdon,
ó aquí muero á vuestros pies.
Templad el rigor funesto
del fallo que le condena.
DON ALFONSO. Sufra Vivaldo la pena
que le haya su juez impuesto.
MARINA. ¿Luego es ella, es doña Juana,
que no vos, quien ha dictado

sin lástima de un cuitado
sentencia tan inhumana?

DON ALFONSO. ¿Y tú, á quién él desdeñó,
eres hoy su medianera?

MARINA. ¿Qué importa que él no me quiera,
para que le adore yo?
¡Vivaldo! ¡Vivaldo, ven;
deja que te ampare osada
contra la mujer amada,
la que llora tu desden!
Vos no seréis inflexible,
vos seréis su salvador.
No es posible que el rencor
ciegue tanto. No es posible
que aprobeis en vuestra esposa
resolucion tan severa.
Pensadlo bien. ¿No se altera
vuestra sangre generosa?
¡Van á matarle!

DON ALFONSO. ¿A matarle?

MARINA. ¿Qué, lo ignorábais? Melendo
me lo ha dicho, presumiendo
que yo podria salvarle.

DON ALFONSO. Pero, ¿estás segura?...

MARINA. Así
lo quiere suerte cruel.
¡Van á matarle, y con él
me van á matar á mí!
Ya creo ver que un impío
hiende su cuello, ó quebranta
su cerviz. ¡Morir con tanta
juventud y tanto brio;
cuando al bárbaro rigor
de estrella nunca vencida,
aun no sabe si hay más vida
que la vida del dolor!
Corred ó será ya tarde;
y advertid que no consiente
vuestra fama de valiente,

que os vengueis como un cobarde.
¡Harto le castiga Dios!
¿Y á quién no esclaviza, á quién,
mujer tan grande? ¡Tambien
la amasteis al verla vos!

DON ALFONSO. Me agravia: en horribles celos
abrasó mi corazon.
¡Pero matarle á traicion...
No será, viven los cielos!
Si por ella al recio yugo
del amor su pecho late,
merece que yo le mate;
no que le mate un verdugo.
Ni ya podré sin quebranto
castigar su anhelo impuro,
que al verle en trance tan duro,
ya no le aborrezco tanto.

MARINA. No en vano en vos esperé.
¡Con toda el alma os bendigo!
Venid. Venid.

DON ALFONSO. Ya te sigo.

ESCENA XIII.

Dichos y VIVALDO, que aparece en la puerta por donde antes entró. Despues BELTRAN.

MARINA. ¡Cielos!

VIVALDO. ¡Todo lo escuché!

MARINA. Vivaldo, tu error confiesa;
y á quien hoy te patrocina...

VIVALDO. (¡Ay de mí triste!) ¡Marina!..
¡Señor!..

MARINA. Habla.

VIVALDO. La sorpresa...
el espanto...

MARINA. Ház que á tu ruego
su justo rigor se doble.

VIVALDO. (¡Ella tan buena, él tan noble,

y yo tan vil y tan ciego!)
Con razon llenó la suerte,
por castigo á mi demencia,
de amargura mi existencia
y de ignominia mi muerte.

DON ALFONSO. Justo fuera tal castigo
para agravio tan inmenso;
pero matarle indefenso,
es honrar al enemigo.
Y nadie ha de suponer
que dí á tu muerte lugar,
temeroso de acabar
el duelo empezado ayer.
Antes que á ella me enlazara
tú la amaste, y yo te doy
que me la disputes hoy
hierro á hierro y cara á cara.
Pues, ya que empeñado estás
en tan odiosa porfía,
quiero probarte que es mia
porque la merezco más.

VIVALDO. No espereis que este infelice
arme contra vos la diestra;
y harto su valor demuestra
quien se arrepiente y lo dice.

BELTRAN. Huye, Vivaldo.

MARINA. ¡Gran Dios!

BELTRAN. Ya está pronto el ballestero
que ha de matarte.

DON ALFONSO. El acero
desnuda.

VIVALDO. No contra vos.

DON ALFONSO. No te queda otro camino.

BELTRAN. Solo pensarlo me espanta.
¡Quién dijera!

MARINA. ¡Vírgen santa!

VIVALDO. Matadme vos.

DON ALFONSO. ¡Yo asesino!

VIVALDO. Pues bien: lance sobre mí

vil sayon el dardo agudo.
(*Dirigiéndose hácia el foro.*)

DON ALFONSO. ¡Eso no, que yo te escudo!
(*Deteniéndole y poniéndose delante de él.*

VIVALDO. ¡Dios santo, y yo le ofendí!
(*Cayendo á sus pies.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos y doña JUANA.

DOÑA JUANA. ¡Oh! ¿qué miro? ¿En compasion
se trocó tu ardiente furia?
¿Asi se venga una injuria?

DON ALFONSO. ¡Gran venganza es el perdon!
Pues ya elevas sin mancilla
la pura y serena frente,
perdona al que se arrepiente,
y levanta al que se humilla.
(*Levantando á Vivaldo, que le besa la mano.*)

MARINA. ¡Oh! Señora, por piedad....

BELTRAN. ¡Hija es la piedad del cielo!

DOÑA JUANA. ¿Tú lo mandas?

DON ALFONSO. Yo lo anhelo.

DOÑA JUANA. ¡Cúmplase tu voluntad!

DON ALFONSO. Si mereciste alabanza
por fuerte, prudente y justa,
hoy ciñe tu sien la augusta
corona de la templanza.
Tú, vence al cruel destino (*A Vivaldo.*)
que opone á tu esfuerzo dique;
(*Oyénse clarines á lo lejos.*)
y tu pecho purifique
el de patria amor divino.
Ven á la guerra: el clarin
nos llama rasgando el viento.

VIVALDO. ¡Oh dicha! ¡Oh gloria! ¡Oh momento!

BELTRAN. ¡Se va, sin casarse al fin!
(*En un ángulo del proscenio.*)

DOÑA JUANA. Id, volad: que nuestra gloria
con nuevo fulgor se ostente.

DON ALFONSO. Yo consagraré á tu frente
el laurel de la victoria.

DOÑA JUANA. Sí, triunfad en la campaña;
y al sagaz leopardo inglés
postrado mire á sus pies
el noble leon de España.

VIVALDO. Puro y tierno corazon (*A Marina aparte.*)
que desprecié en mi locura,
astro de mi noche oscura,
ángel de mi salvacion;
déme el cielo bondadoso,
pagar tanto beneficio.

MARINA. No con duro sacrificio;
págame siendo dichoso.

DON ALFONSO. ¡Oh mis armas!
(*D. Alfonso, Vivaldo, Marina y Beltran se dirigen á descolgar varias armas de los trofeos.*)

DOÑA JUANA. (Ya logré
(*En el proscenio aparte.*)
cambiar su amor en desvio.
¡Tuya es mi gloria, Dios mio!
¡Tú sabes cuánto le amé!
Absuelve, absuelve, señor,
doliéndote de mi ruego,
este llanto con que riego
el cadáver de mi amor!)

DON ALFONSO. Hoy los cielos nos redimen
(*Volviendo al lado de doña Juana y estrechándola en sus brazos.*
con tierna solicitud.

DOÑA JUANA. ¡Solo hay dicha en la virtud!
¿A qué buscarla en el crímen?

FIN.